Spinola

ARTICULOS Y DISCURSOS





A mi buen amigo
el valiente luchador del partido
liberal, Doctor Dn. Francisco Anguiano

Su affmo.

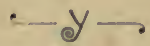
[illegible]

Guatemala, Dbre de 1898.

RAFAEL SPÍNOLA











con un prólogo de

DOMINGO MORALES



Tipografía Nacional, Guatemala, C. A.
1896



A sus queridos y buenos amigos
dedica estas páginas

EL AUTOR

ÍNDICE

ARTÍCULOS

DISCURSOS

Prólogo

Fué en 1883, si mal no recuerdo, cuando conocí en el Instituto Nacional al autor de este libro. En las clases de filosofía y de química fuimos compañeros, pero sin tratarnos con intimidad, sino con aquellas formas de cortesía que la cultura exige y que, entre estudiantes, modifican más ó menos la necesidad de expansión y el familismo de las relaciones. Eran otros los íntimos de Rafael con quienes daba qué hacer á los profesores cuando ya se agotaba la materia de la disertación, y el círculo vicioso ó la pedantería sosa del maestro sustituían el campo de la ciencia. Sus ocurrencias, sus graciosidades, sus inventadas y maliciosas objeciones—todo impregnado con las sales del buen humor—eran objeto de las risas abiertas de la estudiantina, ávida siempre de las notas

cómicas. Y cuenta que á Rafael nunca le vi caer del ascendiente de los maestros, porque ni sus dichos, ni sus salidas, ni nada de su arsenal bromístico decían con lo grosero y burdo de muchachos sin talento ni educación.

Soy sujeto á quien el retraimiento condena algunas veces á penas crueles. Rafael Spínola me fué simpático, y sin embargo vivía separado de él por todo el ser de mi carácter, tan poco comunicativo. Fué preciso que una serie de casos y circunstancias intermediaran, para entrar con él en esas relaciones cariñosas que se resuelven en franco cambio de ideas, de sentimientos y hasta de dolores. Vi después que los rasgos generales que anunciaban al hombre inteligente, al espíritu noble, enamorado de las grandes ideas y al amante de la gloria legítima, no me habían mentido: contemplaba ya todas las excelencias de su corazón y de su ingenio; todas las ocultas energías de su naturaleza;

toda la bien urdida trama de sus facultades múltiples.

De aspecto viril, alto, robusto y musculoso sin ofender una mínima los lineamientos simétricos; miembros proporcionados y regularmente repartidos; cabeza típica asentada sobre un tronco fuerte; cabellera deshecha en festonados bucles, estilo de Byron; frente en que la espaciosidad marcha dirigida por la curva discreta; color de genuina marca americana; facciones animadas por una mirada centellante y por los revoloteos de un espíritu inquieto, movible y falto de sosiego; tal es el retrato que yo me forjo de Rafael Spínola.

Tiene en él la facultad imaginativa alcances inmensos; pero, como si comprendiera que todas las potencias anímicas tienen de sujetarse á armónico desarrollo y disciplina, ha sabido regular aquélla con los frenos de la ciencia experimental, estudiando las leyes de la vida en la biología, disecando acuciosamente en el anfiteatro — porque ha estudiado

la anatomía—viendo los secretos del tejido en la histología, contemplando con criterio escrutador el proceso de los seres en la zoología, la botánica y la mineralogía, y abarcando los conceptos de la antropología y de las razas en la *Historia Natural del Género Humano* por Julio José Virey. Letourneau, Topinard, Spencer, Maudsley, Mantegazza no le son desconocidos; sólo que en vez de estudiar las teorías con el ojo mecánico de un estudiante ó erudito de poco más ó menos, para quienes el horizonte de una doctrina concluye allí donde viene la siguiente, ó el papel se agota, él ha encontrado la unidad del conjunto, la ley de los fenómenos, la armonía de los más aparentemente desemejantes eslabones de la sabiduría. Generalizar, abstraer, comprobar mundos y organismos lógicamente articulados, donde otros no ven sino la materia inerte y la fastidiosa lección de tal ó cual número de páginas, es tarea que Rafael Spínola se ha impuesto con tesón inquebrantable.

Ha hecho estudios en la Escuela de Medicina; y, mientras los más consagran sus fatigas al simple arte de curar ó asistir, abandonando con tristeza toda la trascendental enseñanza del gabinete, del laboratorio, de la clínica, de los secretos de la anatomía, de la fisiología y de la patología, él, en sus escasas pero seguras indagaciones, ha llegado á formarse un criterio positivo; criterio del todo ajeno á las rutinas espiritualistas que muchos médicos sustentan con candor é ignorancia que mueven á lástima, dado que ellos más que nadie de entre los profanos debieran de llevar el estandarte de las nuevas ideas, porque su ciencia contiene en principio las leyes de la psicología, de la ciencia social y de la política.

Spínola ha encontrado en las ciencias naturales los principios é ideas que gobiernan el pensamiento en todas sus direcciones. Lógica, arte, poesía, estética, retórica, elocuencia: el verbo de la prosa y el verbo de la

poética; todo esto se encuentra en los manantiales exuberantes de la ciencia experimental cuando se la estudia con toda el alma; no con la mirada mezquina del pobre de espíritu, sino con la amplitud del investigador despreocupado y filósofo.

Pobrísima idea de su saber me da el facultativo que se queda en babia, ante un problema de la vida, ante un fenómeno de sociología ó de ciencia del espíritu, ante una polémica de filosofía positiva ó de literatura trascendental. Él, que tiene el secreto y la clave de todas estas cosas; él, que conoce la estructura, procedimientos y leyes de la materia, no debería de desempeñar el papel bochornoso de hacer caso omiso de su ciencia, resultando con galimatías metafísicos para encaminar ó llevar á su término una cuestión científica.

Con todos estos materiales de bagaje, más un espíritu delicado en la apreciación de las más íntimas relaciones de las cosas, Rafael

Spínola ha sabido construir sus obras con una arquitectura original, sólida y florida que en nada se compadece con la hueca fábrica de los que mendigan sus elementos en el baratillo de la insuficiencia ó en el arsenal huero y chillón de la literatura *penny-horrible.*

Nuestras letras tradicionales viven en los días presentes con el raquitismo que les legaron los cánones caducos. Los preceptos, las retóricas y los formularios añejos, informan todas nuestras obras. El arte está tomado de la fuente religiosa; la naturaleza en su parte más fofa y superficial, es también fuente de arte. Los libros oficiales académico-clásicos están divorciados de toda belleza que arranque de los fenómenos del mundo físico, de las metamorfosis de la materia, de las combinaciones, acciones y reacciones químicas, de los misterios de la vida, de los rasgos sublimes de la mecánica celeste; en una palabra, son extraños á la ciencia nueva.

Como es imposible revivir cadáveres, eslo también infundir en los escritores que sobreviven al movimiento intelectual de la cultura moderna, las enseñanzas de materias de estudio que barren con ideas y teorías que han servido como norma primera en la educación de aquellos escritores tanto como en la factura de sus obras. Me refiero principalmente á Guatemala y á Centro-América.

He leído y leo la producción intelectual de tales personajes, y encuentro siempre invariablemente los mismos métodos, procedimientos y estilo de sus predecesores. Casi sin más caudal científico que el antiguo, aparecen como figuras trasnochadas en medio del concierto de la civilización presente, y si uno que otro bajo la espuela del estímulo trata de comunicarse con las nuevas corrientes, la fuerza conservatriz, poderosa siempre, domina sus ideas y hace poco menos que invisibles, en el conjunto de sus escritos, las nociones últimamente adquiridas.

Toda la pujanza de los trabajos literarios de Spínola estriba muy principalmente en su preparación científica. Las ideas, el estilo y los primores en que abunda, fruto son de sus estudios en el campo de la naturaleza. Las frescas flores que se ostentan por doquiera tienen todo el jugo y la lozanía del tronco y de la rama que las sustenta; tronco nutrido en las riquezas de una tierra ubérrima.

Comparad su prosa con la prosa escueta y sin aliento de nuestros viejos académicos ó de sus discípulos, para quienes fisiología, química, física é historia natural deben de estar recluidas dentro del círculo del médico, y de las cuales apenas si saben las definiciones que suministra un léxico cualquiera; comparad el saber recalcitrante de ayer con el saber progresivo y revolucionario de nuestros días, y decidme si no es una aberración á la vez que una preocupación la creencia jamás discutida de que nuestros rutinarios y empíricos académicos, analfabéticos

en la ciencia moderna, en los conocimientos que se imparten en los institutos y aún en las lecciones de cosas de las escuelas primarias, sigan contra viento y marea ocupando el puesto de escritores de primer orden.

Dejad que el vulgo ilustrado, que las masas inconscientes levanten sus ídolos hasta los dominios del éter: la admiración está en razón directa de su ignorancia y de su falta de discernimiento crítico.

Frente al conservatismo literario, pobre de ideas, de lenguaje y de estilo, ó medio animado con los vuelos de una retórica artificiosa, descubro el liberalismo literario basado en la ciencia positiva; con recursos retóricos y flores sacadas del fondo mismo de la materia, de sus fuerzas inmanentes, de sus leyes, de sus misterios y de sus palingenesias sin fin.

Rafael Spínola es representante bizarro de este liberalismo literario, cuyo espíritu y métodos, compenetrados con la naturaleza y con toda la gama de emociones y sentimientos,

levantan el discurso á las alturas de la idea radiosa, y enardecen á ésta con los calores de una elocuencia viril é imponente; ó, según los casos, así encaminan el estilo concordándolo siempre con las situaciones y los temas. No hay sino leer su libro para encontrar á cada paso verificadas estas ideas. Pongo, por ejemplo, el artículo que se titula *Pensar*, el cual se abre con este párrafo que no es posible que escriba sino quien piensa y siente fuertemente; dice: "La gimnasia del cerebro que da energía y potencia al maravilloso aparato intelectual, está condensada en esta sola y única palabra: *pensar*. Así como la fibra muscular del atleta ó púgil se hace potente por el continuo ejercicio, así la célula gris cerebral adquiere desarrollo y mayores energías por el perpetuo funcionamiento para que fué destinada: *pensar;*" y pongo por ejemplo la semblanza de *Dolores Montenegro*, donde se hallan pensamientos tan delicados como éste: "Exprimid una siquiera de sus

flores, (las de sus versos) y obtendréis la gota preciosa de perfume, la divina esencia, el elíxir sagrado, la celestial poesía." Luego dice: "Su alma es una lira, pero una lira gemebunda y triste; no canta, sino que solloza; no eleva himnos ni desprende ledas notas, sino que más bien parece que se queja y exhala gemidos desgarradores."

Ved como juzga á Mantegazza en su obra *Secretos del amor*; dice en el artículo *Al obsequiar un libro*: "Él toma al amor; lo tiende sobre la mesa de disección, lo despedaza con el filo de su escalpelo, coloca después cada uno de sus fragmentos bajo el lente del microscopio, se va en seguida al reactivo químico, y el resultado de aquel triple análisis de la ciencia lo sumerge, por último, en el íris resplandeciente de su riquísima fantasía........ Riela la frase en cada una de sus páginas, brilla tornasolado el estilo, y atrevidas y preciosas imágenes brotan á cada paso del pincel del artista."

Hay diferencia marcada entre el conservatismo literario y el liberalismo literario; y esta diferencia está en la filosofía que dirige á los dos.

Las ideas filosóficas deciden de nuestro criterio en todas las concepciones humanas, en el ciclo todo de los conocimientos.

El que ha formado su espíritu en las figuraciones de la metafísica, por fuerza tiene que mantenerse absorto en las idealidades de la escuela, en las estrecheces de un círculo de hierro que le impide toda libre indagación en el campo de los fenómenos de la naturaleza y de la vida. El metafísico procediendo *a priori* principia por donde toda filosofía sana debe concluir. No ve en la materia y en el cosmos sino los aspectos más superficiales; vive encadenado á una nube de prejuicios que no le permiten recorrer otros espacios que los espacios trillados de la abstraccíón y de la idea innata. Y si esta metafísica tiene en su urdimbre como prin-

cipal materia los dogmas católicos, la esclavitud del pensamiento es mucho más abrumadora.

De resultas de este criterio, se vive en sempiterna contemplación con las viejas ordenanzas literarias; el lenguaje no pasa del vocabulario sacramental; los giros son inmutablemente los mismos, y la idea y el arte sufren crónica inanición en un medio ambiente extraño á las marejadas de las ideas revolucionarias.

Al contrario, cuando las ciencias positivas, cuando la filosofía positiva acuden con su criterio para dirigir la vida intelectual, el escritor se siente dueño de sí mismo y con instrumentos poderosos para explorar con eficacia en todos los terrenos: el mundo y sus fuerzas se presentan en todas sus fases y rincones; el sujeto y el objeto se compenetran íntimamente; y la idea—verbo primero de toda lucubración—palpita esplendorosa y magnífica, así como la gran retórica emerge

brillante del seno de la naturaleza para ornamentar las producciones, y el arte soberano de la realidad y del alma sublimada con los cuadros de la creación y de sus própias inventivas, corona la obra con sus toques magistrales.

A la filosofía positiva con la que vive encariñado su excelente espíritu, debe Rafael Spínola las riquezas de sus obras, y á ella y á su talento flexible y vivaz le es deudor de la elocuencia que resplandece y chisporrotea en todas las páginas del presente libro, cuyo precio en nuestras letras está sobre toda ponderación.

Quisiera la juventud literaria que hoy va tras el alto ideal, prepararse como Spínola y alcanzaría, caso de resistir á la dura prueba, los lauros merecidos de la ciencia y el arte. Sin conocimientos, sin principios ciertos, sin base sólida, sin la disciplina de las facultades, fabricamos, en las letras y en todo, nuestro propio y profundo desprestigio.

Después de todo, no se tomen estas líneas por juicio crítico; yo no puedo juzgar á Rafael Spínola; yo soy tan íntimo y tan uno con él que los afectos y el corazón serían para mí valla infranqueable.

Hablo en general de su escuela, de su sistema, de sus procedimientos; no puedo ni debo jamás ser disector de mi cariñoso é inteligente amigo.

DOMINGO MORALES.

Guatemala, diciembre de 1896.

ARTÍCULOS

Pensar

~~~~~

LA GIMNASIA del cerebro que da energía y potencia al maravilloso aparato intelectual, está condensada en esta sola y única palabra: PENSAR. Así como la fibra muscular del atleta ó púgil se hace potente por el continuo ejercicio, así la célula gris cerebral adquiere desarrollo y mayores energías por el perpetuo funcionamiento para que fué destinada: pensar.

Pensar es una función, un ejercicio á que se acostumbra el organismo humano como á cualquier ótro; sólo que esta clase de trabajo fatiga y gasta más que los grandes esfuerzos musculares y las tareas abrumadoras del orden físico y puramente mecánico.

El continuo trabajo del órgano del pensamiento derrama sobre la fisonomía yo no
~~~~~

sé qué especie de espiritual diafanidad que irradia desde adentro y á la cual me atrevería yo á llamar, seguro de no incurrir en error científico, la polarización del pensamiento en la faz humana: ténue y apacible luz: parece el misterioso alumbramiento de la llama sagrada que se está quemando allá en el interior del alma; nimbo ó aureola que circunda la pálida frente de los pensadores, de ésos que llevan dentro de su cerebro aquella misteriosa avecilla de aletear incansable, imagen con que algunos poetas han querido simbolizar el talento, á veces el genio.

Cuando la idea brota súbita en la mente, cuando el cerebro está en fragua, cuando la inspiración se apodera de la cabeza y sacude deliciosamente todo el sistema nervioso, un como estremecimiento dulce, indescriptible y celestial recorre toda nuestra médula, especie de éxtasis fugitivo y veloz, que constituye el más profundo goce, el más

mordiente y á la vez espiritual deleite que puede experimentar la criatura humana; y así es. Hay en la vida una sola voluptuosidad que no acarrea tras sí la decepción y el hastío: la del pensador que al crear, se iguala al mismo Dios, haciendo lo que hizo El, y la del artista ó poeta en los momentos de éxtasis en que el ángel de la inspiración desciende invisible y silencioso á besar enamorado su frente......

Y sin embargo de estas consideraciones. hay por el mundo quienes no quieren saborear de la existencia sino el lado material y grosero; aquel que corta las alas de la inteligencia y cierra las puertas de los panoramas del alma y de las supremas y dulcísimas concepciones. Semejantes pobres de espíritu jamás paladearon ese pedazo de hostia santa con que comulga la inteligencia cada vez que tiene hambre y siente necesidad de nutrirse con el pan divino del pensamiento.

Oh! ¿Cómo es posible dejar que el alma ve-

gete en las horas de la juventud—las más hermosas de la existencia—cuando la pupila centellea, y la mirada toda irradia inteligencia, y la sangre esplende rutilante al través de las arterias, y la médula se endereza como tallo de acero galvanizado, y los nervios todos vibran, y la cabeza se yergue amenazadora llena de un mundo de sonrosados ensueños y halagadoras esperanzas!

Preferible es mil veces sepultarse bajo un inmenso bloque de hielo, ó quebrar, de una vez y para siempre, los ejes sobre que rueda la existencia, que renunciar á toda actividad intelectual en la edad de la juventud, cuyos veloces años, son los únicos que en último resultado llega á disfrutar el hombre con toda la plenitud de sus energías durante su efímera permanencia en este deleznable planeta.

Vivir sin pensar, es seguir la vida vulgar y trillada, la misma que sigue el molusco pegado á su concha, el cual permanece inmóvil, muerto, como si dijéramos, y extraño á

todo movimiento, á toda manifestación de un orden levantado y superior.

La inercia intelectual es enfermedad que enerva y mata, y no podemos comprender el funcionamiento de la vida, sino por el número de pulsaciones que han hecho latir las sienes durante el día, ó lo que se haya hecho y pensado en pro de algún ideal, de algo que levante el alma y ennoblezca ó dignifique el carácter.

Esa continua tensión semifebril del aparato del pensamiento, es embriaguez divina, sólo concedida al hombre con toda la intensidad, en la época de su juventud y poderío, cuando—especie de sonámbulo ó soñador—camina fijamente con la mirada sumergida en las magníficas visiones que él mira dibujarse allá en las profundidades de su ardorosa y fantástica imaginación.

Es, pues, indispensable pensar; acumular en la mañana de la vida conocimientos sólidos que tengan por base las matemáticas—

las ciencias por excelencia; meditar sin tregua ni descanso; hacer de nuestra inteligencia una como rica enciclopedia; seguir las huellas de Comte y de Littré, los grandes maestros en cuyos potentísimos cerebros había organizada toda una academia de ciencias, en la cual, el matemático, el químico, el biólogo, el literato, el jurisconsulto y demás séquito de sabios, tenían designado su respectivo asiento. Qué hermoso espectáculo! Como salones de orgía han de parecer por dentro esas luminosas cabezas, llenas de la estruendosa bulla producida por la constante y acalorada discusión que los hombres de talento mantienen á toda hora consigo mismos, allá en el interior de sus cráneos, que son como los palacios por donde se pasea majestuosamente, esa diosa muda y llena de misterios que se llama MEDITACIÓN .....

En nuestro modo de pensar, la gran importancia de una clase de Filosofía, estriba precisamente en que en élla se disciplina la

inteligencia, se educa el raciocinio, se enriquece la conciencia y se pueden crear para el porvenir fortísimos pensadores ó también ay! seres autómatas de la idea, máquinas de repetición, verdaderos eunucos de la inteligencia y del carácter.

En cambio, enseñando al niño á coordinar ideas, á formar juicios propios, á hacer análisis é inducciones, á formular generalizaciones, se llega por fin á hacer fluir en las paredes de su tierna urna cerebral la primera gota de la esencia creadora del pensamiento, y entonces, se ha logrado todo en el terreno de la Filosofía: se ha formado, por fin, un pensador, es decir, el dios-humano; lo demás es completamente secundario, de pequeñísima importancia. Hecho el gimnasta de la inteligencia á él le toca convertirse en atleta del arte ó del saber, si es que su cerebro posee facultades virtuales para llegar hasta ahí.

Dolores Montenegro

> La abeja construye artísticamente los seis panales de su alveolo de cera, y luego lo llena de miel. El alveolo es el verso; la miel la poesía.
>
> V. Hugo.

CREO de mi deber comenzar haciendo una declaración: estas líneas que servirán á manera de prólogo al precioso volumen que hoy publica la sentimental poetisa guatemalteca, no han sido escritas á instancias ni por pedido de ella: fuí yo, yo el que pedí: tuve la oportunidad de ver en la imprenta las pruebas de la edición que se estaba ya tirando por signaturas, y me apresuré, corrí á suplicar á la autora me permitiese escribir algo; dibujar aunque fuese una mala portada á la colección de sus bellos é inspirados versos: ella accedió bondadosa, y he ahí el origen de estos renglones.

¡Cuán feliz se siente mi pluma al escribir esta página de desaliñada prosa que ha de preceder á los tiernos cantos de la melancólica poetisa del dolor! Porque es verdadera dicha para uno poder dejar escrito su nombre en el zócalo de una lira de oro, de cuyas cuerdas se han exhalado tantas notas celestiales que tañó con su plectro divino ese como ángel ardiente que se llama inspiración!

Para juzgar con exactitud los versos de Dolores Montenegro y poder emitir una opinión justa acerca de ellos, no se necesita poseer grandes conocimientos literarios: basta una sola cosa: saber sentir con toda profundidad; y es que sus cantos no son el producto forzado del arte, sino hijos naturales de su genio espontáneo y fecundo: ella canta por la misma razón que lo hace el ruiseñor, por dón de la naturaleza, es decir, porque nació para poder cantar. Por eso, sus versos, en lo que al arte corresponde, tienen á veces incorrecciones y defectos; pero

cuán tiernos y sentidos son! Falsos poetas y poetisas artificiales, andan por el mundo á millares, porque planta es ésta que abunda por todas partes: saben quizás al dedillo las reglas de literatura; son profundos gramáticos, y algunos hasta académicos de la Lengua; sus versos están exactamente medidos y conforme á todas las reglas del arte; pero al leerlos, al querer con el alma aspirar su perfume, se experimenta la misma sensación que al acercar al olfato uno de esos ramilletes de flores artificiales: huelen, cuando mucho, á barniz de papel.

Los versos de Dolores Montenegro, tal vez no tengan la vistosa apariencia que las flores de mano; pero al fin y al cabo, ellos como las flores de la tierra, llevan en sí una gran ventaja; el ser naturales: no lucirá en sus corolas la simetría matemática de esas florecillas de cera ó de cartón productos del artificio, y hechas á fuerza de compresión de moldes ó por medio de máquinas; pero en cambio,

¡cuánto perfume se desprende de sus húmedos pétalos, llenos de savia, impregnados de fragancia, mórbidos de frescura y exuberantes de vida! Exprimid una siquiera de sus flores, y obtendréis la gota preciosa de perfume, la divina esencia, el elíxir sagrado, la celestial poesía. Lola Montenegro es una verdadera poetisa; cuando vino al mundo ya traía sobre su frente el dón del cielo. ¿Qué sabe ella de gramática ni de reglas de literatura? Nada, porque ninguno se lo ha enseñado; su musa es virginal. ¿Qué sabe ella de poesía? Todo, absolutamente todo, porque Dios se lo enseñó al infundir el soplo vivificante á su corazón apasionado y sensible. Su alma es una lira, pero una lira gemebunda y triste; no canta, sino que solloza; no eleva himnos ni desprende ledas notas, sino más bien parece que se queja y exhala gemidos desgarradores. Exhala gemidos, sí, porque esta poetisa, afortunadamente, no pertenece á esa categoría ó caterva

de poetas jeremiacos que se mantienen fingiendo llantos y falsificando lágrimas, sin duda para inspirar lástima ó hacerse oir de los corazones compasivos, por medio de lamentos y de quejidos. Dolores, no. En efecto, podemos muy bien aplicar á ella lo que decía Hugo refiriéndose á Galloix: no es mujer que diga sufro, sino que verdaderamente hay una mujer que está sufriendo, agonizando de dolor. El corazón de Lola, como dijo el inolvidable Martí, hablando del de Sellén—está listado de sangre como el jacinto. Por eso en la mayor parte de sus composiciones hay siempre un gran fondo de sombra, de tristeza, de infinita amargura. Y no sólo en sus versos, hasta en el tinte y facciones de su rostro se refleja ese temperamento enfermizo de las almas soñadoras y artistas. Lamartine dijo una vez que el color del alma era pálido; yo creo más bien que es del color con que la mirada sale al través de las pupilas, esas redondas venta-

nillas por donde se asoma la prisionera á contemplar el mundo. Fundado en ese pensamiento, creo que Dolores Montenegro ha de tener su alma del color de la melancolía: refléjalo así, además de su mirada triste y pensativa, ese tinte pálido y nervioso que se derrama reverberante, como una luz espiritual, por sobre toda su fisonomía. Es, acaso, la luz del genio reflejándose sobre el rostro. El genio, sí, la inspiración, esa calentura del pensamiento exacervado, esa fiebre cerebral, intermitente y rápida que padecen los pensadores y poetas, tiene por fuerza, como toda enfermedad que devora, que dejar huellas indelebles impresas hondamente en el semblante humano. Dentro de la cabeza del poeta celebran las musas sus orgías celestiales, y de ahí, ese aspecto enfermizo que se nota en la fisonomía de la generalidad de esa clase de organizaciones. Tales son algunos de los síntomas revelados al exterior de los que -

infelices ó afortunados—padecen el mal del cielo, la sublime é incurable dolencia de la poesía. Y esta clase de mal es la crónica y punzante enfermedad que atormenta á nuestra inspirada Dolores. Trajo ya el germen desde su nacimiento; pero al pasar el peligroso puente que separa la adolescencia de la juventud, todos los síntomas del divino mal se presentaron en tropel perfectamente caracterizados, y la escondida dolencia se declaró desde entonces abiertamente con toda intensidad. Qué se iba á hacer? No había remedio. Comenzaba para ella esa época que Manttegazza llama con mucha exactitud, *el período histérico de la vida.* El geniecillo del amor, por otra parte, no tardó en revolotear al rededor de su ardorosa frente, acercándose á murmurarle al oído sus primeras y entrecortadas palabras. Dolores, viéndose sorprendida por esa doble fiebre—la de la juventud y la del amor—tomó su lira y cantó. La lira la llevaba escondida en el fondo de

su alma, y ahí acudió silenciosa á tañer sus primeras notas, escuchándose á solas, y traduciendo en lastimeras endechas aquellos primeros ayes que exhala el corazón de la virgen cuando ya la acongoja el primer amor, cuando como dice alguien, refiriéndose á esta edad de la mujer—se despierta la inocente niña toda turbada, confusa, con el seno palpitante, é inundada de sudor y de lágrimas, se sienta sobre el virginal lecho, y se tienta la prolija cabellera descompuesta en la lucha de su sueño, y se pregunta aterrada: "¿Qué pecado he cometido? Madre, madre mía, dónde estás?".....

La presencia del nuevo dios, pues, que si al común de las almas les produce tan tremendos trastornos, á la organización de Lola, eminentemente sensible y delicada, le produjo un gran sacudimiento. Y amó con toda el alma; pero su amor fué desgraciado. ¿Qué consuelo le quedaba á su infeliz corazón? Quejarse, y nada más. Y así lo hizo.

Desde entonces, esta torcaz herida se refugió bajo las ramas del sauce doliente de sus recuerdos, lanzando lastimeras notas llenas de sentimiento y de dulzura.

La trágica muerte de una hermana que adoraba con delirio, y que era tan bella y buena como un ángel, vino á entristecer más y más las cuerdas de su lira. Pero como si el genio del mal no quedara satisfecho con haberle brindado esta copa de amargura, le presentó otra más, para que la sorbiera su alma y se colmara de lágrimas y acíbar: la también trágica muerte de su valeroso hermano Miguel....

Después del dolor, sólo tres grandes cosas hacen estremecer el corazón de Lola: la amistad, la patria y los héroes, y con los héroes, los genios. La amistad la conmueve; la patria la entusiasma; los héroes y los genios la fascinan. Entre los héroes, quien le ha inspirado sus mejores cantos, es el Reformador de Guatemala. Acaso sea por com-

pensar en algo la indignación que le despierta el continuo graznar de esa manada de cuervos que de cuando en cuando baja á picotear aquel cadáver inerme, tendido sobre la losa de una tumba.

Tal es á grandes rasgos el carácter de esta poetisa y la índole de sus preciosas producciones. Pero hay que decir una cosa antes de concluir. Pueden encontrar algún material en este volumen de versos *nuestros críticos á lo Valbuena*, ésos que, como dice Montalvo, le avientan á uno á la cabeza la basura, con escoba y todo. Esos *roedores literarios* que sólo pueden saciar su hambre, porque es de lo que se alimentan, devorando nimiedades de forma y saboreando desperdicios gramaticales, pueden muy bien, es verdad, encontrar en estas páginas algunos retazos que roer; mas quédense ellos estrujando furiosos entre sus mandíbulas la cera del alvéolo, que nosotros tomaremos la rica miel que está adentro, para libarla gota á gota, y refrescar en algo la inmensa sed de belleza que sin cesar abrasa nuestra alma.

La Prensa

A Domingo Morales

EL TELESCOPIO del alma llamó á la imprenta ese gran millonario del color y de la poesía, Mr. Lamartine, para significar con esa hermosa imagen, todo el poder y toda la magnificencia de que es capaz tamaño invento del ingenio humano. Y en tal caso, el escritor, el periodista, haría como de astrónomo que, al través de su maravilloso lente, siguiese con ojo delirante y fijo todos los fenómenos que se suceden á diario, minuto tras minuto, en el gran cosmos de la vida intelectual y psíquica. La prensa es el azur inmenso del espíritu que remeda al firmamento mismo, pero sin cortinajes, sin nubes, sin telones de ninguna especie, en donde todo ojo humano ávido de luz, puede dilatar su pupila, abismándola extática, en la contemplación de esos pequeños puntos de oro —

estrellas ó letras—que son los diamantes más preciosos que existen en el universo.

Dos siglos y medio hace apenas que el médico Teofastro Renaudot, con el apoyo de Richelieu, publicó el primer periódico en París; y de entonces acá, han visto la luz pública millares de publicaciones de esta especie. Algunas de ellas han conmovido tronos y desquiciado gobiernos.

Grandioso poder concedido tan sólo á esa liviana hoja de papel que puede lanzar rugidos más aterradores que el bronce de todos los cañones, y causar más estragos, con solo sus tiznadillas letras, que todo un tren de artillería moderna preñado de máquinas horribles confeccionadas para volar ciudades y pulverizar huesos humanos.

Tal es el poder del periódico, de ese heraldo del mundo, alado vocinglero universal que se escurre silenciosamente por entre las rendijas de las puertas, llevando entre sus pliegues el alimento del espíritu, que ansioso

y como hambriento, devora las columnas de aquella muda y aturdidora hoja de papel.

Hay entre el diario y el libro un término medio, que no adolece de la efímera vida del primero, y que casi goza de las prerrogativas del segundo; es la revista ilustrada. Esta clase de publicaciones perdura casi tanto como el libro. En sus columnas no se nota—ni cuadra con su índole—esa temperatura ardiente, propia del diarismo militante y de combate. Al diarista le está concedido escribir casi todas sus cosas á vuela pluma, así, rápidamente, sin que sus producciones hayan tenido el tiempo necesario para ser cuajadas en el molde de la meditación, ni estiladas con el buril del que se esmera en trabajar un libro ó folleto, es decir, detenida y concienzudamente. Cabe en la revista la frase bordada, la filigrana literaria, el quiebre artístico y elegante de la oración, el párrafo atildado y brillante, producto de la pluma que tiene tiempo sobrado para deleitarse—

retozando artística—sobre las tersas y nítidas cuartillas. Debido á esto es sin duda que acostúmbrase coleccionar y encuadernar cuidadosamente las revistas para que ingresen, en su oportunidad, á uno de los estantes de nuestras queridas bibliotecas, esas silenciosas estancias que son los templos en donde, los que no tenemos más dioses que los libros, rendimos culto secreto. y humilde pero sincero, á la gran literatura.

Al periódico diario no le fué concedida semejante prerrogativa. El pobre diarista escribe sus artículos para que vivan unas cuantas horas, y sean entregados al día siguiente al archivo del olvido, en cuyos empolvados estantes permanecerán eternamente, sin que los vuelva á remover alguna mano caritativa ó piadosa.

Esto por ese lado no más, sin contar con las amarguras que diariamente devora su corazón para soportar esa lucha sin tregua, en la que el periodista á diario, pobre jorna-

lero de la inteligencia, arranca de su frente día tras día las ideas, derrochando así por necesidad, y casi á girones, el tesoro secreto que tal vez deseara conservar guardado con avaricia en el fondo de su alma, y convirtiéndose por este modo en el Hombre del cerebro de oro del cuento de Daudet.

Salvador Díaz Mirón

A Joaquín Méndez

ALTO: excesivamente delgado: con un brazo enfermo retorcido perpetuamente hacia atrás: el rostro escuálido y con esa palidez mate, propia de los climas sumamente cálidos: el ojo negro y profundo: la mirada inquieta y como bañada siempre en una penumbra de muy honda tristeza: la pupila revelando toda la fuerza de aquel potentísimo cerebro: densa, oscura y echada para atrás la alborotada melena; y como irradiando luz de inteligencia por todos los poros de la fisonomía, así es el esbozo del insigne vate veracruzano que hoy día gime en las profundidades de una lóbrega, y quién sabe, si injusta prisión.

El ardorosísimo puerto de Veracruz es una ciudad de unos 25,000 habitantes; pues

bien, aquellas veinticinco mil almas, giran, viven y se mueven sin cesar al derredor de dos inmensos polos: el Atlántico por un lado; Salvador Díaz Mirón, por el otro. Allí, en el simpático puerto, todo el mundo conoce al gran poeta por el nombre único de *Salvador:* los lancheros le tutean, pronunciando siempre su nombre con íntimo gozo, mezcla de admiración, de orgullo y de cariño, y él se sonrie y bromea con todos ellos....

Mezcla extraña la que efectuó la naturaleza en aquel temperamento, raro, idiosincrático y misteriosamente constituido. Cuando él conversa, en el seno de la íntima amistad, una sonrisa casi celestial inunda sus labios: su plática semeja cascada de flores: su voz, es dulce como la de una virgen y vibrante como el sonido de una harpa: su mirada, su ademán y su entusiasmo, son como talismanes que electrizan y embelesan á los que prendidos de sus labios le escuchan atónitos. Pero ay! que aquel mago de la poesía, tiene

á veces como el mar — á cuya orilla nació y ha vivido siempre — tremendas tempestades, sacudidas siniestras, horribles convulsiones: entonces el poeta se torna en león calenturiento y feroz que agita su melena: ruge su alma, y después, cuando le ha pasado el paroxismo, encuentra á sus plantas alguna víctima que ha ultimado, no él — porque hay que decirlo así — sino su enfermedad que ha sufrido una de tantas desastrosas y sangrientas crisis.

Dicen los psicólogos-fisiologistas que los hombres superiores, los verdaderos artistas, mantienen perpetuamente una especie de calentura nerviosa, producida quizás por la exacervación continua del cerebro: tal es el diagnóstico para conocer esa divina enfermedad del alma que se llama genio. Salvador Díaz Mirón padece esa calentura. Cuando se estrecha su mano nerviosísima, que parece más bien la mano de un esqueleto, cubierta apenas por la epidermis, en el acto

se experimenta la temperatura de la fiebre, se siente correr el fuego al través de las arterias, y se comprende que el grado termométrico de aquel organismo, es tan elevado, como la temperatura en que se mantiene ardiendo su corazón.

Pero en eso consiste precisamente su desgracia: ciego admirador de Byron, es grande y desgraciado como él. En el bardo veracruzano, como en el bardo inglés, se cumple la ley fatal de las compensaciones que ha establecido la naturaleza. La gloria es la hermaña gemela del sufrimiento: cuando Dios regala á un hombre, al nacer, genio, nunca lo hace así no más: tiene cuidado antes de colocar en su frente una corona de punzadoras espinas: es la ley misteriosa con la que él logra mantener en el mundo los grandes desequilibrios: á quien le da mucha luz para su frente, le manda también densos nubarrones para su corazón.

Decid genio, y diréis con eso, dolor, angus-

tia suprema, envidia de pequeños, ingratitud humana, odio injustificado, todo eso, en fin, con que los hombres se vengan brutalmente de los privilegiados que no nacieron iguales á ellos. Con sólo que alguien se alce una pulgada más del común de la generalidad, ya tiene bastante para que se le muerda y para que la murmuración injusta no lo perdone ni lo olvide tan así no más. Le sigue de cerca, como la sombra á la luz. Pasa en esto como con las mujeres hermosas: son las que la maledicencia escoge siempre para blanco de sus iras, así sean más puras que la misma luz del sol. Pero ésta es la ley humana de las compensaciones, así como la otra es la ley divina de los grandes desequilibrios. Byron nace excesivamente hermoso, y como contrapeso á tanta hermosura, nace también cojo; viene al mundo con la chispa del genio sobre la frente, pero trae también en su corazón una víbora que ño ha de dejar de morderle las entrañas ni un solo momento.

Díaz Mirón es en este sentido el Byron americano sino tanto por el vuelo de su genio — porque Byron es el primero en su género—sí por la similitud de su temperamento, y porque en sus ansias y en sus desesperaciones ha sido tan desgraciado como aquél. Nacido Díaz Mirón en una tierra de fuego, trajo en sus venas, como infiltrado, todo el ardimiento de su atmósfera candente y abrasadora. Jamás las refrescantes brisas del Golfo han logrado orear aquella cabeza febril y delirante, porque su fiebre es doble: consume su sistema nervioso, pero trabajando mucho más hondo, devora también su alma. El mismo lo confiesa, sin quererlo, en una de sus magníficas estrofas:

"Ceñudo y calenturiento
Sacudo la frente fiera;
Cómo si así consiguiera
Sacudir el pensamiento!"

Y este león enfermo se encuentra hoy enjaulado. El último trágico episodio de su

vida lo condujo á esta prisión. En un momento de arrebato, mató á uno de sus antiguos amigos. Y es probable que á estas horas exclame arrepentido y soberbio, como en otra ocasión:

"Cuando el culpable no es bajo
Es menos vil su sentencia,
Por eso yo, en mi conciencia,
Reclamo el hacha y el tajo."

Cuando así reclamaba la muerte, era que también gemía preso por otro hecho trágico de su azarosa vida: había matado, poseído de indignación, á un carnicero, porque en el mismo Zócalo en donde el poeta paseaba con su angelical esposa, aquel hombre se paseaba con cinismo, insultando á la sociedad al fumar en una boquilla de impúdica y asquerosa figura.

Referimos estos hechos de la vida privada del insigne vate, no para amenguar con manchas de sangre sus timbres de gloria que le

adornan como poeta, sino para explicar mejor su idiosincrasia fatal, para fundar en estos mismos hechos su mejor defensa, y porque, por otra parte, la prensa toda de México, en su oportunidad, los ha dado á conocer al mundo entero.

Pertenecemos á la escuela moderna fisiológica; y ahí donde muchos miran un criminal, nosotros no vemos sino un idiosincrático ó un capricho fatal de la naturaleza. Es esta una teoría ya casi universalmente admitida. Con Lord Byron no sólo tuvieron que ver los críticos literarios: lo estudiaron con igual atención, los médicos, los patologistas, y los filósofos–fisiólogos.

Pretendimos tan sólo en estas líneas hacer un estudio personal y psicológico del príncipe de los poetas mexicanos; en otra ocasión intentaremos estudiarlo bajo el aspecto de sus composiciones, aunque de una vez, nos anticipamos á expresar que nos sentimos muy débiles para valorar los trabajos de este artista literario, atleta verdadero de la poesía.

El Día de los Muertos

A José Ernesto Zelaya

EL AIRE frío del mes de noviembre parece que trae entre sus ondas la propiedad de impregnar nuestro sistema nervioso de cierta dulce melancolía, tenue, profunda, desfallecedora, pero intensamente saludable á la vida del corazón. Los encantos de cierta clase de tristeza hacen al alma mucho más bien que esas locas, mordientes palpitaciones de frenética é inusitada alegría. No cabe duda: las estaciones del año se reflejan con maravillosa exactitud sobre el alma humana. Y hasta cada mes le imprime á nuestro espíritu cierto carácter y tinte especial en perfecta consonancia con el aspecto que la naturaleza tiene en ese períodod el año. El mes de noviembre, el del agradable y delicioso frío, el de las dulces brisas otoñales,

es para nuestra alma el mes de la melancolía, el de las encantadoras y profundas tristezas. Las primeras hojas amarillas que en este mes vemos caer de las ramas de los árboles, nos recuerdan sin querer las primeras ilusiones marchitas de la vida que el desengaño arrancó al árbol de nuestras esperanzas.



No despierta noviembre como abril, entre coronas de rocío, ni como mayo, en el regazo de las flores; su aurora nace en el campo sagrado de las tumbas y de las blancas lápidas de mármol. Los primeros rayos del amanecer de noviembre van á quebrarse sobre las cruces de hierro del cementerio; á iluminar los solitarios nombres de las silenciosas tumbas. El cementerio principia á engalanarse desde que comienza á clarear la aurora; engalanarse, sí, porque también los muertos tienen sus galas. ¿Cuáles son éllas? Para los niños y las vírgenes blancas coro-

nas, así, del color que tenía su alma cuando se desprendió de la opaca materia. Para los demás, guirnaldas de siemprevivas, flores amarillas, crespones negros. Es decir, adornos del color de la melancolía, del color con que se tiñe nuestra alma cuando la tristeza la invade y el pesar la abruma. Por eso el color de este día es tan pálido y su sol tan frío y tan huraño. Y ¡cómo había de ser de otro modo! ¿Para qué luz y para qué calor cuando sobre nuestro corazón está soplando el cierzo helado de los tristes recuerdos y sobre nuestra alma cayendo la pálida escarcha de dolorosas memorias y no lejanos pesares?

***

Todos tenemos en este día una especie de vago dolor, de informe y secreta angustia que oprime por dentr› las paredes de nuestro pecho. Buscamos algo que sea capaz de disipar esa niebla; pero, en vano; la melancolía no nos deja. Y es que no hay uno solo

á quien no se le presente más ó menos lejana la imagen de un ser querido, una sombra adorada de alguien que nos dejó, y que mientras nosotros estamos devorando á toda prisa la vida, él, encerrado en una caja, está durmiendo á algunas varas de profundidad bajo la tierra. A veces nos preguntamos: y esos seres queridos que se fueron allá, tan lejos, ¿llorarán también por hallarse para siempre separados de nosotros? ¿Será esta como sombría nube que hoy envuelve y circunda nuestro espíritu producida quizás por la lluvia de lágrimas que esas almas que volaron están derramando invisiblemente sobre las flores amarillas de nuestros cariños tronchados y de nuestras hondas ternuras, impíamente desfloradas y marchitas? Quién sabe! El problema humano aún no está resuelto, y en este caso, lo único que podemos afirmar los que tenemos un pedazo de alma depositado bajo la tierra, un hijo adorado que la muerte nos arrebató infame y

cruel, es que el corazón se queja y lanza un ¡ay! de desesperación al poner la mano sobre el atormentado pecho. . .

***

Pero, no; quédense las santas amarguras guardadas en lo más recóndito del alma; nuestros más grandes dolores no deben salir nunca afuera, ni por los labios, ni menos por la pluma. Para que conserven todo lo puro de su grandeza, deben permanecer mudos, silenciosos, comprimidos; de lo contrario acabarían por evaporarse; semejantes á los ricos perfumes que deben conservarse en redomas esmeriladas sino se quiere que el aire los debilite y los extinga. Sólo en forma de lágrimas derramadas cuando nadie nos mira, allá entre las sombras de la noche, es como esta clase de dolores debe dejarse exhalar. Oh! sí! Sólo el ángel mudo de la noche, que vuela fugitivo al aparecer la aurora, es el único que puede recoger esta clase de lágri-

mas ó escuchar ayes rugientes que se exhalan de las entrañas, al pensar en el hijo querido que está encerrado trás la fría losa de un sepulcro.

***

Son las seis de la mañana del día 1º de noviembre: ahí va tiritando de frío esa pequeñuela de diez años: lleva desteñido el rebozo y los pies descalzos: va acompañada de su buena madre y demás hermanitos: caminan muy de prisa porque quieren llegar antes de que haya gente en el cementerio: la niña lleva en una mano una corona de rosas blancas y nomeolvides hecha á la luz de una vela la noche anterior: dos hermosos listones blancos se desprenden flotantes del centro de la guirnalda: es el adorno que lleva la chicuela para la la tumba del hermanito muerto hace algunos meses, porque enfermó de gravedad, y no hubo dinero para llamar al médico, ni comprar las medicinas. ¿En qué

parte del cementerio encontrarán la tumba del pequeño deudo? Deben encontrarla sin duda, al otro lado del puente, es decir, en el lugar donde están enterrados los niños pobres, porque hay que saber que ni siquiera en el cementerio, en donde concluye la mundanal grandeza, son iguales todos los hombres: también allí hay lugar para los ricos y lugar para los pobres: eso no quiere decir que las almas de todos los niños, de todos los inocentes no vuelen al cielo tan puras y cándidas como la luz inmaculada, ni se dejen de parecer una á otra estas nítidas almas, como se parece una mariposa blanca á otra mariposa blanca; las almas, sí, son iguales; pero las sepulturas para los cuerpos no. Y sin embargo, la parte verdaderamente risueña del cementerio de Guatemala—si es que puede haber algo de risueño en un cementerio,—es el lugar en que están enterrados los pobres. El espectáculo que presenta desde lejos aquel gran conjunto de blancas tumbas y de pe-

queñas cruces, embarga el ánimo presa de indefinible melancolía.

Llega la familia doliente, busca el nombre del pequeño deudo, y en medio de las lágrimas de la madre y de los suspiros de los hermanitos, es colocada la corona de rosas blancas y nomeolvides, tejida por el cariño filial la noche anterior.

Y así como esta corona hecha de flores de la tierra entrelazadas al rededor de un bejuco, y que no tiene en sí más valor que el que representa el cariño ó la ternura del alma, se miran centenares de coronas de la misma especie, clavadas unas sobre las cruces, puestas otras simplemente sobre el lecho de mezcla que sale á flor de tierra; estos son los adornos de los pobres: ellos no tienen para ir á comprar coronas de abalorio á los almacenes; pero los pobres se conforman siempre con tan poco y quedan con cualquier vagatela tan satisfechos!

***

Fuera de esta parte destinada á las personas de escasos recursos, doquier se gire la mirada en el cementerio de Guatemala, sólo se contempla suntuosidad, grandeza, magnificencia. En ninguna otra parte se refleja tan de bulto la cultura de nuestra sociedad como en esta mansión destinada á los muertos. En muchos países civilizados del mundo hay todos los años, en el mes de mayo, una fiesta que se llama el combate de las flores. Aquí en Guatemala el combate de las flores se celebra también, pero en el cementerio, y no es en mayo, sino el día 1º de noviembre. Esta festividad está destinada á los muertos. Parece que las familias entrasen en competencia sobre quien con más flores y con más gusto y arte adorne la tumba de sus deudos. Allí, corazones de violetas, hermosísimas guirnaldas, preciosas alfombras de ciprés y de flores, significativas iniciales, multitud, en fin, de combinaciones de arte; reflejándose en todo esto, que el culto para los muertos, cons-

tituye una religión aparte en el corazón de los guatemaltecos. Quien no haya visitado en Guatemala el cementerio el día 1º de noviembre, no sabe cuanto se ama aquí el recuerdo de los que ya no son, y cómo el cariño para los que se fueron no se amortigua sino cuando el alma huye en su busca para juntarse eternamente con ellos y no separarse ya nunca, nunca, jamás!

Manuel Gutiérrez Nájera

A Salvador Díaz Mirón

EL PABELLÓN de las letras mexicanas se encuentra desde hace muchos días á media asta. La muerte de Gutiérrez Nájera lo tiene así. Cuando nos llegó la noticia de que el elegantísimo *Duque* había desaparecido, yéndose repentinamente á ese país desconocido que llaman eternidad, no lo quisimos creer. Y ¿cómo conformarse uno á creer que tanto talento, tanta inspiración, tanta fecundidad imaginativa, tanta riqueza literaria desapareciese súbitamente de la vida en la plenitud y época más fecunda de su existencia? Con razón decían los antiguos griegos que los que mueren jóvenes son los predilectos de los dioses.

Ahora la musa mexicana está triste, muy triste; ninguno puede consolarla: se fué el

poeta de su predilección, el tierno confidente á quien ella, enamorada, le concediera sus más celestiales favores. Sí, se fué el inimitable cronista de las fiestas, el delicadísimo poeta, el insigne y maravilloso escritor! Qué frío, qué desolación, qué honda angustia inunda toda el alma cuando se va uno de esos! Se pierde la fe en la armonía de la naturaleza y hasta se enfría el amor al arte. Y es que esos privilegiados—los artistas—tienen el dón divino, por medio de sus creaciones, de mantener en nosotros perpetuamente encendido el sentimiento de lo bello. Desempeñan el mismo papel que las vírgenes vestales de la antigua Roma: cuidar de que siempre esté vivo el fuego sagrado. Por eso, cuando se va uno como Gutiérrez Nájera, el alma gime en silencio acongojada, pliegan los sueños sus doradas alas, se apagan las antorchas del ideal, y una densa sombra de tristeza cae luego sobre el corazón.

Feliz beldad la que el poeta adora! decía

Lamartine; feliz poeta el que al morir arranca por todas partes lágrimas de admiración y de cariño! exclamamos nosotros. Pero ¿por qué apenarse con tan honda aflicción, nos dirán algunos al leer estas líneas, si no se han muerto todos los artistas, si aún quedan muchos jóvenes escritores y gran número de poetas de inspiración y de genio? Ah! que no! Os atreveríais á hacer un argumento parecido, para proporcionar consuelo á una joven viuda á quien vieséis llorar sobre el cadáver de su esposo? Pues así es el alma humana cuando siente pasión por lo bello: acaba por desposarse con un escritor, con un poeta, con un artista á quien no cambia por ningún otro, por más que admire á muchos. Desposarse, dijimos, y no borramos la palabra escrita. En el mundo del arte, como en la esfera de lo moral y de lo físico hay verdaderos y santos desposorios. Se enamora una de esas almas apasionadas de lo bello de otra alma artista, y acaba por desposarse

castamente con ella en los blancos altares del ideal. Algo de eso pasaba en nosotros con respecto al Duque Job. ¿Por qué no confesarlo? Los versos de su divina inspiración siempre estremecieron nuestra alma con deliciosos sacudimientos de una fruición y ternura indecibles. Aprendimos á pronunciar su nombre con una especie de santo respeto y de místico recogimiento. Por eso es tan honda la pena que nos agobia con su muerte. Le amábamos tanto como si hubiese sido nuestro primer maestro. Pero abandonemos la parte puramente subjetiva, y pasemos á hablar del poeta.

Gutiérrez Nájera, como todos los grandes escritores, llegó á tener estilo propio. Comenzó por imitar el moderno estilo francés; mas la multitud de bellos moldes que fueron cuajándose uno por uno en las celdillas de su cerebro, acabaron por dar á su pluma un estilo suyo, muy suyo, exclusivamente de él. Tomad cualquiera de sus artículos, los de

periódico, puesto que obra seria no compuso ninguna, y hallaréis confirmado este aserto. Una cosa sumamente admirable: el *Duque Job* escribía para ganarse la vida, el pan diario para su esposa y para sus hijos. No podía, pues, pedir plazos á la inspiración, ni ésta dejarle tiempo para que el poeta la fuese á buscar en sus momentos felices: imposible: la necesidad con su faz descarnada y su semblante lívido venía todos los días muy de mañana á su puerta, á despertarlo: llevaba la pluma en la mano para decirle secamente: "toma *Duque* y escribe: tu compañera y tus hijos esperan el pan de hoy;" y el *Duque* comenzaba el durísimo trabajo: trabajo de yunque, como decía él, escribir por fuerza. Cuando el gran Lamartine tuvo necesidad de hacer lo mismo, comenzó á decaer. Pero en Gutiérrez Nájera no sucedía esto; en todos sus artículos se nota siempre la misma facilidad, la misma brillantez. Escribía sin cesar: ora era la crónica bellísima de un sun-

tuoso baile: ora unos versos primorosos y de una delicadeza extraordinaria: ora hablaba de las carreras del hipódromo: ora de la ópera; pero siempre encantador, siempre admirable, siempre el mismo *Duque Job.* Escribía con lápiz rosado sobre nítidas hojas de marfil. Para el alma de ese mago de la pluma no había misterios de ninguna especie: conocía el idioma de las brisas: comprendía la lengua de los pájaros: cantaba los rumores del viento; para todos los estremecimientos de la naturaleza tenía un color, un eco, una palabra, un sonido á propósito. Qué fecundidad la de esa imaginación! Su pluma era un verdadero kaleidoscopio. Cronista como él en México, ninguno, y quizás en toda la América Latina, porque Bolet Peraza, que también es notable, es de distinto género.

Crónicas color de rosa, tituló Gutiérrez Nájera las que escribió durante algunos años en el periódico "La Libertad." Pero aquéllas no eran simplemente crónicas color

de rosa, eran crónicas celestiales, eran crónicas divinas. Y eso que á veces el color de rosa subía hasta el rojo encendido, pero un rojo que á pesar de su tono, no ofendía, dados el ingenio y oportunidad con que él lo sabía usar. Así, haciendo una vez la crónica de un gran baile de fantasía, escribió: "La Señora de N. iba representando el Océano con su traje color de mar y sus encajes color de espuma, pero tan excesivamente hermosa, que la primera frase que se me ocurrió al saludarla fué ésta: *Naufraguemos.*"......

Todos sus versos son exquisitamente delicados. Temas difíciles y escabrosos los desarrolla con una facilidad asombrosa. Leed sino su *Prólogo.* En esos versos pinta el poeta la discusión que una joven casada, en vísperas de ser madre, sostiene con su esposo sobre si el hijo que vendrá será varoncito ó mujercita.

Son los que comienzan así:

Aquel domingo por la mañana
La cuna vino del almacén,

Y el colchoncito de blanca lana
Para la cuna llegó también.

Y terminan con esta estrofa:

Luego siguiendo con ansia rara,
Ambos hablaban como un tropel:
¡Tus mismos ojos! ¡Tu misma cara!
¡Si será élla! ¿Si será él?

La *Ignota Dea* es también una composición notable. Leedla, si no la conocéis, y decid después si el que ha escrito esas estrofas no es un poeta encantador y admirable. Y sin embargo de eso creemos, tal es nuestra humilde opinión, que el *Duque Job* prosista, es superior al *Duque Job* escribiendo en verso.

Cuando describe la primera comunión de los niños hace temblar de ternura el corazón, aunque ya el alma haya apagado, para siempre, la última antorcha de su fe, como la nuestra, que ¡ay! está tan árida y seca de creencias religiosas, cual el desierto de Sahara de vegetación y de flores.. ...

Con lo que escribió durante cerca de veinte años, podrían llenarse muchísimos volúmenes. Urna de perfumes, búcaro de flores, enjambre de mariposas, orquesta de ángeles sería la colección de esos libros. Murió rico de gloria y de renombre; pero pobre, muy pobre de recursos. Para ayudar en algo á sus huérfanos y á su viuda, alguien ha tenido en México la feliz idea de que un día señalado del año, y en homenaje de duelo nacional al magnífico escritor, dejen de aparecer todos los periódicos de la República, y que lo que se habría de gastar en la edición periodística de ese día, se reuna todo para ser destinado como ofrenda á la familia del poeta. La manifestación sería bastante solemne y significativa. Y el día señalado para que las prensas mexicanas dejasen de crujir se vería á la más espiritual de las musas, pálida y silenciosa, inclinada sobre la tumba del poeta, derramando lágrimas de inconsolable pena y profundísimo duelo.

La Conciencia

Al doctor don Manuel Maldonado

I

DEFINIR con perfección, hé ahí uno de los ideales de las inteligencias fuertes, de los cerebros pensadores, de los hombres–antorchas que llevan dentro de la cabeza como un foco de luz que está ardiendo á todas horas sin consumirse nunca.

Definir bien es trazar con toda exactitud perímetros clarísimos de luz en ese pedazo de cielo invisible que se llama la inteligencia humana.

El que define con toda exactitud es porque está viendo, en lo interior de su alma, la cosa de bulto, así como iluminada línea por línea y cara por cara, con los ojos del pensamiento, que son los únicos luceros que en el universo irradian perpetuamente hacia adentro.

La buena definición es el mejor signo de una clara vista intelectual. ¿Queréis saber con toda verdad cuál es el grado de potencia pensadora de un hombre? Pues decidle que os defina alguna cosa; si la define bien, es de los escogidos; de lo contrario, pertenece á la chusma humana, es de esos que se conocen en el Libro Santo con el simbólico nombre de *bienaventurados*.

Para definir se necesita conocer á fondo el *todo* y cada una de sus partes; por eso todas las definiciones que se han dado respecto de las ciencias, todas, absolutamente todas, son imperfectas, son malas; y esta imperfección en definirlas, es sumamente lógica: ninguna ciencia está completamente formada; las más exactas, las matemáticas, aún dejan mucho que desear en este sentido. ¿Qué será entonces de las demás, si las que se llaman CIENCIAS POR EXCELENCIA todavía no han encontrado la última de sus fórmulas, ni puesto número á la última de sus páginas? Y siendo imper-

fectas las ciencias, es natural que sus definiciones también lo sean.

Esto mismo que pasa con las ciencias sucede con las cosas, aunque no en la misma escala. Los objetos materiales son más fáciles de definir, subiendo la dificultad en este punto, conforme acrece el objeto en magnitud ó en complexidad.

Hace poco leía yo el último libro publicado por Flammarión, y, cosa increíble ¿cómo creerá el lector que se define ahí el universo? Pues léalo de la misma pluma del grandioso explorador del cielo "La mejor definición del universo que se ha dado hasta ahora es la que Pascal repitió y á la que no se podrá ni puede añadir nada: una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna." ¿Comprendistéis?

La sonrisa asoma sin querer á los labios después de leer estas líneas. ¿Será eso una definición? Eso no pasa de ser un embolismo, una verdadera expresión paradójica y

contradictoria que no deja más que vacío en la inteligencia de quien la escucha. Y sin embargo, esa es, según el gran astrónomo, la mejor definición que del universo se ha dado hasta el día.

Hecha esta necesaria introducción para desarrollar bien nuestro tema, entremos de lleno en el asunto.

La conciencia, ¿qué es? Palabra es esta que pertenece á las que debieran clasificarse con el metafórico, pero adecuado nombre de *poliédricas*: tiene muchas caras.

Durante todos los siglos que lleva el hombre de pensar, se han ocupado los filósofos en definirla, y casi, casi, están como al principio de la faena. Víctor Hugo, que es metafísico, al hablar de la conciencia, como al hablar de todas las cosas, arroja de su pluma párrafos bellísimos que rayan en lo sublime, pero no logra, no alcanza á definirla.

Y es que los metafísicos, hasta los de cerebro más potente, son verdaderos visiona-

rios: caminan á tontas y á locas; por eso se estrellan y sucumben. Y sin embargo, han hecho mucho bien á la filosofía. No podemos maldecirlos, porque el fin de todos sus errores ha sido el principio de nuestras verdades de hoy, han pensado y con eso basta.

La metafísica es el grandioso puente, por el cual la humanidad pudo pasar del estado teológico al positivista; del hemisferio de la sombra al hemisferio de la luz. Bendigámosla por lo que nos ha hecho adelantar; pero nada más, no sigamos adelante con ella. Hoy no tenemos más que decirle adiós y darle las gracias. Nos ha servido mucho, pero es ya tiempo de abandonarla. Dejémosla ya de la mano. Es ella en el siglo XIX una pobre enferma que en fuerza de tanto pensar, acabó por perder la razón. Dejémosla, sí, para siempre; allí cerca nos espera esa gran soberana con su diadema imperial, hecha de luminosas verdades; se llama, filosofía moderna.

Preguntemos, pues, á ella, qué es la conciencia, ya que la metafísica, durante tantos siglos no ha sabido ni podido explicárnoslo.

II

Conciencia, dice el positivismo, no es ni "el horno de los delirios," ni "el antro de las ideas," ni "el *pandemónium* de los sofismas," ni nada simbólico, abstracto, metafísico ó imaginario.

Rompamos para siempre en las definiciones con el lenguaje figurado. Definamos sin metáforas. Conciencia, según la escuela moderna, es la observación subjetiva sentida y pensada del funcionamiento cerebral, ó sea de nuestro mundo interior. Para que haya ese estado que se llama de conciencia, se necesitan indispensablemente dos cosas: facultad de observar los fenómenos subjetivos y funcionamiento armónico y normal del cerebro. Los locos no tienen conciencia, porque su cerebro está fuera del estado nor-

mal, como tampoco la tienen los imbéciles ni los idiotas, los extáticos ni los visionarios, los sonámbulos ni los narcotizados. Cuando el funcionamiento cerebral se altera, la conciencia se anubla: la noche de la razón es también la noche de la conciencia. He aquí por qué todas las enfermedades morales proyectan densas nublosidades sobre ese piélago de luz llamado conciencia humana. La vanidad, que es el mal que más aqueja esas pobres almas de los hombres vulgares, les hace por completo perder la conciencia de lo que en sí son y valen: tienen ellos, á veces, la conciencia de valer como cien, y valen los cuitados quizás como cero, cuandó no una cantidad negativa: *menos uno*, por ejemplo.

La conciencia, como todo lo que es movimiento, ó fuerza ó luz cerebral, se refleja toda entera en el rostro, pero con más exactitud, en los ojos. Por eso, los literatos espiritualistas, que todo lo remedian por medio de brillantes símiles ó hermosas imágenes, dicen que los ojos son el espejo del alma.

El tema que deseamos abordar es fecundo, y al desarrollarlo en este artículo, nos hemos limitado simplemente á dos cosas: primero, á formular una definición conforme á nuestro sistema de ideas; y segundo, á tratar de la conciencia bajo una sola de sus infinitas y múltiples fases: como el único factor de felicidad relativa durante la transitoria vida del hombre. Una vez definida la conciencia, cumplamos con nuestro segundo objeto; tratemos de ella como del mejor factor, como la fuente más pura de dicha y felicidad.

III

Conciencia sana y fuerte, hombre feliz: este es, desde hace tiempo, uno de los dogmas de la religión que profesamos, uno de nuestros artículos de fe, como diría un creyente.

Y es que en nuestro pensar sólo hay una cosa para poder medir la perfección moral de un hombre: el valor que éste da á las manifestaciones de su conciencia.

Conciencia fuerte, dijimos antes, y hemos de explicar este término. Hombre que se preocupa por el juicio injusto que de su conducta ó de su persona hagan los demás hombres, no vale nada, es un desgraciado, un ente raquítico y adocenado; hombre que no se preocupa sino de los reproches que le lanza su conciencia, y que se ríe, desprecia y mira con soberana indiferencia los juicios mal fundados que de su persona hagan los demás hombres, este es hombre superior, y tiene que ser feliz porque lleva en su pecho un broquel impenetrable á los dardos, que de todas partes le ha de dirigir la envidia, la murmuración ó el enojo de los pequeños y menguados. Con excepción del juicio histórico, que tiene en sí el privilegio de no equivocarse nunca, y de ser por lo mismo justo, al hombre de conciencia fuerte, no debe preocuparle ningún otro juicio humano, venga de donde viniere, ora sea favorable ó adverso.

¡Cuántos hombres hemos conocido en el decurso de nuestra vida que se preocupan, desfallecen, se contristan y enferman por una frase hiriente brotada tal vez de labios mordaces, y que la oficiosidad brutal de un amigo les hizo llegar á su conocimiento! Esos pobres hombres carecen de vida moral propia, y ora se envanecen por una palabra de adulación que se les dirige, ora tiemblan amedrentados ante un juicio desfavorable ó deprimente para ellos!

Son como esos escritores vanidosos que después de publicar alguna producción literaria andan tras de los amigos preguntándoles qué tal les parece su trabajo; y como la respuesta de los amigos en estos casos, siempre es benévola ó indulgente, acaban por convencerse de que su obra es magnífica, sintiéndose por ello ufanos y repletos de orgullo, de vanidad y de gloria.

Para el hombre de espíritu fuerte todo eso vale nada, y no se preocupa sino por lo que

le dice la voz de su conciencia que allá adentro está repercutiendo á toda hora inexorable dentro de las paredes de su pecho.

La murmuración, la maledicencia, son males sociales que siempre han existido y existirán mientras la sociedad sea sociedad y el mundo, mundo. Pues contra estos males eternos no hay más antídoto que la conciencia fuerte de un hombre verdaderamente honrado y sereno.

Las lenguas de la mayor parte de los hombres, más que instrumentos del órgano del lenguaje, parecen tijerillas de fuego que relampaguean por aquí y por allá buscando honras y reputaciones ajenas que devorar, con el mismo placer con que las moscas devoran la podredumbre en la matadura de las bestias lastimadas ó heridas.

Conocemos á muchos que llevan su conciencia fotografiada en el rostro, que en vano procuran engañarse á sí mísmos y engañar á la sociedad tratando de ocultar las

sombras de su alma, gritando por la prensa, á voz en cuello, que pertenecen á la gente honrada, á la gente que cree en Dios, y para demostrarlo, los muy necios, se visten de limpio los domingos por la mañana, para ir á misa, mientras ensucian por dentro su corazón, todos los demás días de la semana, con la envidia, la murmuración, la mala fe y algunos VICIOS de esos secretos y abominables..........

Y esos pobres seres llegan á veces hasta sentirse satisfechos de su conducta aparente, como si fueran en verdad hombres honrados y cabales, porque la sociedad los tiene en ese concepto, y porque para ellos, la voz de la conciencia nada significa, y todo lo hacen consistir en la opinión ó buena fama que de sus personas tenga formada la sociedad.

Nosotros somos de otro sentir. ¡Cuántas y cuántas veces no han llegado á nuestros oídos frases injuriosas, palabras brutales vertidas por los labios de nuestros enemigos,

y al oirlas hemos lanzado rápidamente una mirada sobre nuestra conciencia, nos hemos encogido de hombros, felicitándonos de que nuestra humilde personalidad, preocupe de tal manera el ánimo de esas pobres gentes que tan mal nos miran, y á quienes nunca hemos hecho el más ligero daño, pero ni siquiera el de acordarnos de ellas.

Para concluir diremos: el hombre de sana y fuerte conciencia prefiere mejor que un solo reproche de ésta, el vituperio injusto de todos, el vituperio universal; que más vale llevar el estigma infundado de la multitud, que no la maldición inexorable de ese juez interno, que como dijo el poeta, ahorca en silencio dentro de sus recintos, sin perdonar á uno solo, á todos los malvados.

José Martí

A J. Joaquín Palma

LLEGÓ al fin la hora: ya el apóstol se convirtió en mártir. Como fragante aroma de rosas y como auroras de clarísima luz han de haber inundado la atmósfera cubana en los momentos en que alma de Martí rompiendo el molde de barro, sufría la trasmutación suprema.... El alma de ese hombre, diáfana como el cristal, era de esas cuya existencia se nos hace sentir en todas partes; de cerca, por su fragancia, como las flores; de lejos, por el oro de sus reverberos, como las estrellas.

Murió con la proclama revolucionaria en la mano; y cuentan que el último pensamiento que hizo estremecer aquella alma, al troncharse su hermosa cabeza de pensador, fué el de libertad para su dulce, para su querida, para su adorada Cuba. Ese gran luchador,

desde mucho tiempo atrás no hacía otra cosa: pensar, soñar, mejor dicho, en la libertad de su bella patria. Su pasión se había hecho incurable: siempre que hablaba de Cuba su acento era el de un gemido: lastimaba el corazón de tristeza. Nuestra América! decía él, y se ponía á derrochar torrentes de belleza y de poesía, tesoros de elocuencia, raudales inacabables de infinita ternura!

Tiempo hacía que ese gladiador sublime caminaba con la vista arriba sin apartar los ojos ni un momento del cielo de su ideal. La prensa y la tribuna: esas eran sus dos grandes armas: de los hilos magnéticos de su pluma traía atados fuertemente á centenares, á miles de revolucionarios cubanos. *Patria* se llamó el periódico que fundara en Nueva York como órgano de la revolución: *Patria* le puso, suprimiendo el artículo, como significando así que para él era tan sagrado ese nombre que no admitía término calificativo de ninguna especie: bellísima puerelidad de

enamorado que daba á comprender todo lo inmenso del amor que sentía por Cuba. Ahí en *Patria* puede leerse y estudiarse la historia de la enfermedad moral que lo condujo al sepulcro. Los grados que iba marcando la fiebre que devoraba su cerebro quedaron en esa hoja dibujados, remedando la figura de los zigzags que describe el pulso de los calenturientos en los trazos esfigmográficos que la ciencia médica tiene para saber matemáticamente hasta donde llega la intensidad de la calentura.

¿Queréis saber todas las esperanzas, todas las dudas, todos los entusiasmos que pueden asaltar á un corazón que sueña y delira con la libertad de su patria? Leed ese periódico de José Martí. Más que un periódico parece esa hoja la disección de una alma viva: aquí el ay! quejumbroso de dolor, más allá el himno de la esperanza que renace; pero todas sus líneas, empapadas siempre en profundísima nostalgia.

A más de esto, el acento de la convicción vibra y queda como repercutiendo en cada uno de los renglones que brotan de la magnífica pluma de aquel apóstol-mártir. Magnífica hemos dicho, y aún no nos deja satisfechos ese epíteto para alabar semejante pluma. Los matices y quiebros de la luz al atravesar un prisma no superan en cambiantes, ni en riqueza de colores, ni en intensidad de brillo á las preciosas imágenes en que se descomponía una idea cualquiera al atravesar por la mágica imaginación de Martí. Con respecto á los cortes de su pluma, no hemos encontrado en América quien — ni el mismo Montalvo — los tenga ni más originales, ni más atrevidamente majestuosos y elegantes. En ocasiones hasta cuesta adivinar la idea, lo cual si en el común de los escritores es un defecto, en él constituye donosa gallardía y eximia y rara cualidad.

A veces el escritor dejaba la pluma sobre la mesa de redacción y se iba á ocupar la

gran tribuna: allí estaba su otro elemento de combate. Reunía en su persona todas las prendas físicas y morales del verdadero orador: al través de su cutis fino, blanco y sedoso como el de una dama, se veían ir y venir rápidas las corrientes nerviosas, ya del corazón á la cabeza, ya de la cabeza al corazón, escapándose al pasar por los labios en raudales de música, de elocuencia y de poesía: su palabra semejaba el sonar de perlas al caer desgranándose sobre una ánfora de cristal. Luego que comenzaba á hablar, comenzaba, asimismo, á iluminársele el semblante. Su frente resplandecía entonces con ese como nimbo de claridad celestial que circunda la cabeza de los grandes oradores, en los momentos en que la diosa inspiración les sacude, les embarga y les destroza el alma. Aquí en Guatemala le tuvimos por el año de 1877; vino, subió á la cátedra y desde allí se puso á derramar luz; pero como esa luz venía de un apóstol de la libertad,

no faltaron labios conservadores que trataran de satirizar al maestro ilustre, buscando un apodo en lo que precisamente constituía uno de los méritos de su elocuencia. Y lo bautizaron en su pila de malos nombres, con el de *Doctor Torrente.* En cambio, la juventud liberal de aquel entonces, llamóle á su seno, le agasajó y se tuvo por muy honrada haciéndole Vicepresidente de la sociedad literaria "El Porvenir."

"El verbo de la Cuba luchadora," llamó á Martí, Vargas Vila, cuando aquel apóstol aún vivía. Hoy, como todos los Cristos que ha tenido la libertad humana, ha dejado de ser el verbo para convertirse en el más ilustre, quizás, de los mártires de la independencia cubana.

Ya el siglo XIX está lanzando sus últimos destellos; pero antes de hundirse en su noche eterna, se nos están apagando en el cielo del arte americano preciosas estrellas de primera magnitud, como si temiesen contemplar

la desaparición de tan majestuoso sol: no ha mucho se nos fué Gutiérrez Nájera, el bardo espiritual, el delicadísimo é inimitable prosista: con Martí se nos han ido dos egregias personalidades: el insigne artista de la palabra y de la pluma, por un lado; el santo apóstol de la República y de la Libertad, por el otro....

Pobre hermosa Cuba! Planta, ya, para que haga sombra á la tumba de ese gran mártir que acaba de espirar, un fecundo laurel que crezca y se mantenga lozano, regado por los torrentes de lágrimas que has de derramar mientras dure tu esclavitud; y manda de una vez á esculpir con letras indelebles en el templo de tus sacrificios este nombre inmortal: JOSÉ MARTÍ.

Nuestros Críticos

> Ya no estamos en los tiempos en que la crítica llamaba la atención de los escritores para que respetasen los géneros y las reglas, ó en que distribuía palmetazos como un maesto de aldea. Ya no se impone la misión pedagógica de corregir ni aun señalar las faltas como en un ejercicio escrito de un colegial, de manchar las obras maestras con reparos de gramático y de retórico.
>
> EMILIO ZOLA.

CREEN los tontos, cuyo número es infinito, según lo afirma el Evangelio, y según lo hemos podido también observar nosotros en los años que llevamos ya de vida, que la prosa y el verso deben estar sujetos al mismo procedimiento gramatical, y quieren los muy sencillos al varón *Verso* y á la hembra *Prosa* vestirlos de la misma manera, aplicándoles en todo iguales principios, iguales reglas, igual criterio, como si fuera lo mismo, como dicen las gentes, *hembra* que *macho.*

Bien que los que así piensan son los profanos en la materia, los pobres diablos de la literatura, no por eso el error, con todo y su crasitud, deja de andar bastante generalizado por el mundo, dada la capacidad intelectual que concede el libro santo á los habitantes humanos de este desgraciado valle de lágrimas.

Una risa así como la que nos producen siempre las bobadas infantiles de los niños cuando se ponen la levita y el *bolero* del papá y le toman el bastón, así es la risa que nos mueve cuando vemos á ciertos *nenes* metidos á críticos, diciendo unos disparates tales, que en verdad nos sirven de recreo y nos hacen pasar ratos amenos de distracción y de solaz; los dos nos hacen reir, los dos nos inspiran cierto cariño mezclado con algo de compasión y mucho de lástima: el niño cuando camina á *gatas* y hace sus primeros *tanes*, jugando por la alfombra, rompiéndolo todo con el bastón ó destrozan-

do entre sus manecitas de querubín los objetos delicados que alcanzan sus pequeños brazos; el ignorante cuando hace también sus *tanes* y gatea sobre la mullida alfombra del buen gusto, cayendo por aquí, trastabillando por allá y destrozando entre sus manos, poco hábiles, esas mariposas de la fantasía, que se llaman bellezas literarias, rompiendo, en fin, á troche y moche con el bastón de su estultez los tersos cristales del sentido común. A veces dirigen sus palos de ciego sobre esos delicadísimos fanales que se fabrican las almas soñadoras de los artistas par encerrarse dentro y resguardarse en algo de los nubarrones de polvo que levantan los necios: esos criticastros vulgares que en su afán por darse aires de maestros del idioma acaban por perder el freno, desbarajustan, y ruedan casi siempre por los despeñaderos en donde se derrumban los críticos de semejante talla. ¡Cómo se parecen los niños y los ignorantes!

Cuando vemos á ciertos hombres muy me-

tidos en su ignorancia, muy afanados y hasta satisfechos, sudando la gota amarga en la fabricación sin sentido de lo que ellos creen que es una gran cosa, algo así como un templo en donde ha de albergarse el arte; cuando vemos á tales hombres poseídos de creencias tan pueriles, nos acordamos, sin querer, de esos pequeños y encantadores locos, los niños. Se nos viene entonces á la memoria lo que les sucede cuando después de prolongadas horas de trabajo han logrado levantar con su baraja una casilla de naipes, la cual los inocentes se imaginan, allá en sus adentros, ser un hermosísimo y encantado palacio: mas de repente nos acercamos por detrás de puntillas, soplamos con crueldad, y echamos por el suelo en un instante el edificio levantado con tantísimo cuidado y paciencia. Cae la casa, estalla en nuestros labios la risa, y el niño rompe á llorar con inconsolable y lastimoso llanto....

Así son ciertas críticas, casas de baraja

que se deshacen con el viento. Soplemos, pues, para matar el tiempo, ya que en algo se han de pasar las horas de fastidio de la vida.

Dos son los recursos gastados y pueriles que emplean los críticos de marras para manosear toda composición literaria que tiene la suerte de ofender directamente su *sentido estético*, así como los brillantes colores y preciosos cambiantes de la luz, ofenden las retinas enfermas de los pobres que tienen infeccionados los ojos, en los que el pus ha comenzado á hacer sus estragos. El *diccionario* y la *gramática* escolástica son los caballos de batalla en que esos quijotes de nuevo cuño cabalgan para acometer en alas de su miopía, contra todo aquello que á su epidermis literaria produce escozor, ó todo lo que su meollo, algo duro, no puede ni alcanzaría nunca á comprender.

Cosa divertida es imaginarse lo que ha de costar á estos pobres anémicos de la inteli-

gencia sus estupendas y fabulosas críticas. A través de tales escritos se siente la fatiga, se palpa el esfuerzo de sus autores y se adivinan las grandes ansias que han precedido á semejantes partos. Hemos visto que en algunos ha dilatado el alumbramiento hasta quince días, para dar por fin á luz una especie de feto sin nervios y sin vida, como digno engendro de tan raquíticos padres.

Y es natural que tarde tanto la gestación de semejantes abortos.

Figuraos á estos critiquillos afanados en el trabajo mecánico y material de indagar si están bien ó mal usadas las palabras, de buscar ó rebuscar términos en el diccionario, para trascribirlos en seguida, con la misma satisfacción y júbilo que siente el que ha producido una obra maestra ó descubierto un nuevo astro en el sistema planetario.

Medid por esa tarea de peón la fuerza intelectual de semejantes literatos, la potencia creadora del cerebro de tan insignes críticos!

Con razón los llamó Gutiérrez Nájera, los *policíos* del idioma. Pero, qué! ni *policíos* siquiera, porque estos señores representan una autoridad, y los criticastros vulgares no pueden ser jamás autoridades del idioma, son puramente peoncillos de la arcilla gramatical, son los *chuneros* de la lengua.

La gramática! esta es la palabra sacramental que tienen sin cesar en sus labios. Sólo que la gramática de ellos es gramática de embudo, ancha para sí y estrecha para los demás. Esta clase de críticos que invocan de contínuo la gramática, aun en los momentos mismos en que la están destrozando, se parecen mucho á esos borrachos que les están protestando amor á sus concubinas en los instantes mismos en que las estrujan y desgreñan.

Habladles á esos señores críticos del lenguaje figurado, y no entenderán una palabra; decidles como pasan las palabras de su sentido recto á otro que el diccionario no les da

ni puede darles, y que es el que buscan esos ciegos que se llaman tontos, y tampoco os entenderán; explicadles la sintaxis figurada, las licencias poéticas, y se quedarán lelos; decidles como el alma del poeta, que nació para cernerse muy alto, se burla de la gramática puramente mecánica, de la gramática escolástica, rompe sus débiles ligaduras, le da con el pie, y no necesita más que del aliento de la lógica, de las etéreas alas de la inspiración y del cielo azul de la poesía para remontarse á las esferas del arte; y el criticastro mareado, al oír todo esto, creerá que es música celestial ó cosa por el estilo. Pedidle gramática á Víctor Hugo, pedídsela á Espronceda, pedídsela á Byron, pedídsela á Castelar mismo, aun tratando de su bellísima é incomparable prosa, y se reirán con lástima de vosotros, pobres criticastros, como se ríe todo aquel á quien Dios ha regalado sentido estético, y le ha dicho al nacer: vuela, que ahí te doy ese par de alas!

Siete veces imbéciles, los que quieren encerrar las creaciones de la Belleza y de la Poesía en esos moldes de barro, raquíticos y quebradizos, de la escolástica gramatical, moldes cuyo tamaño está muy en relación con la capacidad de la bóveda craneana de los críticos de semejante talla.

La estética reconoce y se guía por esa soberana que se llama lógica, pero mira casi siempre muy por cima del hombro á su esclava, la gramática. La ciencia de la Belleza ocupa une jerarquía mucho más elevada que este arte, el cual, hay que confesarlo, es imperfecto y poco filosófico en muchas de sus partes.

Querer juzgar lo poesía con el auxilio ó cartabón de la mecánica gramatical, es el absurdo craso en que han incurrido Valbuena y todos sus malos imitadores que, como langostas, han brotado á millares por todas partes; tal procedimiento es como pretender medir las obras de Miguel Angel ó de Rafael con un compás y un texto de geometría

en la mano. Pero el mundo es así: la mayoría de los hombres son necios, y, qué más podemos exigir de ellos?...

Tiene el poeta, el soñador incansable, un privilegio exclusivamente suyo, que ningún crítico zascandil del mundo puede arrebatarle: hay algo misterioso en su organización cerebral que sólo él comprende y puede sentir: es como si dijéramos un eco del cielo repercutiendo incesantemente en su alma; algo que le causa placeres inefables y desconocidos deleites, murmurándole al oído como dulcísimas y encantadoras sinfonías; ese algo no tiene palabra en ningún idioma, pero sí existe; se le siente, no se le puede definir; y ese algo que es un privilegio del cielo, tiene por contrapeso otro algo nefando con que Dios hace pagar á sus escogidos los dones que les concede: son los mordizcos que á las pantorrillas del soñador lanza la turbamulta de los necios y de los desheredados. Ellos dicen: ese que va ahí celebra de contínuo en

su alma espléndidos y espirituales festines que á nosotros no nos es dado disfrutar: pues á morderle los calcañales; y se acercan como perros, y clavan el diente, teniendo siempre cuidado de dejar la mordedura impregnada de la correspondiente baba de la injuria. Morded, pues, con hambre y con despecho, mientras el alma altiva y satisfecha, disfruta de sus festines, arrobada y sonriente allá en los palacios de luz de la fantasía, y embelesada con las dulcísimas pláticas que ella en silencio sabe mantener consigo misma.

Al obsequiar un libro

Al doctor don Salvador Cheves

OBSEQUIO á Ud. este libro con la misma pueril satisfacción que si obsequiase á Ud. un brillante: como esa clase de piedras, despide luz: cada una de sus páginas es una faceta que reverbera. Exagerada puede parecer á Ud. esa comparación, pero he de decirle que cuando tengo entre mis manos un libro bueno se despiertan en mi ánimo extrañas sensaciones estéticas. Así, al comenzar á romper con el plegador de marfil las páginas de un libro nuevo, cuya excelencia sospeche yo por el solo nombre del autor, ya estremece mi ser una sensación de dulce voluptuosidad, cual si estuviese acariciando la aterciopelada cabellera de una mujer hermosa. Y el fresco olor

de papel nuevo que se desprende de las páginas al ir siendo rasgadas á toda prisa, tiene algo para mí del aroma que se exhala de una rosa recién abierta y colocada sobre el mórbido seno de una joven beldad: fragancia doble de flor y de mujer, es decir, la más embriagadora esencia de todos los perfumes de tierra y cielo. Hasta en el ruido especial que producen las páginas al irse rasgando encuentro algo de encantador y atrayente. ¿Serán todos estos fénomenos producto de aberraciones ó desequilibrios de mi organismo? No lo sé. Tal vez. Lo único que puedo asegurar con toda sinceridad, es que ésas, que á otros parecerán futilezas, han sido para mí en la vida fuentes cristalinas de muy dulces y espirituales goces.

Hecho esta especie de proemio psicológico, permítame, doctor, que antes de entregarle el libro, diga á Ud. algo acerca de él, siquiera sea en comparación de los demás de su especie que, mal ó bien, conozco.

"Los Secretos del Amor" es el título de esta obra; pero el que verdaderamente le corresponde, quizás no es ese; tal vez más propio hubiera sido ponerle "Fisiología del Amor," título que falsa é indebidamente lleva por ahí una obra moderna, apadrinada por un gran escritor. Me refiero á la "Fisiología del Amor" de Claudio Larcher, publicada por Pablo Bourget, su albacea testamentario. No creo que á los libros se les pueda bautizar como á los niños, con el primer nombre que se nos venga á la cabeza, sin más razón que nuestro capricho ó antojo. Si Larcher le hubiese puesto á su libro "Meditaciones de un Enamorado" estaría bien, muy bien; el solo título nos revelaría desde luego el carácter individualista de la obra; pero, "Fisiología del Amor!" un nombre que implica desde luego un estudio científico, qué atrocidad! El mismo Bourget lo comprende y lo declara así en el prefacio de la obra. Y hay que hacer hincapié sobre el im-

perdonable abuso que cometen algunos autores bautizando sus libros con un nombre llamativo completamente distinto de lo que encierran. Ese proceder entraña la idea de una estafa cometida por medio de las letras. La portada dice una cosa, y lo que va dentro es otra muy diferente. Lo mismo que pasa con los perfumes falsificados.

En "Los Secretos del Amor" sucede enteramente lo contrario: el nombre no corresponde con la alteza del libro; cree uno encontrarse con una obra ligera, picarezca, coloradilla, de esas que se nombran de contrabando, y se encuentra con un libro admirablemente escrito, sumamente bello, científico, lleno de novedad, y sobre todo moralizador, pues sus páginas están impregnadas de castidad y de pureza. Su autor, Pablo de Mantegazza, es un médico italiano, ó mejor dicho, un artista, profundo conocedor de la naturaleza humana.

La mayor parte de nosotros somos aman-

tes de leer é investigar cuanto se relaciona con la preciosa criatura sobre que gira y se mueve la vida entera del hombre: la mujer, y con la mujer, el amor.

Un español, Severo Catalina, escribió la obrita que corre en manos de personas casadas y niñas adolescentes y que se titula "La Mujer." Libro que lleva este nombre es como si tuviera este otro: "El Amor." La mujer es urna divina hecha exclusivamente para encerrar en su sagrario al amor; por eso decía yo, que el libro de Catalina pudo indiferentemente llamarse de una ó de otra manera.

Leí hace ya muchos años la obrita del escritor español. Recuerdo: dulce y agradable como la miel rosada es su estilo, tierno su lenguaje, y cada una de sus páginas está desleída en raudales de mística y espiritual poesía. En una palabra, es ese un pequeño poema de bella literatura; pero después de leerlo, no le queda al corazón sino muy gra-

to y delicioso recuerdo; lo mismo exactamente que lo que deja una dulce sinfonía: al acabar de vibrar el aire, concluyó todo.

En Francia tratan el mismo tema Virrey, Stendhal, Michelet, Proudhon, Balzac, todos ellos grandes escritores del presente siglo.

Virrey, el más antiguo de los nombrados, el notabilísimo autor de la "Historia Natural del Género Humano," intenta hacer la doble disección—física y moral—del misterioso objeto; su obra "La Mujer," es un tesoro.

Stendhal en su libro "El Amor," escrito allá por el año de 1822, trata de este sentimiento de una manera ideológica, prescindiendo por completo del fisiologismo. Tal vez á pesar suyo introduce en el vocabulario de la pasión un término químico con el cual trata de explicar el gran papel que el trabajo imaginativo desempeña en el amor; la *cristalización* que llama él. Sin embargo, toda la teoría que Stendhal trata de explicar con

el técnico químico, está condensada sencillamente en la siguiente definición que del amor leí hace tiempo en alguna parte: es un color que existe en el alma y del cual se tiñe toda la persona amada. Definición poética que entraña una profunda verdad de experimentación psicológica.

Michelet en sus libros gemelos "El Amor" y "La Mujer," deja escrita una apoteosis imperecedera; enseña mucho ese maestro, pero frecuentemente se eleva su concepción hasta el símbolo; es cóndor al que muchos no podemos seguir sino con los ojos de la admiración; traspasa las nubes, se hunde en la concavidad del cielo y concluye por perdérsenos de vista.

Proudhon es la paradoja; desconoce al ángel, y no encuentra en la mujer, sino un ser tres veces inferior al hombre, física, intelectual y moralmente. Su obra "Amor y Matrimonio" es de lo más amargo y desconsolador que concebirse pueda; Schopenhauer—

el sombrío—con todo y ser el representante del pesimismo moderno, no ha escrito páginas más crueles y despiadadas contra el amor y la mujer; Proudhon destroza ambas cosas. Después de leer la tremenda acusación que contiene su "Amor y Matrimonio" se queda uno atónito. Ese bárbaro admirable nos deja el corazón lacerado por la manera tan brutal como trata á la mujer, y hace que nos duela la cabeza en fuerza de querernos magnetizar con el fluido de su poderoso talento y las manipulaciones de su maravillosa y paradójica argumentación.

Balzac pertenece á la escuela psicólogo-naturalista. El autor de la "Fisiología del Matrimonio" busca á la mujer en el apartado retiro del gineceo; estudia el amor, no en el período de sus ansias ardientes y tempestuosos anhelos, sino cuando dulce y tranquilo yace el dios después de la batalla, recostado sobre lecho de rosas allá en el fondo de la misteriosa gruta que llaman matrimonio.

Mantegazza, el notable médico italiano, en sus "Secretos del Amor," abarca al *príncipe de los afectos* bajo todas sus fases y manifestaciones. El toma al amor, lo tiende sobre la mesa de disección, lo despedaza con el filo de su escalpelo, coloca después cada uno de sus fragmentos bajo el lente del microscopio, se va en seguida al reactivo químico, y el resultado de aquel triple análisis de la ciencia lo sumerge por último en el iris resplandeciente de su riquísima fantasía. Tal es el procedimiento que empleó Mantegazza desde el principio hasta el fin para formar su interesantísimo libro. Riela la frase en cada una de sus páginas, brilla tornasolado el estilo, y atrevidas y preciosas imágenes brotan á cada paso del pincel del artista. Es este médico el poeta de las ciencias naturales. Estudia al amor reino por reino, gradación por gradación, y nos describe con mano maestra, desde "la pompa del vestido nupcial de una rosa, más bello mil veces que

cuantos supo tejer la industria humana para servir de velo al virgíneo beso de una antera y un pistilo," hasta las sublimes puerilidades del amor, cuando nos pinta al hombre apasionado "señalando con la mirada un ladrillo del pavimento donde ella apoyó mucho tiempo el pie, para él besarlo y adorarlo más tarde."

El estudio que de ese sentimiento hace bajo el aspecto sociológico está asimismo lleno de novedad y de interés. Lanza terribles anatemas de indignación contra todas las hipocresías y preocupaciones que sobre el avasallador sentimiento ha derramado la civilización moderna.

En resumen, es el libro de Mantegazza el más sabio, el más profundo y el más bellamente escrito que sobre el amor y la mujer ha caído en mis manos.

Léalo, doctor, y estúdielo; y quizás opine, usted, exactamente como yo.

Rigoberto Cabezas

ABRUMADORA obligación me hace trazar estas líneas: dar por medio de la pluma el eterno adios de despedida, es triste y dolorosísimo deber. Fué Rigoberto Cabezas amigo mío íntimo, á quien mucho quise y estimé, y algunas palabras ha de decir el corazón en los momentos de fijar sobre las ensangrentadas paredes del pecho, la plancha de mármol negro, en la que la propia alma está grabando, lágrima sobre lágrima, el nombre querido del inolvidable amigo. Hace poco más de de tres meses que recibí de él su última carta: allí está todavía puesta sobre uno de los ganchos del cartero de alambre, esperando ser bajada, como tantas otras, para dar á su autor contestación: pero desgraciadamente el que la escribió se ha marchado, ay! sin es-

perar, al fin, la tan dilatada respuesta. ¿Podría yo dársela ahora, ahora, sí, que aquella alma grandiosa, que aquella naturaleza moral, exepcionalmente rara por sus méritos y virtudes, ha dejado de existir? ¿Llegaría tarde mi contestación después de que quien debía recibirla es ido para siempre? Creo que no. Si debido á las contiendas políticas porque ha atravesado últimamente Nicaragua me abstuve de ello por temor de que fuese interceptada allá ¿habría ahora alguien capaz, que se atreviese á interceptar la carta dirigida á un muerto, que está encerrado dentro de una tumba? Pienso también que no. Sin embargo, más que una carta, lo que la pluma atormentada escriba hoy, ha de ser especie de doliente plegaria, himno de admiración y de tristeza exhalado por un alma apesadumbrada, y dirigida á un espíritu excelso que mora hace días en el infinito. ¡Sí! El dueño de la contestación de esa silenciosa esquela, ha volado lejos: se fué

á los cielos de la inmortalidad—región eterna y pura en donde todo es transparencia y luz—mientras la pluma muda, que no pudo dar contestación á un amigo, traza hoy, por vía de respuesta, estos renglones, y se agita aquí abajo, en el mundo de la arcilla, de las sombras y de la miseria, aquí donde tan pocas almas habitan esos organismos llamados hombres, deleznables armazones que pululan por aquí y por acullá, pero que quizás mañana mismo se quebrarán, sin dejar más restos que un esqueleto ó un puñado informe de polvo, como único legado de esos seres que, con el falso título de hombres, no fueron hechos sino de solo materia, no albergaron en su seno ni un átomo siquiera de espíritu, ni una ráfaga de luz-ideal, capaz, al sacudir el limo, de dirigirse hacia arriba y de volar hasta donde comienzan las regiones de lo inmaterial.

Digo esto porque Rigoberto, en contraposición á la turbamulta humana, era todo es-

píritu, todo inteligencia, todo nobleza y heroísmo, todo energía y actividad. Sólo la muerte fué capaz de hacer descender de las alturas á aquella águila caudal que se cernía tan arriba á impulsos de sus poderosísimos é infatigables alientos.

Su historia fué larga, agitada, hermosamente tempestuosa; su vida sumamente breve y fugaz, pero, apesar de ello, cuando dobló la cabeza para reclinarla sobre la blanca almohada del negro ataúd, ya la Gloria le esperaba para estrecharlo entre sus brazos y ornar su frente con los laureles de la inmortalidad. Morir á los treinta y seis años, y poder penetrar al templo de la Historia, para sentarse al lado de los que no perecen nunca, equivale, en verdad, á haber vivido muchos siglos en la tierra.

Cuando yo le conocí, hace quince años, su figura moral estaba á medio esbozarse: aún no había llegado á su plenitud: era su corazón como volcán oculto en cuyo centro se agi-

tabau grandes y comprimidas corrientes que habían de estallar alguna vez: su inteligencia, aún no había tenido oportunidad de incendiarse hasta la temperatura de la llama, es decir, del fuego devorándose á sí mismo en forma de magníficos resplandores: su espíritu se nutría en aquella época en la escuela de la desgracia, y la miseria era el único alimento que fortificaba entonces su alma.

Adolescente aún se atrevió un día á alzarse con la pluma en la mano contra el general Tomás Guardia que á la sazón mandaba en Costa Rica, y su altivez y sus censuras le valieron terrible destierro: niño que apenas comenzaba á vivir, fué deportado inhumanamente á la isla mortífera de San Lucas. Del colegio, pasó, pues, á la desierta isla; mas aquel clima ardiente y venenoso respetó al niño cautivo, cuya existencia vigilaban ya, sin duda, esas diosas buenas que la Providencia envía para que velen la niñez de los hombres á quienes les está reservado hacer

algo grande por la tierra que les viera nacer.

Por fin el general Guardia compadecióse del joven escritor, y de la isla fué éste transportado á un vapor que lo vino á arrojar á las playas de Guatemala. Aquí se dedicó á escribir y á dar clases para ganarse la vida. Escribió en "El Horizonte" y dió clases en el Instituto Nacional de varones. Los escritos de su pluma, incorrectos y exentos de una ilustración que no pudo adquirir aquel estudiante á quien se había arrebatado de la escuela para trasportarlo al desierto, revelaban, apesar de eso, que el Genio de las Bellas Letras le había dado como síno la divina estrella que en los cielos del arte supera á todas las demás ya por la intensidad de su brillo, ya por lo arrobador y dulce de sus blanquísimos é incomparables destellos!

Muerto el general Guardia, abandonó nuestro huesped á Guatemala y se dirigió á Costa Rica. Poco tiempo después pasóse á

vivir á Nicaragua en unión de su familia. Fundó entonces el primer diario que se publicó en aquella República, y desde las columnas del "Diario Nicaragüense" arremetió con su pluma todas las añejas ideas, pero sobre todo, los abusos del Dr. Adán Cárdenas, que mandaba entonces en aquella República. El joven periodista con su pluma azotaba de diario el rostro del que consideraba tirano, lo flagelaba á lo Juan Montalvo, y esto dió lugar á que el Presidente Cárdenas, por fin lo expulsase de Nicaragua. Volvió Rigoberto á Guatemala en los precisos momentos en que el general Barrios intentara la Unión Centro-americana, y asociado Cabezas con el que estas pobres líneas escribe fundó, para hacer propaganda á la gran causa, un periódico político que se llamó "La América Central." Muerto Barrios, se acabó el periódico, y entonces Cabezas se incorporó á la fuerza que bajo el mando del entonces coronel, y hoy general

Marroquín, marchó á pacificar algunos pueblos del Oriente. Acabada tal misión, depuso Rigoberto el fusil, tomó de nuevo la pluma y fundó un periódico exclusivamente suyo que se titulaba "El Pueblo," en donde censuraba acre y terriblemente al Presidente Manuel L. Barillas. Barillas no pudo soportar aquella publicación, y, al aparecer el segundo número, Cabezas fué sacado á pie, rumbo á la frontera de Méjico. Llegó á la capital de aquella República, demacrado por el hambre, sin un centavo en el bolsillo, á pie y con el lastimoso aspecto de un infeliz mendigo. ¿Qué luz buscar allí que le guiara? Sólo una llevaba dentro de sí aquel pobre harapiento, y era el precioso resplandor que irradiaba dentro de su cabeza: su poderosa inteligencia. Con ella, pues, no más se presentó el joven proscrito al doctor don Manuel Herrera, quien años antes había sido Ministro Plenipotenciario de Guatemala en Méjico. Hombres

de gran talento ambos, se entendieron al punto, y Cabezas pudo ganarse pronto la vida en aquella difícil capital. A los dos años descendía en Nicaragua del poder el doctor Cárdenas, y con su descenso se abrían á Rigoberto de nuevo las puertas de la patria. Sube el doctor Roberto Sacaza á la presidencia de Nicaragua y Cabezas se engolfa de nuevo en la prensa política de su país. A Rigoberto le gustaba bogar muy lejos, pero no en el remanso de la muelle literatura: su mar era el de la prensa tempestuosa: su airosa barca, la polémica política. Artículos literarios suyos no conozco ni uno solo, y creo que no los escribió nunca: la pluma del simple artista literario, que él hubiera podido dominar admirablemente, mirábala con cierto desdén; futilidades sin objeto, de esas en que hoy malgasta sus fuerzas la mayoría de los jóvenes, no escribió nunca, y siempre que se agitó su péñola de fuego, fué sólo para despedir re-

lámpagos que asustaran á los conculcadores de la justicia, de la verdad, ó de la virtud. Era tal su poder como escritor de combate, que la caída del Dr. Sacaza de la presidencia de Nicaragua fué producida por los últimos notables artículos con que despedazó esa administración su candente y arrebatadora pluma. Después de esto, á la subida del actual Presidente Zelaya, llegó á ocupar el puesto de gobernador de la Mosquitia, ó virrey, como le llaman los naturales. Y aquí es precisamente el pasaje de la vida de Rigoberto en que se conquista el título de grande, con el que tiene que figurar en la historia de Nicaragua. Debido no más á su carácter de hierro, á sus dotes de mando y á su inteligencia y tino en manejar el asunto, logró la reincorporación de la Mosquitia al territorio nicaragüense que por treinta y cuatro años yació en poder de una colonia extranjera. ¿Cuál fué la recompensa que mereció este glorioso hecho de su vida?

Pues fué la que reciben siempre los inmortales. La calumnia, que es una fiera cuyo repugnante instinto es buscar algo limpio que desgarrar, buscó á Cabezas para intentar morderle; pero afortunadamente fué en vano: se defendió brillantemente de los cargos que le hacía dejando confundidos y avergonzados á sus detractores. En seguida, satisfecho de su obra, se retiró al campo á hacer vida modestísima de labriego. Refiriéndose á esto me dice en su última carta, de que antes hablé: "Ellos (se refiere á sus enemigos) no pudieron impedir que yo hiciese por Nicaragua, lo que no imaginaban. De aquí que hayan redoblado sus trabajos, al extremo de hacerme víctima de acusaciones horribles. Un folleto y colección de periódicos que le remito, le darán idea de la lucha amarguísima sostenida.

"En este momento vivo alejado de la arena, pero me siguen á mi retiro y caen á mi lado dardos que encaminan al corazón."....

Pobre é inolvidable amigo! Cuando esto escribías ignorabas que la muerte te seguía muy de cerca, y que esos dardos que la calumnia arrojaba á tu corazón, causándote amarguras, iban á servir muy pronto para ornar mejor con ellos, el monumento inmaculado de tu gloria. Recibiste en vida la ofrenda indispensable que brinda siempre la ingratitud á quien engrandece su patria; pero cuando ya eras cadáver y los odios amedrentados habían huido ante la majestad de la muerte, tu misma patria entristecida vistió de riguroso luto, y acompañó tu ataúd hasta depositarlo en la tumba, y derramó sobre tu sepulcro copiosas lágrimas de acerbísimo dolor!

La Patria hoy te bendice: Salve! inolvidable amigo: ya excelso moras en la inmortalidad!

Las Bodas de la Patria

LA AURORA amaneció hoy más temprano que de costumbre; madrugó quizás, porque tenía encargo de entregar un presente: venía trayendo entre sus rosados dedos un azafate de oro incrustado de nácar en donde se veían muchas cosas, puras y castas, como donas de novia: una flotante, hermosísima túnica, tejida de los rayos de la blanca luz del amanecer: una corona hecha de las cristalinas gotas de rocío de la mañana: muchas flotantes gasas recortadas de los celajes de plata del cielo y como virginales encajes, arrancados de los copos de las nubes; tal ha sido el presente que para la Patria trajo la aurora el día de hoy: es, sí, un verdadero atavío de novia; por eso es tan blanco y tan puro; todos los años al celebrar sus bodas este mismo día, se estrena ella—

la Patria—uno igual; el inmortal prometido que así le envía año con año esas magníficas donas, es un hermoso efebo que nunca envejece, y tan fuerte y tan poderoso, que no conoce rival; es además grande, muy grande en todo, se llama: el Pueblo.

Setenta y cinco años hace que, en igual fecha, se vienen celebrando esas castísimas nupcias bajo el dosel de nuestro incomparable cielo; sólo que la novia en vez de envejecerse, se pone cada día más hermosa; y el novio, más potente, más fuerte y viril: la Patria se engalana y embellece con el progreso; el Pueblo se hace grande, fuerte y viril con la libertad: ¡qué hermoso y espiritual connubio! Patria próspera y feliz para Pueblo fuerte y soberano. Por eso los buenos hijos de Guatemala tienen hoy necesidad de expansión y alegría; y la juventud, ¡oh! la juventud, más que ninguno necesita desahogar ampliamente su corazón, que arde como la brasa y despide perfume como el incienso.

Por eso se vió á la juventud estudiosa y pensadora que, cual nube de alondras, se despertó hoy al rayar la aurora, inundando el aire de música y despertando por todas partes la alegría y el entusiasmo. Ella quiso encabezar el cortejo inmenso de la nupcial fiesta. ¡Y qué grande dispuso hacer la solemnidad! Amaneció en la tribuna arrojando desde sus bordes, á los pies de la adorada Patria, ramilletes de azahares en forma de virginales ideas, y blancas sartas de perlas en forma de brillantes frases, resplandecientes de elocuencia y engarzadas en el hilo mágico de la inspiración!

Nosotros por nuestra parte, sólo podemos ofrecer á la hermosa festejada lo que ofrecen los amigos pobres, pero sinceros, á sus amigas ricas cuando éstas se casan; la primera página de un album; por eso, la primera de LA ILUSTRACIÓN, el día de hoy, es para tí, Guatemala, incomparable, bella y hospitalaria tierra, llena de porvenir y de vida!

Díaz Mirón—Sus Versos

A Jesús Velásquez.

HACE algún tiempo escribí en *El Progreso Nacional* un artículo titulado "Salvador Díaz Mirón," en donde me refería sólo al poeta, y ofrecí completarlo con otro en donde me ocupase de sus versos. Ahora me propongo cumplir aquella oferta. En lo que escribí antes pretendí trazar un esbozo de lo que en mi parecer era la personalidad del bardo veracruzano, más como temperamento fisiológico que como artístico: quise delinear algo de su naturaleza física, de su simpática fisonomía, de su delicadísimo organismo, presa á veces de exaltaciones extrañas y crisis inexplicables, de los sacudimientos, en fin, que sufre su sistema nervioso cuando su alma entra en delirio y la tempestad se desencadena en su imaginación; limitéme en aquel

escrito á dibujar las borrascas y furores de ese mar—*el mar es como tú*, dijo á Díaz Mirón Gutiérrez Nájera—y hablé de los estallidos de sus olas, del bramar de sus aquilones, de lo imprevisto de sus tormentas; hoy, propóngome diseñar su opuesta faz, la dulce y tranquila, la de los arrullos y ternezas; hablar de los infinitos tesoros que—pasado el turbión—arroja de su fondo hacia las playas ese mar del sentimiento en los momentos de calma, cuando muelle y sosegado se mece derramándose en espumas murmuradoras que desfallecen al compás de la música de sus brisas. Oh! entonces sí! Qué dulces ecos salen de su seno! Cantos misteriosos como de escondidas sirenas llegan hasta nuestros oídos. ¿Quién canta?. . .Son las voces del alma del poeta que está llorando sobre su lira y difundiendo su corazón en ondas de incomparable armonía, para que saboreemos embelesados todas las dulzuras que arrullan en el fondo de aquel mar tan temible,

convertido como por encanto en lago azul dormido de cristalina transparencia! ...

No hay duda; la fama universal de que gozan los versos de Díaz Mirón, es de las más justas y sólidas, y su reputación es actualmente la de un gran poeta. Yo lo estimo así, y escribo estas líneas lleno de complacencia, ora como un recuerdo de gratitud por favores que él me prestara en la bella Veracruz, ora como el homenaje de mi más profunda admiración por lo que vale el notable estro de su genio. Lo admiro más aún porque es de los muy pocos poetas contemporáneos que me deleitan, y extraño parecerá á muchos esto que digo, pero, ó es que mi cabeza anda mal, ó es que estoy en lo justo al decir que hallo muy poca poesía, casi ninguna, en la multitud de versos que encuentro, para mi mal, y miro con cierto tedio en todos los periódicos que diariamente leo. O será tal vez que mis ideas son algo excéntricas y difíciles en punto á poesía. Quisiera,

en verdad, no tener el temperamento que tengo, mas es lo cierto que instintiva, invenciblemente me repugna todo lo superficial, todo lo falso; detesto, sin poderlo remediar, de todos los similores de la poesía y de la literatura.

Luego que leo un verso se me representa la génesis ó gestación que desde el principio al fin presidió aquella obra; es decir, sé si sus estrofas fueron concebidas esfuerzo tras esfuerzo sobre el pupitre del escritorio, quemándose el autor las pestañas y calentándose la cabeza; ó si fué el chorro de fuego ardiente que martirizaba el corazón del poeta, y que, rebozando en su alma, tuvo que verterlo afuera, así, sin perder tiempo, con la misma rapidez con que el fundidor vacía el hierro hirviendo en su molde de tierra; así y sólo así concibo yo la poesía; oleada hirviente de sentimiento que está á punto de desbordarse en la hornaza del corazón abrasando toda el alma, y que hay que echar afuera de una sola

vez para que se condense en pocos minutos en el molde formulario del verso.

Todo lo demás que en este sentido se produzca podrá ser música suave de palabras, rima armoniosa, lo que se quiera, menos poesía. Y en ese caso encuentro muy superior la música instrumental, al menos me encanta mucho más que la música de los versos ó de las palabras rimadas.

Fundado en los anteriores conceptos es que siempre he pensado que Manuel Acuña es el tipo ideal, el modelo puro y perfecto del verdadero poeta. Leed y releed sus poesías y decid después si no se advierte claramente que todas fueron el producto de una hora de inspiración, que cada una de sus magníficas composiciones nació entera del alma del poeta, notándose en muchas de ellas—cosa admirable—que las escribió y dió á luz de una sola vez, sin hacer una enmienda, una sola corrección, y que desde el momento en que salían de su pluma estaban ya en limpio para ir á las cajas de la imprenta.

Hechas las anteriores reflexiones, tiempo es ya de que penetremos al palacio encantado de la poesía, en donde el bardo veracruzano mora y recibe los favores de sus musas. Musas he dicho, porque no es una sola la que visita al poeta para regalarle sus dones; en el alcázar del lirismo son todas ellas, sin faltar una siquiera, las que acuden á acariciar la melena oscura del poeta y á besar enamoradas su frente pálida y pensativa.

Mas, ¿quién de todas es la predilecta de su numen? No cabe duda: es Polimnia, la de las sublimes concepciones, la de los altísimos vuelos, a lmisma que le inspiró la oda "A Víctor Hugo," "Sursum," la oda "A Byron," "Voces Interiores" y otras muy conocidas.

Oíd algunas de las estrofas que la predilecta musa le ha inspirado:

A Víctor Hugo le dice:

Tu genio no es el bólido infecundo
Que en vano estalla en el celaje incierto:

Es la columna que dirige al mundo
Camino del Edén, por el desierto!

El ideal que el porvenir reserva
Y que hace ahora su primer ensayo,
Saldría de tu frente, cual Minerva
Surgió de la cerviz del dios del rayo!

Angeles que combaten con vestiglos
Y que alcanzan victoria tras victoria,—
Tus himnos brillan como el Sol! La historia
No ha producido en los mayores siglos
Gloria que pueda superar tu gloria!

Cuando el autor de "Los Miserables" leyó la composición se apresuró á escribir una carta al poeta veracruzano, documento honrosísimo que éste conserva con justo orgullo y como prenda preciosa de inestimable valía. Y si aquel viejo excelso, habitador del Olimpo, tomó la pluma complacido para señalar á Díaz Mirón las bellezas de su oda, es que encontró á su autor digno de sentarse con él al banquete de las musas, y juntos libar el néctar de los dioses, la embriagadora y celestial poesía.

En "Sursum" le dice á Justo Sierra:

Rompe en un himno que parezca un trueno!
El mal impera de la choza al solio;
Todo es dolor ó iniquidad ó cieno:
Pueblo, tropa, senado y capitolio.

En su oda á Byron exclama:

Llegaste á las supremas ironías
Como cediendo á impulsos espontáneos:
Profanabas la tumba en tus orgías
Bebiendo el vino del placer en cráneos.

....

¿Fuiste un loco?—Tal vez, pero esplendente!
El sentido común, razón menguada,
Nunca ha sido ni artista, ni vidente,
Ni paladín, ni redentor ...ni nada!

A pesar de las bellísimas estrofas de este canto, nada tiene que se pueda comparar, en mi humilde juicio, á su brillante oda A Gloria.

Se encontraba el poeta á la sazón en la capital de Méjico en su carácter de diputado. Debatíase con sumo ardor la cuestión del níkel en las postrimerías de la presidencia del general don Manuel González, y nuestro

poeta estaba en el número de los siete diputados que hacían la oposición al gobierno. Sus enérgicos y brillantes discursos—porque Díaz Mirón es también gran tribuno—le acarrearon desde luego el odio del gobierno. Alguien infundió sospechas á la esposa de Díaz Mirón de que la vida de su marido peligraba; y ella, llena de pena y de amor, le escribió, mojada su pluma en lágrimas, ternísima carta tratando de convencerlo para que dejase su puesto de diputado y regresase al hogar doméstico, en cuyo seno ella lo pudiese resguardar de la furia de sus poderosos enemigos.

Entonces el poeta, irguiéndose como nunca, transfigurándose en semidiós, contesta la carta de su esposa, á quien no da otro nombre que el de *Gloria*, con las siguientes virilísimas estrofas:

No intentes convencerme de torpeza
Con los delirios de tu mente loca!
Mi razón es al par luz y firmeza,
Firmeza y luz como el cristal de roca!

Semejante al nocturno peregrino,
Mi esperanza inmortal no mira el suelo:
No viendo más que sombra en el camino,
Sólo contempla el esplendor del cielo!

Vanas son las imágenes que entraña
Tu espíritu infantil, santuario oscuro!
Tu numen, como el oro en la montaña,
Es virginal, y por lo mismo, impuro!

A través de este vórtice que crispa,
Ávido de brillar, vuelo ó me arrastro,
Oruga enamorada de una chispa,
O águila seducida por un astro!

Inútil es que con tenaz murmullo
Exageres el lance en que me enredo:
Yo soy altivo, y el que alienta orgullo
Lleva un broquel impenetrable al miedo!

Fiado en el instinto que me empuja,
Desprecio los peligros que señalas;
"El ave canta aunque la rama cruja:
Como que sabe lo que son sus alas!"

Erguido bajo el golpe en la porfía,
Me siento superior á la victoria.
Tengo fe en mí: la adversidad podría
Quitarme el triunfo, pero no la gloria!

¡Deja que me persigan los abyectos!
¡Quiero atraer la envidia, aunque me abrume!
La flor en que se posan los insectos
Es rica de matiz y de perfume!

El mal es el teatro en cuyo foro
La virtud, esa trágica, descuella;
Es la sibila de palabra de oro;
La sombra que hace resaltar la estrella.

¡Alumbrar es arder!—¡Astro encendido
Será el fuego voraz que me consuma!
La perla brota del molusco herido
Y Venus nace de la amarga espuma!

Los claros timbres de que estoy ufano
Han de salir de la calumnia ilesos:
Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan....¡Mi plumaje es de esos!

¡Fuerza es que sufra mi pasión!—La palma
Crece en la orilla que el oleaje azota;
El mérito es el náufrago del alma;
Vivo, se hunde; pero muerto, flota!

Depón el ceño y que tu voz me arrulle!
Consuela el corazón del que te ama!
Dios dijo al agua del torrente: bulle!
Y al lirio de la margen: embalsama!

Confórmate, mujer!—Hemos venido
A este valle de lágrimas que abate,
Tú, como la paloma, para el nido,
Y yo, como el león, para el combate!

¿De dónde sacó su numen tan brillantes imágenes? Sería de los cielos ficticios de lo azul? No, porque él no pertenece á esa literatura degenerada y caquéctica. Su inspiración fué á buscarlas en cosas y fenómenos reales, propios de los tres reinos de la naturaleza: la ciencia, y no las regiones fantásticas de lo azul, fué la que le suministró las ricas galas de que vistió sus mágicas ideas; él había leído la obra de historia natural del insigne Buffon, y esa fué sin duda la fuente científica que le sugirió para su poesía tan espléndidos como felices símiles.

***

La musa ardiente, la de los amores y deseos, la tentadora Erato, visita también de cuando en cuando al poeta. Vestida apenas

de trasparente túnica que deja adivinar sus soberbias formas, se le presenta, se le acerca voluptuosa, besa sus tristes y pensativos labios, lo enciende con el fuego de sus miradas y caricias, y acaba por arrancarle cantos tan llenos de pasión y antojos como Deseos y Margarita, en donde se desborda su estro en torrentes de voluptuosidad. Helos aquí:

DESEOS.

Yo quisiera salvar esa distancia,
Ese abismo fatal que nos divide,
Y embriagarme de amor con la fragancia
Mística y pura que tu sér despide.

Yo quisiera ser uno de los lazos
Con que decoras tus radiantes sienes!
Yo quisiera en el cielo de tus brazos
Beber la gloria que en los labios tienes!

Yo quisiera ser agua y que en mis olas,
Que en mis olas vinieras á bañarte,
Para poder, como lo sueño á solas,
A un mismo tiempo y por doquier besarte!

Yo quisiera ser lirio, y que en tu lecho,
Allá en la sombra con ardor cubrirte,
Temblar con los temblores de tu pecho,
Y morir del placer de comprimirte!

Oh! Yo quisiera mucho más! Quisiera
Llevarte en mí como la nube al fuego:
Mas no como la nube en su carrera
Luego estallar y separarnos luego!

Yo quisiera en mí mismo confundirte,
Confundirte en mí mismo y entrañarte:
Yo quisiera en perfume convertirte,
Convertirte en perfume y aspirarte!

Aspirarte en un soplo como esencia,
Y unir á mis latidos tus latidos,
Y unir á tu existencia mi existencia,
Y unir á mis sentidos tus sentidos!

Aspirarte en un soplo del ambiente,
Y así verter sobre mi vida en calma,
Toda la llama de tu cuerpo ardiente
Y todo el éter del azul de tu alma!

Aspirarte, mujer!....de tí llenarme,
Y en ciego y sordo y mudo, constituirme,
Y ciego y sordo y mudo consagrarme
Al deleite supremo de sentirme
Y á la dicha suprema de adorarme.

No cabe duda que el poeta descendió en estas estrofas hasta la sensualidad, pero no la sensualidad brutal y vulgar; sus espasmos están mezclados con perfumes del espíritu y esencias del corazón. El ardiente orgasmo está suficientemente desleído en el dulce sedante de los efluvios del alma cuya espiritual protesta se escucha y flota entre las convulsiones de los sentidos. La otra composición de que hablé antes Margarita, dice:

¡Qué radiosa es tu faz blanca y tranquila
Bajo el dosel de tu melena blonda!
¡Qué abismo tan profundo en tu pupila
Pérfida y azulada como la onda!

El fulgor soñoliento que destella
En tus ojos, donde hay siempre un reproche,
Viene cual la mirada de la estrella
De un cielo ennegrecido por la noche!

Tu rojo labio en que la abeja sacia
La sed de miel, de aroma y de embeleso,
Ha sido modelado por la gracia
Más para la oración que para el beso!

Tu voz, que ora es aguda y ora es grave,
Llena de gratitud vibra en mi oído,
Como el saludo arrullador del ave
Al sol naciente que despierta el nido!

La palabra mordaz y libertina
En tu boca, que el ósculo consume,
Es una flor de punzadora espina,
Pero que tiene un mágico perfume!

Tu discurso es amargo, licencioso
Y repugnante; pero ¡extraño ejemplo!
Tu acento es dulce, arrobador y uncioso
Como el canto del órgano en el templo!

Tu lenguaje, á cuyo eco me emociono,
Lastima al mismo tiempo que recrea:
Es el salmo de un ángel por el tono,
Y el habla de un demonio por la idea!

Tu mano esconde un cetro de albo lirio,
Y fué tallada con primor no escaso,
Más para la limosna y para el cirio
Que para la caricia y para el vaso!

Tu cuerpo....¡Qué á menudo la locura
Rasgó ante mí tus hábitos discretos,
Y tu estatuaria y lúbrica hermosura
Me reveló sus íntimos secretos!

¡Cuántas veces á la hora del tocado
Penetré hasta tu estancia encantadora,
Y en un tibio misterio, plateado
Por una claridad como de aurora,

Te hallé al salir del agua, derramando
Un rocío de líquidos cambiantes,
Escultura de nieve, comenzando
A deshelarse y á verter diamantes!

Y ví á la cierva que te adorna y peina
Ajustar con destreza cuidadosa
Tu magnífica túnica de reina
A tu soberbia desnudez de diosa!

. . . .

¿Qué miseria, ó que afán, ó qué flaqueza
Te arrojó del edén, Eva proscrita?
¿Qué Fausto asió tu virginal belleza
Y la acostó en el fango, Margarita?

¡Inexplicable suerte, buena y mala,
La que á tí me llevó, y mí te trajo;
Nuestro insensato amor es una escala
Y por ella tú asciendes y yo bajo!

¡Oculta y sola mi pasión huraña
Crece en mi corazón herido y yerto,
Oculta, como el cáncer en la entraña;
Sola como la palma en el desierto!

*
* *

Viene en seguida la pálida y melancólica, la musa de las tristezas y dolores, la que á su lado llega silenciosa al asomar el lucero de la tarde y caer las primeras sombras de la noche. ¡Cuán hondas son las querellas que su presencia le arranca! ¡qué ecos, qué gemidos, qué indecibles vibraciones inspira al poeta! Ella ha hecho que de su soberbia lira broten composiciones tan llenas de ternura como La Estrella mensajera, Estancias, Ritmos, Copo de Nieve, Toque, Rimas y otras.

En La Estrella mensajera el poeta, presa de dulce melancolía, hace confidente á un lucero—acaso en la soledad de su prisión—de sus tristezas y de sus sufrimientos; le dice así:

Al fin te asomas entre las nubes,
Al fin te asomas y á verte voy......
Estrella mía que á Oriente subes,
¿Qué tal te ha ido de ayer á hoy?

Toda la tarde lloviendo estuvo;
Toda la tarde, para mi mal,

Por las regiones del aire anduvo
Rodando nieblas el vendaval.

Ah! no es posible que yo te diga
Cuánto he sufrido!......cuánto temí:
¡Qué no pudieras, mi dulce amiga,
Con este tiempo brillar aquí!

Tú eres el solo consuelo mío;
Tú me recuerdas mi grato ayer;
Tú eres mi sueño, mi desvarío .....
Cuando me faltas no sé qué hacer.

A tu destello se alzan dos frentes
Y se coronan de resplandor;
Tú eres la cita de los ausentes .....
Yo te bendigo, cita de amor!

Cuando no vienes, estrella, gimo;
Tú eres mi solo, mi solo bien;
Tú eres el beso que yo le imprimo
Todas las noches sobre la sien!

Tu luz, calmando mi amargo duelo,
Dentro mi alma se hace canción;
Tu luz, efluvio de flor de cielo,
Trasciende á esencia del corazón!

***

Dime, lucero, tú que la viste,
Si la encontraste pensando en mí;
Si estaba alegre, ó estaba triste......
Habla, lucero..... contesta......dí!

Habla, lucero; tu voz escucho:
¿Acaso estaba durmiendo ya?
¿Acaso estaba soñando mucho?
¿Leyendo un libro de amor quizá?

¿Quizá en un claro del bosque umbrío
Cogiendo rosas para el placer?
¿O en la ventana mirando el río,
Mirando el río correr .....correr?

¿Siguiendo la ola que en las riberas,
Que en las riberas parece hablar,
Y en las neblinas de las quimeras
Dejando su alma volar......volar?

....

***

—Cuando distantes los dos estemos
Y eche la sombra su gran capuz,
Allá en el éter nos juntaremos
Al par mirando la misma luz.

—Eso juramos cuando partiste,
Cuando el destino nos separó;
Y hoy .....he sabido que no cumpliste .....
La misma estrella me lo contó.

Estancias es la deificación del dolor; su tema es "Bienaventurados los que lloran": he aquí esas bellas é inspiradas estrofas:

¡Oh! los infortunados de la vida
Son felices aún! El sufrimiento
Es la palpitación del ala herida,
El ansia de la fuerza comprimida,
La más alta expresión del sentimiento!

El fuego del dolor es cual la llama
Del vaso en que la mirra se consume:
Purifica y eleva y embalsama;
Trueca el acíbar áspero que inflama
En delicado y celestial perfume!

El pesar, es poeta y es creyente;
Las lágrimas son gotas de rocío;
La tristeza es el nimbo de la frente,
Es el vuelo del ángel esplendente
Por encima del féretro sombrío!

La pena es el Calvario milagroso:
La prueba y la virtud de la grandeza:
El buitre inseparable del coloso:
El piélago salobre y espumoso
De donde surge la inmortal belleza!

Padecer es gozar de una ventura;
Seguir la inabordable lontananza;
La fe perdida ó la ilusión futura .....
La dicha, que se ignora mientras dura,
No es más que la memoria ó la esperanza!

La desgracia es la madre macilenta
De los hombres sublimes de la historia;
El genio es una nube de tormenta:
Destroza el corazón en que revienta,
Mas deja un frío póstumo: la gloria!

¿Por qué insultas los fúnebres despojos
De tus extintas horas apacibles,
Y con un rayo irónico en los ojos,
Dices que los recuerdos son abrojos
Y las aspiraciones imposibles?

Venera tu aflicción, alma sencilla!
Consagra el ataúd de tus amores!
Los muertos radian cuando el cirio brilla,
Cuando el duelo enlutado se arrodilla
Ante la huesa para echarle flores!

Bendice la inquietud de tu destino!
Reverencia el pañal como el sudario!
Tu afán es el augusto peregrino
Y al fin de las fatigas del camino,
Resplandecen las puertas del santuario!

No te arredes, oruga, por la fosa
En que hoy como un cadáver te despeñas,
No te aterres mañana, mariposa,
Por que toques la espina de la rosa,
Por que te quemes con la luz que sueñas!

***

A pesar de todo lo que se diga de Díaz Mirón por ciertos actos siniestros de su vida, es lo cierto que tiene en su alma un gran fondo de justicia; es la nota más culminante de su carácter moral; la injusticia, de donde quiera que venga y bajo cualquier forma que se le presente, lo enardece, lo pone fuera de sí, lo vuelve loco; y es tan cierta esta afirmación, que creyéndose delincuente, reclama para sí mismo la muerte en estas valientes estrofas:

. . . .

Pero, altivo en mi tormento,
Miro el tiempo que pasó......
Que las faltas en que yo
—Frágil como hombre—incurrí,
Podrán afligirme, sí,
Pero avergonzarme .....no!

Dicen que todo mortal,
Hasta el que lleva una palma,
Es, por el fallo de su alma,
Un condenado al dogal!
Mas no tienen suerte igual
La púrpura y el andrajo:
Cuando el culpable no es "bajo,"
Es menos vil su sentencia......
Por eso yo en mi conciencia
Reclamo el hacha y el tajo!

Esa misma sed de equidad le hace prorrumpir en acentos de tremenda cólera cuando exclama:

Sabedlo, soberanos y vasallos,
Próceres y mendigos:
Nadie tendrá derecho á lo supérfluo
Mientras alguien carezca de lo estricto,
Lo que llamamos "Caridad," y ahora,
Es sólo un móvil íntimo,
Será en un porvenir lejano ó próximo
El resultado del deber escrito,
Y la Equidad se sentará en el trono
De que huya el Egoísmo
Y á la ley del embudo, que hoy impera,
Sucederá la ley del equilibrio.

Otras veces ese gran amor á la justicia hace á su corazón rebelarse contra Dios al ver que éste no se conduele de las plegarias del sufrimiento ni de las súplicas de los desgraciados: así lo expresa en su composición Los Parias impregnada de un espíritu esencialmente socialista. Sus primeras estrofas dicen así:

Allá en el claro, cerca del monte,
Bajo una higuera como un dosel,
Hubo una choza donde habitaba
Una familia que ya no es.
El padre, muerto; la madre, muerta;
Los cuatro niños, muertos también;
El, de fatiga; ella de angustia;
Ellos, de frío, de hambre y de sed.

Ha mucho tiempo que fuí al bohío
Y me parece que vine ayer.
¡Desventurados! Allí sufrían
Ansia sin tregua, tortura cruel.
¡Y en vano, alzando los turbios ojos,
Te preguntaban, Señor, por qué,
Y recurrían á tu alta gracia,
Dispensadora de todo bien!

¡Oh Dios! las gentes sencillas rinden
Culto á tu nombre y á tu poder:
A tí demandan favor los pobres;
A tí los tristes piden merced;
Mas como el ruego resulta inútil,
Pienso que un día—pronto tal vez—
No habrá miserias que se arrodillen,
No habrá plegarias que tengan fe.

....

Se rebela también contra todo *lo de arriba* y *todo lo de abajo* cuando, sintiendo en su interior la indómita altivez de su espíritu, cruza repentinamente por su imaginación la idea de que pudiese haber alguien capaz de hacerle bajar la frente, y entonces sus labios delirantes, prorrumpen en santas blasfemias como éstas:

Que como el perro que lame
La mano de su señor,
El miedo ablande el rigor
Con el llanto que derrame;
Que la ignorancia reclame;
Al cielo el bien que le falta.

¡Yo! con la frente muy alta,
Cual retando al rayo á herirme,
Soportaré sin rendirme
La tempestad que me asalta.

No esperes en tu piedad
Que lo inflexible se tuerza:
¡Yo seré esclavo por fuerza,
Pero no por voluntad!
Mi indomable vanidad
No se aviene á un ruin papel!
Humillarme! ni ante Aquél
Que enciende y apaga el día!
¡Si yo fuera ángel, sería
El soberbio ángel Luzbel!

El hombre de corazón
Nunca cede á la malicia.
¡No hay más Dios que la Justicia
Ni más ley que la Razón!
¡Resignarme á la presión
Del levita ó del escriba!
¡Doblar la cerviz altiva
Ante torpes soberanos!
¡Yo no acepto á los tiranos
Ni aquí abajo, ni allá arriba!

Cuando hace referencia á la envidia y saña que le tienen sus enemigos, su lira tiembla con vibraciones de odio y de desprecio. No hace nunca el poeta alarde de esa falsa y repugnante modestia detrás de la que la mayoría de los hombres oculta grandes dosis de insoportable vanidad y de amor propio; él no conoce esas mojigaterías humanas, y cuando canta, se exhibe tal y cual cree que es. Con el diamante de su orgullo ha labrado estrofas tan soberbias como éstas:

¡Deja que me persigan los abyectos!
¡Quiero atraer la envidia aunque me abrume!
La flor en que se posan los insectos
Es rica de matiz y de perfume!

En *Asonancias* desarrolla la misma idea, exclamando con airosa vanidad:

Sé de un reptil que persigue
la sombra rauda y aérea
que un ave del paraíso
proyecta sobre la tierra,
desde el azul en que flota—
iris vivo de orlas negras!

Conozco un voraz gusano
que, perdido en una ciénaga
acecha una mariposa
que, flor matizada y suelta,
ostenta en un aire de oro
dos pétalos que aletean!

¡Odio que la oscura escama
profesa á la pluma espléndida!
¡Inmundo rencor de oruga!
¡Eterna y mezquina guerra
de todo lo que se arrastra
contra todo lo que vuela!



Tales son los tesoros de poesía que en su seno guarda este mar del sentimiento, como dije al principio de estas líneas. Dos son en mi concepto—muerto Olegario V. Andrade—las únicas águilas reales que actualmente cruzan majestuosas por los cielos de la poesía en toda la América latina: Díaz Mirón, en Méjico y Diógenes Arrieta en Colombia. Esto no quiere decir que no haya muchos dulces ruiseñores, y torcaces tiernas,

y palomas arrulladoras; pero todas éstas son aves de vergel que anidan y revoletean por la selva; Díaz Mirón y los otros dos son verdaderos cóndores que sólo habitan en las rocas más elevadas de los Andes, y no pueden volar sino remontándose á muy altas y dilatadísimas regiones. Y hay que fijarse en esto: las otras avecillas cantoras, parece que sólo saben llorar sus cuitas de amor y querellarse de reales ó imaginarias desgracias: como los trovadores de la Edad Media, no tienen más estro que el amor, y por eso sus cantos son monótonos y la mayor parte están impregnados de cierto subjetivismo personal, al cual sólo pueden encontrar sabor de poesía las dos unidades componentes de la enamorada pareja.

Díaz Mirón y los otros cantan y viven para el ideal, que es sol de la humanidad; por eso son águilas que ansían bañarse en sus fulgurantes y abrasadores rayos.

El siglo XIX no es el siglo de las ende-

chas de amor al pie de las caladas celosías, ni de las quejas apasionadas y tiernas; es el siglo de la ciencia, de la lucha por la vida y de los profundos problemas sociales y políticos; por eso los cantores que hoy día valen son los que como Díaz Mirón ponen su lira al servicio de los grandes ideales, y se preocupan poco de cuitas y amarguras de amor: él supo trazar con mano maestra la imagen de la musa que lo inspira en su notable poesía A las puertas: allí aparece en forma de herrero sudoroso forjando armas para combatir por todas las injusticias y miserias de la humanidad, para luchar por todos los derechos de la vida. ¡Ave, soberbio poeta-herrero! sigue cantando lo que este siglo exige á la poesía, y siendo estrella de primera magnitud: tienes luz suficiente para iluminar todos los cielos de América!



DISCURSOS

Discurso pronunciado en una velada de la Escuela de Artes y Oficios de varones de esta capital

Señores:

SI LA INVITACIÓN que tuve la altísima honra de recibir para hacer uso de la palabra en estos momentos, hubiera sido para otro recinto que no el templo augusto de los artesanos, y si esta invitación no me la hubiera hecho un antiguo y querido compañero de colegio que hoy ocupa alto y distinguido puesto en la sociedad; si no hubiera sido esto, señores, quizás nunca hubiera aceptado tan honroso encargo, ni me hubiese atrevido á subir las gradas de esta tribuna. Mas ya estoy aquí, y al encontrarme ante público tan selecto, ante tan granada y escogidísima concurrencia, tiembla mi pensamiento al enderezarme en este sitio, porque la tribuna, en mi concepto, es la cima más alta á donde se puede encumbrar el hombre sobre la superficie del planeta, más elevada, sí, que las mismas cres-

tas del Himalaya, en cuyos vírgenes cristales de nieve jamás se ha osado posar la planta humana!

Creo que debéis dispensar todo el atrevimiento que implica el haber aceptado este encargo, en atención, señores, á mis nobles propósitos, y en gracia, también, ¿porqué no decirlo? á un egoísmo muy justo y altamente laudable. ¿Sabéis á qué, señores? Al placer de contemplar de frente otra vez, después de largo y voluntario destierro de mi querida patria, un bello pedazo del espléndido jardín guatemalteco, reunido aquí esta noche, y que es magnífico ornamento de este suntuoso salón. Quise sentir de nuevo, cómo las fibras del entusiasmo, que allá en lejanas playas extranjeras se iban rompiendo una á una y destrozando silenciosamente al impulso de esa enfermedad llamada el mal del cielo, cómo esas cuerdas, digo, se vuelven á templar de nuevo al sólo influjo del caliente hálito de la propia tierra, de este

bello é incomparable verjel que se llama Guatemala, y al que cuando uno ha dejado lejos no acierta á llamar con los suspirantes labios de otro modo, sino con el nombre dulcísimo de PATRIA!

Hecho este pequeño exordio que me dictara el sentimiento, entro de lleno en el terreno de las ideas, confiado en vuestra generosa indulgencia.

Habéis venido, señores, á solemnizar una fiesta que tiene en sí algo de sagrado: nos encontramos en el augusto recinto de un templo: la ESCUELA; estamos al pie de un altar: el TALLER; nos oficia un sacerdote: el MAESTRO.

¿Habéis visto alguna vez cosa más grande que semejante culto? Y no creáis que me valgo de fútiles imágenes retóricas ni de fantásticos listones literarios, de los cuales no necesito para hermosear el tema de mi discurso, demasiado fecundo y bello en sí: hablo sin necesidad de los recursos del arte,

desdeño por inútiles, para tamaño asunto, los ramilletes de flores que podría ir á cortar aunque fuese no más á las faldas del Parnaso; no me son necesarias figuras ni galas oratorias para cumplir mis propósitos y salir airoso en mi tarea: sí, señores, no necesito aquí más que de una firme columna, que sea inconmovible como el granito, para poderme apoyar: la Lógica; y de un faro, luminar ó sol que me alumbre y no me ofusque: la Verdad.

Yo os suplico por esto que no toméis mis palabras sino en el sentido más recto, menos figurado y simbólico.

Os he dicho que este recinto es una especie de templo, tal vez el más augusto, el más sublime y grandioso, en donde el espíritu se dilata y se eleva en alas de esa santa y muda adoración que se llama el trabajo.

Trabajar es orar, dijo ya el inmortal Montalvo; el Arte es una Religión; aquí, bajo estas bóvedas, en estos ámbitos claustrales, resue-

na diariamente una como magnífica oración ó majestuoso salmo, que no pronuncian los labios, y que, sin embargo, se escucha muy lejos, porque sube, llega hasta Dios: es como misterioso murmullo: como ruido confuso y halagador al mismo tiempo: como música inarmónica, si se me permite la antítesis: es la plegaria del trabajo con que multitud de jóvenes artesanos bendicen diariamente al que hizo el universo.

Aquí, bajo las bóvedas de este edificio también se comulga todos los días; sólo que la santa hostia está hecha de algo que no se ve, de algo superior á la blanca harina, sí, que no está al alcance de nuestros ojos; la sagrada forma que aquí se paladea es la hostia impalpable de las ideas que purifica las inteligencias y lava esa mancha ó pecado original de la ignorancia con que la criatura humana viene siempre al mundo.

Aquí, bajo estas bóvedas, se estudia y se trabaja, es decir, se piensa y se ejecuta, se

elaboran ideas, se cincelan corazones, se tallan cerebros— más preciosos algunos que diamantes—y al mismo tiempo se pone en actividad la avasalladora materia, se cumple con la ley de aquel inolvidable nazareno que dijo: "ganarás el pan con el sudor de tu frente."

Ya véis, pues, señores, como en verdad y fuera de metáforas, es este un santuario, tan legítimo, tan profundamente respetable, como ésos de artesonados techos y marmóreos pavimentos en donde se rinde culto á la acardenalada imagen de un crucificado; aquí también el alma se pone de rodillas, y el pensamiento se eleva en asunción, cada vez que el fatigado cuerpo se inclina afanoso sobre la herramienta redentora que dignifica y enaltece; aquí también se alaba á Dios, sin vanidad ni alarde, y se le está santificando á toda hora, cuando la tierra cruje, cuando el metal se funde, cuando el telar se mueve, cuando el vapor silba, cuando el cincel des-

troza y labra, cuando el buril se hunde, cuando la candente fragua dora el hièrro, cuando la conciencia ilustrada se ilumina y el corazón de la juventud se alumbra con los brillantes resplandores del fuego sagrado de la instrucción!

Y no os figuréis que lo que estáis oyendo son sólo palabras ó fementidas frases de esas que se encuentran hechas—de todas clases y tamaños—en los vastos arsenales de cierta moderna literatura; quédense las bamboyas retóricas á un lado; eche mano de ellas quien esté falto de ideas y carezca de argumentos; yo marcho sobre un terreno más seguro: el de los hechos; yo no trueco ideas por palabras, y procuro alumbrarme únicamente con la antorcha del criterio de la más severa filosofía.

Dos días hace que se clausuró la exposición de los trabajos elaborados en este recinto durante el presente año escolar; muchos de vosotros que presenciastéis ese hala-

gador espectáculo, aquel bello panorama lleno de los encantos propios con que se presentan esos simpáticos certámenes que se llaman exposiciones, muchos de vosotros, debéis de haber sentido secreto regocijo, orgullo nacional, orgullo de patria, al medir con mirada imparcial é inteligente la altura á que se encuentran las artes en este precioso rincón del paraíso americano.

Muchos de vosotros también, si asististéis á los actos públicos que aquí se efectuaron, debéis de haber sentido grandísima complacencia al considerar el consolador resultado obtenido en los exámenes por los jóvenes artesanos.

Y aquí me permitiréis señores, que haga una observación de altísima trascendencia social y política, porque hay cosas que sólo en ciertas ocasiones nos es permitido decir: el artesano que sale hoy de uno de estos centros de educación intelectual, moral y física, no se parece en nada al de hace tres ó

cuatro lustros, y ¿sabéis en qué consiste precisamente esa profunda diferencia? Os lo diré en pocas palabras: en que aquél era puramente mecánico y éste es científico; aquél era más máquina que hombre, y éste es más hombre que máquina; aquél fustigaba rudamente sus músculos mientras aniquilaba su cerebro; y éste robustece su cerebro y no aniquila sus músculos; aquél gastaba una enorme cantidad de fuerza nerviosa para poder ver realizado su trabajo; y éste gasta el vapor y conserva su nervioso fluido para emplearlo en las fuerzas del aprendizaje intelectual; aquél era un ser pasivo que ocupaba en la sociedad secundario y humildísimo puesto; éste es más activo, más pensador, más ciudadano, más conocedor de sus derechos, y siente dentro de su alma los contínuos aleteos de una justa ambición, y no se ruboriza del honroso lugar que le cupo en suerte ocupar en la escala social.

Ya véis, pues, señores, cómo se ha cambiado

hondamente la fisonomía moral del artesano de algunos años á esta parte. Y desde cuándo ha sido eso? Pues bien, vosotros lo sabéis: desde que un hombre que era todo entereza y que ahora está dormido para siempre, allá en la profundidad de la tierra, fundó esta bienhechora escuela para levantar y educar á los hijos honrados del trabajo, y hacerles ocupar en la sociedad el digno puesto que en verdad les corresponde. Y si he traído á cuenta en estos momentos el nombre del general Barrios, hoy que es pecado mortal en el concepto de algunos el sólo mentar á aquél que está para siempre inerme y hecho ya polvo, es porque al hacerle justicia, como fundador que fué de este pequeño emporio de civilización en donde os congregáis ahora, no me atemoriza nada, cumplo con un deber de mi alma, aun á riesgo de que se me señale con ese epíteto vulgar é insultante con que los afiliados á cierto bando político designan á los partida-

rios del Reformador que fundó este plantel el 2 de abril del año de 1876.

Jóvenes artesanos:

Habéis cumplido vuestras tareas y gran parte de la sociedad ha venido complaciente á felicitaros; habéis llegado al término de vuestra jornada con algunas gotas de sudor en la frente y muchos ramos de laurel sobre la misma: la satisfacción se ha de levantar sonriente en estos momentos dentro de vuestra conciencia: continuad fortificando vuestro espíritu con el trabajo, practicando el bien, nutriendo vuestras inteligencias con la instrucción, y habréis realizado entonces vuestro destino sobre la superficie del planeta.

11 de diciembre de 1892.

Alocución pronunciada en el salón de duelos del Cementerio Nacional, con motivo de la muerte de Bernardo Alvarez, alumno del autor en la clase de filosofía del Instituto Nacional Central de Varones.

Señores:

ESTA mañana, cuando al abrir mi clase de filosofía llamé lista, al pronunciar el nombre de Bernardo Alvarez, no contestó "presente." Y ¿cómo podía responderme el querido discípulo, si ya el soplo helado de la muerte había, la noche anterior, congelado para siempre sus inmóviles y yertos labios? Con trémula mano y con recóndita angustia tracé con el lápiz una raya negra sobre su nombre: ay! aquel aventajado alumno mío había desertado silenciosamente de la clase; fué entonces borrado, y hoy vengo, en unión de vosotros, á inscribir ese mismo nombre en el interminable libro negro de este recinto mudo y solemne en donde moran los que ya no son!

Pobre Bernardo! Apenas comenzabas á dar algunos sorbos del saber humano, cuando á los primeros tragos, dijiste, apartando con

repugnancia de tus labios la dorada copa: basta, no quiero más, imitando al niño que rechaza el seno de su madre, porque tiene sueño y mejor quiere dormir.

Así tú; preferiste arroparte con las sombras de la eternidad, y dejar rodar tu cuerpo en el lecho de tierra, para dormir en él mucho, para dormir siempre, porque de esta clase de sueño no despertarás ya más!

Yo, señores, comprendo perfectamente ese fenómeno que se llama cesación de la vida; la muerte me parece un hecho natural, lógico, necesario, inevitable; su idea no me inmuta ni su presencia me aterra; he aprendido á mirar el problema de lo desconocido con cierta tranquilidad estoica en relación con el credo filosófico que profeso; pero lo que en realidad no comprendo, lo que no me he podido explicar ni me explicaré acaso nunca, es la muerte de los niños, de los adolescentes, de los jóvenes, de todos aquéllos que se van sin haber tenido tiempo de cum-

plir su destino, como si fueran flores de una sola mañana, estrellas de una primera hora, ó almas viajeras de un rápido día. La lógica de esta clase de fenómenos no me la explico, ni la acepto, ni la creo; algunos llaman á esto misterio, providencia ó designio divino inescrutable; pero vanos son para mí todos estos nombres: el pensamiento mío se rebela, retrocede y se resiste á creer en esta especie de verdades incomprensibles, siendo ella la única realidad en la que á pesar de demostrármela la experiencia de todos los días, no la creo, ni la he creído nunca!

Para semejantes hechos no hay explicacación posible; y toda la filosofía humana de todos los siglos se declara en este punto impotente; al llegar aquí, enmudece. Yo, señores, no encuentro para este caso más que una sola explicación que me da, no la filosofía sino aquellas preciosas quimeras, aquellas sabias ficciones poéticas de los divinos pensadores griegos: los que mueren jóvenes

son los predilectos de los dioses. Aceptemos, pues, esta bella frase por toda explicación posible.

Y séante suficientes, querido discípulo, estas solas palabras; todo lo demás que mis labios dijeran, sería inútil, pues tú has resuelto ya el problema de lo desconocido, y no ignoras su misterio; tú, niño, en el lugar que ocupas, eres ahora el maestro que mucho sabe, y yo, el discípulo que todo lo ignora.

8 de mayo de 1893.

Discurso pronunciado por comisión del gobierno el 15 de septiembre en el salón de Recepciones del Palacio Nacional de Guatemala, en conmemoración del LXXII aniversario de nuestra independencia política.

Señor Presidente de la República:

Señores Secretarios de Estado:

Señores:

SIEMPRE que he tenido en mi vida la necesidad de escalar las gradas de una tribuna he sentido vértigo: el vértigo que se experimenta al encontrarse en las grandes alturas. Hoy, señores, he escalado la tribuna más alta que se conoce: la tribuna de la Patria. ¡Qué cumbre tan elevada! ¡Qué horizontes tan ilimitados los que desde aquí se contemplan! ¡Qué paisajes, qué cuadros, qué de infinitas maravillas! Y todos esos panoramas, ya sombríos como el sueño de la esclavitud, ya dulces y arrobadores como el despertar sonriente de una virgen; todos esos panoramas y paisajes que desde aquí se divisan, ha de ser mi pobre palabra la llamada á íroslos dibujando, toqne á toque de luz, toque á toque de sombra. Me habéis subido á la cumbre, y estoy en el deber de hacerlo.

Si hemos de ser lógicos, señores, y si queremos alumbrarnos tan sólo por la bellísima luz de la verdad, por el fulgurante faro de la filosofía, convengamos en que no es lo que aquí venimos á celebrar el aniversario simplemente de una fecha gloriosa, el inmortal 15 de septiembre de 1821. No es eso sólo, señores. Meditemos.

Aquel acontecimiento fué grande y en verdad trascendentalísimo para la Patria; pero fué un hecho natural, lógico, casi inevitable, como es lógico, natural é inevitable, el desprendimiento de un nuevo sér, á su debido tiempo, del seno de la madre. ¿Qué hay en esto de extraordinario? Nada; las leyes inmutables de la naturaleza cumpliéndose en el mundo moral como en el mundo físico. Nuestra emancipación nacional se consumó sin grandes dolores ni profundos vahidos. Nosotros no tuvimos hechos de armas, y así, ni el retumbo del cañón resonó por la montaña, ni se iluminó el cielo con siniestros res-

plandores, ni hendieron los aires alaridos de hombres que se mueren, ni hubo lágrimas vertidas en la urna de nuestra patria; y como no hubo nada de esto, no podemos en verdad hacer de nuestra independencia una epopeya; pero no por eso el hecho ha sido menos grandioso é imponente, y natural es que nuestro pecho se agite lleno de alborozo y los acentos del patriotismo broten ardientes del corazón.

Venimos, sí, á doblar la rodilla al pie de los altares de la Patria, para dar adoración á esa augusta diosa llamada Libertad, no sin tener antes cuidado de subir á encender sobre el ara santa las majestuosas antorchas de la Razón y de la Verdad.

Cuatro son las grandes fases ó períodos que presenta en conjunto el espíritu de estos pueblos de América, emancipados al influjo de esa gran convulsión social y política que estremeció nuestro continente de 1810 á 1821. Primero, la Revolución: el devastamiento, el vértigo: el alma del pueblo como

esperezándose, rompiendo cadenas y reclamando derechos; es decir, el verdadero soberano despertándose, al fin, y rebelándose contra la usurpación, que en nombre de yo no sé qué dios, hacían esos hombres que se daban y han dado pomposamente el título de *Reyes*.

Después: la anarquía, la lucha civil, el esfuerzo de los pueblos constituyéndose en individualidades, y buscando como calenturientos y enfermos su mejor forma de gobierno.

Viene en seguida la segunda independencia, la cual, en mi pensar, es la grandiosa, la verdaderamente digna de celebrarse; es decir: la Regeneración, la Reforma, la emancipación del espíritu, el incendio de la tradición, la quema general de todas esas zarzas y espinos que crecen por los rincones de la inteligencia, y que se llaman preocupaciones. Durante este tercer período, los rayos de la divina luz de la Razón van como colándose en el

alma del pueblo, hasta iluminar las últimas profundidades de la conciencia.

Y por último, después de la Reforma, después del incendio, después de la crisis, entra el espíritu en dulce convalecencia, y en el campo carbonizado, rico en elementos para la vida, comienza á cosecharse el trigo: es la época majestuosa del Derecho y de la Justicia, el período de la reorganización social.

Consideremos, pues, estas cuatro fases, y sea este estudio á grandes rasgos el tema y plan de mi discurso.

La revolución francesa, no fué sino el inmenso volcán que produjo un gran terremoto social y político: los retumbos de aquel cráter en efervescencia estremecieron al mundo; llovieron las ideas redentoras por todas partes, y fué como el polvo de oro de aquella erupción terrible, pero grandiosa lo que felizmente vino á caer á nuestra América.

Apenas se iban extinguiendo los últimos retumbos, cuando aparece un gigante que-

riendo apoderarse del mundo. España, nuestra madre patria, tiembla á su presencia, pero heróica, se apresta para resistir al coloso.

Entretanto, mirad lo que sucede en la joven América. Era la media noche del 15 de septiembre de 1810: un santo cura del pueblecillo mejicano de Dolores, deja de repente el lecho en que dormita: acaba de escuchar en sueños la voz de su destino; pasa las horas de la madrugada planteando en su espíritu el gran problema, y al día siguiente se le mira por las calles llevando en una mano el estandarte de la Virgen de Guadalupe, y en el alma, la luz de las ideas redentoras, mientras en la diestra blande la espada de la insurrección. Con él van otros héroes; todos grandes, todos denodados, se llaman: Morelos, Aldama, Abasolo, Allende, Bravo. ...... Aquella legión camina en busca de libertad, libertad para su patria esclava!

Lejos de este cuadro majestuoso, se per-

cibe otro no menos imponente: desde la cumbre del Chimborazo se mira descender, temblando de patriotismo, á un joven atleta. Está pálido por quién sabe qué magnífica visión que acaba de sorprenderlo en la cima de la montaña; baja blandiendo también en su nerviosa mano la espada de fuego que ha de dar redención á su patria, y no sólo á su patria, sino á cuantas pueblos pueda libertar aquel lidiador soberbio é inmortal: es Simón Bolívar, el poeta de la espada, el soldado del Derecho que, con los resplandores de su acero, produjo aquella espléndida iluminación en los cielos nublados de la América Latina. Como el Cura Hidalgo, tampoco va solo: le acompañan en su empresa, San Martín, Sucre, Páez, Ricaurte, Santander y tantos ótros que al rodar al abismo de la eternidad se despeñan irradiando luz.

En el centro de la América hay también corazones grandes, atacados durante aquella época, de la misma sublime enfermedad: la

pasión por la Patria. En sus cerebros aletea de contínuo la sacrosanta idea de la emancipación: son nuestros héroes, cuyos nombres callo, porque en estos momentos sus venerandas figuras van desfilando silenciosamente, una por una, ante vuestra memoria. ¿Y qué hicieron al fin todas esas legiones de aquí y de allá? ¿Qué realizaron todos esos hombres? Pues bien, vosotros lo sabéis: casi todos ellos entraron en formidable y sangrientísima lucha, y algunos acabaron como mártires, pagando con la vida su crimen de independencia. Allí están Hidalgo y Morelos; Ricaurte y Mercedes Cabrejo. En nuestra patria no hubo de esos grandes mártires; nuestros héroes son de otra categoría: ellos pensaron, hablaron, escribieron. ¿Y no es eso también batirse? Además, el genio de la Libertad estaba ardiendo dentro de sus pechos; y ellos también estaban dispuestos al sacrificio y á la muerte, si la muerte y el

sacrificio hubiesen sido necesarios para redimir á la Patria.

Pero en Méjico y Sud-América la lucha había principiado. Desatada aquella tempestad, no hubo poder humano que pudiera contenerla. Desde 1810 se comenzó á oscurecer el cielo, mientras, por otra parte, se enrojecía la tierra con sangre humana. Tronó el rayo de la insurrección y rugió la tormenta. Siniestros rumores se escucharon por todas partes, nubes de humo oscurecieron la faz del sol; y hubo sangre, lágrimas y desolación. Después...... comienzan á brillar en el horizonte una por una, como bellísimas auroras de libertad: era que Dios acababa de compadecerse de estos pueblos, y al nuevo *fiat lux* de la Providencia, brotó una pléyade de naciones libres y soberanas ya emancipadas. Y nuestra Guatemala fué una ellas.

Hasta aquí la primera etapa. ¿Qué sucedió después? ¡Ah, señores! No es, por des-

gracia, una era de felicidad la que se inició en seguida. Se había dado el primer gran paso, pero aún quedaba mucho que caminar.

En Méjico se hace traición á la grandiosa idea que tantas lágrimas y sangre tanta había costado. El mismo que proclamara en el plan de Iguala la independencia mejicana, se erige poco después en Emperador; y para desgracia nuestra, quiere también aplastar bajo su carro imperial á Guatemala. Una gran sombra de tristeza anubla luego la frente de la diosa Libertad; se siente escarnecida, porque se la ha traicionado; lanza una mirada de angustia, y sus buenos hijos, llenos de santo ardor, empiezan de nuevo la jornada. No encuentran más que un medio de salvación: sacrificar al usurpador para que viva la República. Ponen manos á la obra, y la cabeza de Iturbide cae por fin rodando en Padilla, como soberana enseñanza para los malos hijos de aquel pueblo heróico, y también para los espúreos hijos de nuestra cara tierra.

Mientras tanto, parecía que todos los pueblos tenían su mirada fija en la República. Derrocado el imperio de Iturbide, no quedaba en pie sino el del Brasil, que hasta hace cerca de cinco años recibió los primeros rayos del sol republicano. Pero Chile y las provincias Argentinas, Venezuela, Perú y Colombia, Méjico, Centro-América y hasta la hermosa Haití, preparaban sus gobiernos bajo la forma republicana.

¿Qué importa que la guerra civil haya venido á destrozar estos pueblos, inexpertos todavía, si después pudieron bogar tranquilos y seguros en el hermoso mar de su vida autónoma é independiente?

En el mundo físico, como el mundo moral, social y político, no hay transiciones bruscas. Se llega á una edad, después de haber atravesado otra edad. La historia, como la biología, tiene sus leyes fijas, inmutables y eternas. Los pueblos, como los individuos, no se hacen adultos de la noche á la mañana.

Para entrar en la época de la razón y del juicio maduro, necesitan haber pasado antes por la edad de los delirios, de las vanas locuras y de las insensatas agitaciones.

Pero no eran simplemente la anarquía y la guerra civil las únicas sombras que envolvían á los pueblos de Hispano-América después de haber realizado su independencia. Había algo mucho más profundo y desconsolador que lamentar. La libertad se había conquistado, es cierto; pero los espíritus permanecían dormidos, y las inteligencias aún no despertaban. Las sombras de la ignorancia continuaban casi tan densas como antes, y la polilla de las preocupaciones seguía carcomiendo una por una las conciencias. Después de la independencia, el pueblo era un gran sonámbulo, marchaba dormido. Había por fuerza que despertarlo, y semejante despertar le iba á ser dolorosísimo. Se había efectuado la emancipación política, pero quedaba por realizar la emancipación

moral. Pocos eran los que pensaban, y la mayoría de las masas continuaba siendo el vil juguete del fanatismo, de la tradición y de la superchería. La independencia, tal y como se había realizado, no había traído provecho sino al bando de los conservadores, á los hombres de los altos títulos y de la sangre azul. Ellos habían descansado de un gran peso libertándose de la Península, y eran á su vez los amos y señores que dominaban en el continente. Es decir, se había salido de una servidumbre para continuar en otra. Se necesitaba con urgencia para cada uno de estos pueblos infortunados un nuevo héroe seguido de otra luminosa legión para llevar á cabo aquel gran derrumbamiento. La obra era colosal. En Méjico fué donde primero surgió el campeón. Un indio de retemplado espíritu fué el predestinado para tan temeraria empresa. Aquel Benito Juárez era hombre indomable que sabía para lo que había venido al mundo. Lo rodeaban,

es verdad, grandes demoledores: Ignacio Ramírez y Comonfort; Lerdo de Tejada y Guillermo Prieto; Juan José Baz y Gabino Barreda: cada uno de ellos había consagrado su vida entera á luchar por la Reforma. La obra comenzó; el conservatismo, á cada nuevo hachazo, se retorcía mugiente de dolor y de desesperación; y, hachazo tras hachazo, se destrozó por fin al monstruo, logrando triunfar la nueva revolución el año 57, reuniéndose una constituyente y decretando las inmortales leyes de Reforma.

Guatemala también dormía; su sueño era profundísimo, casi letárgico. ¿Quién sería el osado batallador nacido para despertarla? Bien lo sabéis: el que lo hizo, trabajó mucho, trabajó de prisa, trabajó sin descanso, y á su vez, él está durmiendo ahora.

Es esta, señores, la parte de mi discurso que requiere precisamente más tino, más calma y más serenidad de juicio.

Os llamo la atención para que veáis que an-

tes de verterlas, he pesado y meditado mucho mis palabras. La Reforma de Guatemala, señores, sólo se puede apreciar con toda la serenidad de la justicia histórica, á muchos años de distancia. La obra fué magna, suprema, y por consiguiente, los medios también lo fueron. Asombra ver, cuando en ello se medita, cómo la energía de un solo hombre pudo derrumbar, puntal por puntal, aquel sombrío edificio que parecía inexpugnable y eterno.

Y he dicho "un solo hombre" porque García Granados que fué el iniciador glorioso de la Revolución del 71, no estuvo hasta el fin; se retiró antes de tiempo; y el círculo de pseudoliberales que pareció ayudar al general Barrios en su obra de demolición, estaba compuesto en su mayoría de pobres hombres, conservadores de todo corazón, conservadores hasta la médula de los huesos, á quienes dominaba, no el miedo, sino un pánico espantoso. Muerto el hombre, ya vistéis cómo

se desenmascararon al día siguiente todos los que jugaban al carnaval político en aquella época. Yo había oído hablar desde muy niño de lo que son la falsedad y la inconsecuencia humanas; pero jamás creí que fueran tan deformes.

Mas dejemos á esos danzadores políticos á solas con su conciencia, á ver cómo se las arreglan con tan inexorable juez.

Volvamos entre tanto la vista á la obra del Reformador. Fué un tirano, fué un monstruo, fué un demonio, dicen los del negro partido.

¡Cuán densa, señores. es esa tupida venda que se llama odio político conservador, y cuán insensatos y ciegos vuelve á los hombres!

Juzgar á Barrios por ciertos lamentables sucesos durante su época de reformas, como á un criminal, como á un gran bandido, queriéndole aplicar el simple criterio moral, en vez de juzgarlo con el criterio político, que es el que le corresponde, es mucha falta de lógica,

es un extravío que acusa, quién sabe si demasiada perversidad ó suma ignorancia.

Ah! señores, los que así raciocinan, debían maldecir también al cirujano cuando amputa una pierna, un brazo, un miembro cualquiera, y, acto continuo de la operación, llevarlo á la cárcel por criminal y por perverso!

El símil no puede ser más exacto, ni más conforme con la lógica.

Todos vosotros sabéis que las sociedades son organismos perfectos y acabados. Pues bien, cuando un organismo tiene úlceras de mala ley, hay que aplicarle inmediatamente el termo-cauterio; de no, la vida entera peligra. Y Guatemala antes del 71, era un organismo horriblemente carcomido y putrefacto; las úlceras eran: fanatismo, superstición, ignorancia, atraso, monaquismo, inercia; había además mucha anemia y sobrada languidez. Ved á Guatemala el año de 85: se levanta robusta y vigorosa, porque todas esas úlceras que la entecaban habían desapa-

recido al contacto candente del termo-cauterio del denodado campeón de nuestra Reforma.

Pero vino Chalchuapa, y el Reformador se hundió. Se envolvió, sí, antes de morir, en el grandioso pabellón Centro-americano, sin duda para poder dormir tranquilo, arropado entre sus pliegues, el sueño de la eternidad! Mas dejémosle descansar en su lecho eterno, y volvamos de nuevo la mirada á nuestra bella Patria....... ....

¡Qué hermoso espectáculo! La enferma del 71 está ahora lozana y gallarda, llena de vigor, llena de vida. Acabó la convalecencia y entró de pleno en sus fuerzas. Es que para Guatemala sonó por fin la hora de la reorganización social, la cuarta época de que os hablé al principio.

¡Qué bien se respira hoy día bajo el límpio cielo de nuestra espléndida y dulce tierra! La atmósfera está pura y el horizonte despejado y sereno. Ni una nube siquiera oscurece el sol de nuestras libertades. Todo es paz,

progreso, trabajo. La prosperidad ha comenzado. Guatemala goza hoy relativamente de muchísimo nombre en el extranjero; la capital se hermosea con lujosos parques y paseos; el ejército está disciplinado y vigoroso; la libertad de la prensa no es ya una farsa, sino un hecho real y positivo. Las ideas van y vienen por la atmósfera política, algunas como saetas envenenadas, y otras, como dardos de purísima luz. Este hecho no más, constituye un gran timbre de honor para la administración actual. Allí donde no se enmordaza la prensa, es que la justicia impera, que la ley se cumple, que el derecho no se conculca. Parten arteras, algunas veces, las flechas que dirige la calumnia, la pasión ó el despecho; pero se doblan en el aire. Los enemigos políticos de abajo atacan rudamente y sin descanso á los de arriba, y la máquina administrativa continúa imperturbable su curso. Mientras tanto se trabaja con asiduidad, con tesón y con empeño en la

realización de la obra más fecunda en bienes para Guatemala: el Ferrocarril al Norte. Se van tendiendo á toda prisa los durmientes, y los rieles se unen día tras día unos á otros. Se ha comenzado á tejer la gran arteria por donde correrán oleadas de vida, torrentes de riqueza para nuestra Patria.

El día que la gigantesca obra se concluya, la inmigración vendrá á engrandecernos, el comercio se centuplicará y la civilización universal ha de pasar rápidamente día tras día, en alas del vapor, al través de nuestro territorio, y Guatemala tendrá entonces,—la primera,—la llave de los dos océanos.

Mientras tanto la paz continúa inalterable, derramando á manos llenas sus abundantes beneficios, y Guatemala puede felizmente vanagloriarse de ser la única en Centro-América, cuya tranquilidad no se ha turbado ni un solo momento, hoy que tanto disturbio ha venido á agitar nuestros demás estados hermanos; y puede vanagloriarse con justicia

de algo más digno y levantado todavía: la conducta que ha observado durante este período de efervescencia y lucha en las demás Repúblicas. La neutralidad ha sido absoluta por parte de nuestro gobierno, hecho significativo y altamente honroso, que es la primera vez que sucede en estas casas de vecindad que se llaman repúblicas centro-americanas.

He concluido, señores, y antes de descender de esta tribuna, debo felicitarme porque ha cabídome la buena suerte, la altísima honra, de haberla ocupado en el gran día de la Patria, precisamente en la época feliz en que hay completa razón, muchísimo derecho para regocijarnos, y celebrar con el más puro entusiasmo los primeros sazonados frutos que hasta hoy comenzamos á cosechar del hermoso árbol de la Libertad, plantado desde hace 72 años en nuestra Plaza de Armas, en aquella mañana inmortal del 15 de septiembre de 1821.

Que la era de paz y bienandanza que ha iniciado el gobierno del general Reina Barrios, se termine felizmente, y que el digno gobernante, junto con los buenos colaboradores que le ayudan en la cosa pública, vean, al bajar del poder, satisfechas sus esperanzas, colmadas sus aspiraciones, realizado el espléndido programa ofrecido al pueblo, y hayan hecho, en fin, de nuestra bella Guatemala, el foco á donde converjan todos los destellos de las cinco repúblicas, para que podamos contemplar, antes de que termine este luminosísimo siglo XIX, el más imponente espectáculo: el renacimiento de la antigua Patria. Y entonces, habrá fusión de luces en el firmamento: las majestuosas titilaciones de los últimos crepusculares reflejos del más grande de los siglos que está hundiéndose en su ocaso, se mezclarán con los primeros albores de ese magnífico alumbramiento que se está elaborando lentamente: la UNIÓN DE CENTRO-AMÉRICA.

15 de septiembre de 1893.

Discurso pronunciado en la solemne inauguración de la Fábrica de Calzado Nacional de los señores Tejada, Ulico & Cía.

Señor General Presidente:

Señoras y Señoritas:

Caballeros:

NO OS CAUSE extrañeza mi presencia en este sitio; os digo esto porque algunos de vosotros me visteis ayer ocupando la tribuna política, y hoy, venís á encontrarme de nuevo con la palabra en los labios; yo nunca hablo, señores, si no es por una gran necesidad, porque me considero impotente para ello; sé demasiado bien que la naturaleza no quiso enriquecerme al nacer con tan brillante dón. No ha sido, pues, sino por una verdadera casualidad que recibí el mismo día dos invitaciones honrosas para hacer uso de la palabra en dos días consecutivos. ¿Cuál podía yo rehusar? Ninguna; ayer porque era el día de la Patria, y á esta buena madre no hay que negarle una frase de cariño cuan-

do nos toca el turno; hoy, porque la voz de la amistad le habló á mi corazón muy hondamente, y porque también se trataba de una fiesta sumamente simpática y nueva entre nosotros. Con estas suscintas aclaraciones que he necesitado hacer por vía de exordio, espero me daréis vuestra indulgencia y os explicaréis mi presencia en este sitio.

El espectáculo que habéis visto, señores, es una realidad, es un hecho. Y parece imposible. El temperamento de nuestra raza latina es el temperamento de los sueños, de las doradas ilusiones, de los proyectos fantásticos y de las quimeras irrealizables. Tenemos los latino-americanos mucha imaginación en la cabeza, mucha poesía en el corazón; pero desgraciadamente nos falta algo muy necesario: el sentido práctico de la vida, que es, como si dijéramos, la prosa de la existencia, la fuerza de gravitación moral que nos atraiga á lo útil, á lo necesario, á lo positivo. Vivimos la mayoría de los que hemos nacido en

la América Española devanando la interminable madeja de ensueños de la imaginación, y parece que nos olvidáramos de que hemos venido al mundo en el siglo del vapor y de la electricidad. La palabra *arte*, cuando á belleza se refiere, suena muy dulce á los oídos de casi todos nosotros, y la palabra *industria*, parece que los hiere; escuchamos la primera como nota aérea; nos suena la segunda, como martillazo destemplado y brusco. Huimos hasta de fijar el pensamiento en todo aquello que no halague la sensibilidad exquisita y enfermiza, propia del temperamento de nuestra raza, y muy en consonancia con la perpetua vibración en que nos mantiene el sistema nervioso este ardorosísimo sol de los trópicos. Caminamos por encima de nubes y celajes, y vemos con el más profundo desdén todo lo que no tiene algún tinte de idealidad, de fantasía ó de ensueño. Por eso os dije al principio que lo que estais mirando es una realidad; y podríamos decir, con toda la

propiedad del lenguaje, que es un caso raro en Guatemala, una excepción, una anomalía. Sí, señores: el establecimiento de esta gran fábrica industrial, la primera en su especie en Centro-América, llevado á cabo no por extranjeros, cuyo espíritu práctico en nada se parece al nuestro, sino por hijos del país, es un verdadero acontecimiento, una cosa inusitada y que tiene algo de extraordinario. Por eso es que esta fiesta á la cual habéis asistido tiene un tinte particular, un color *sui generis;* es una de esas solemnidades á las que nunca concurrimos por la sencilla razón de que no las hay en nuestra tierra. Hoy, la laboriosidad de dos jóvenes compatriotas nuestros, más prácticos que soñadores, nos ha proporcionado el gusto de asistir á esta simpática fiesta, en donde no encontramos ni cortinajes vistosos y fantásticos, ni flecos de colores, ni banderolas de papel de china volando al aire; lo que aquí hallamos es un cuadro descarnado de diferente género; menos vistoso, pero

mucho más útil é imponente; menos pueril, pero de más grandes resultados para el país; menos poético y fútil, pero más necesario y eminentemente progresista y benéfico.

En nuestro país, que es por excelencia agrícola, porque nuestros terrenos son tan vírgenes y fecundos que nos brindan á manos llenas sus abundantes frutos, no se piensa en la industria; queremos que todo nos venga del extranjero, y los capitales, por regla general, no se invierten en empresas industriales de este género. Con excepción de los talleres de los señores Ayau, y de los de la Escuela de Artes y Oficios que pertenecen al gobierno, nuestros compatriotas se siguen sirviendo de la fuerza muscular para las artes mecánicas, olvidándose de que existe el vapor, y despreciando esos maravillosos mecanismos que se llaman máquinas, las cuales desempeñan en el mundo moderno algo sumamente asombroso, digno de admiración y de recogimiento de espíritu: esa maquinaria universal

que hoy día funciona por todos los ámbitos del planeta, representa la inteligencia del hombre como domeñadora del mundo, como completando en cierto modo la admirable obra de Dios; es un segundo universo, un nuevo génesis creado artificialmente por el genio humano; pero tan digno de estudio, tan maravilloso, tan imponente, como lo es la misma naturaleza en toda su soberbia majestad, como lo es esa sublime creación que nos fascina, brotada quién sabe cómo, quién sabe cuándo, y que todos los hombres de todos los países y de todos los tiempos, han atribuido en su pensamiento á un sér supremo, á una divinidad misteriosa, incomprensible y eterna.

La criatura humana, pues, no ha querido aceptar la naturaleza tal y como se la dió el Creador; parece que se hubiera propuesto enmendarle la plana, y ha horadado los montes, y ha cortado los istmos, y ha registrado el firmamento, y ha acortado las dis-

tancias y ha movido el mundo, guiado tan sólo por los consejos redentores de esa gran soberana: LA CIENCIA Sí, señores, la ciencia es después de Dios lo que mueve al mundo; la ciencia redime, la ciencia dignifica, la ciencia enaltece á ese átomo del universo llamado hombre.

Aquí lo tenéis demostrado: el funcionamiento de todas esas máquinas despierta en el fondo del alma un sentimiento religioso muy semejante al que experimenta el hombre cuando eleva su oración ante un gran espectáculo de la naturaleza. ¿Oistéis hace un momento el himno del hierro producido por las máquinas? ¿No es cierto que se parece en su gravedad imponente al sonar del órgano bajo las naves de un templo? ¿No os sentistéis sobrecogidos de santa unción con ese movimiento atronador, vertiginoso y armónico, producido por esa infinidad de ruedas, de resortes, de chumaceras, de planchas, de agujas, de poleas y por toda esa al-

garabía, en fin, que marea la cabeza, aturde los oídos, suspende la mirada y deja el pensamiento medio desmayado, sumido en una especie de éxtasis celestial y embelesador?

Mas, prescindamos de esta clase de consideraciones que se refieren á la estética de la mecánica, y entremos en otras de género diferente.

Nos proponemos desvanecer un grave y lamentable error que domina en la inteligencia del pueblo con respecto al modo de considerar estos grandes establecimientos de industria, montados conforme á los últimos inventos de la civilización.

Cuando se levanta una fábrica de esta especie, en donde hay gran maquinaria y se utiliza la fuerza del vapor, se proyecta en el alma del pueblo una como sombra de angustia y de tormento; creen los industriales que esa maquinaria va á robarles el trabajo á sus brazos, y por consiguiente, el pan para su boca; y una especie de profundo y secreto

rencor se despierta dentro de su corazón al influjo de tan desconsoladora como errónea idea.

Tócanos, pues, ya que la palabra algo útil debe producir, esclarecer esta clase de error económico.

La misión de las máquinas no es precisamente ahorrar brazos, sino economizar fuerza, y sobre todo, tiempo. Esos mecanismos no trabajan por sí solos. Desde la complicada organización de un reloj, que necesita de una mano inteligente que le dé cuerda, hasta la caldera de una locomotora que necesita también un brazo que perpetuamente esté arrojando en su boca el combustible, todas las máquinas necesitan del factor inteligente humano, ya para dirigirlas, ya para auxiliarlas, ya en fin, para acelerar ó suspender su funcionamiento. La misma máquina de nuestro cuerpo, con todo y que es la más admirable que se conoce, necesita del *yo inteligente* que le esté proporcionando el alimen-

to, es decir, el combustible que mantiene ese rodar maravilloso de todas las piezas de nuestro organismo que constituye lo que se llama *vida*. ¿Qué es, pues, lo que se economiza en una gran fábrica de éstas? Los brazos no, porque acabamos de ver á la multitud de personas de ambos sexos que aquí se emplea; es la fuerza muscular y nerviosa del hombre, y nada más que eso. Al pie ó al lado de cada máquina está el elemento humano como centinela avizor; sólo que entonces la máquina es la esclava, y el hombre el soberano que imparte sus órdenes; el sér humano se aprovecha de las grandes fuerzas que despliegan esos pequeños monstruos de hierro ó acero, sin rebajar su dignidad y altivez á la categoría de bestia, y empleando su delicada mano, como el órgano que mediante la corriente de inteligencia que está bajando de la cabeza por el brazo, domeña hábilmente como señor del mundo la materia bruta. Y como prueba cierta y evidente de mis

palabras, habéis visto hace pocos momentos una serie de máquinas de coser, y ninguna de ellas, á pesar de estar todas movidas por la fuerza del vapor, cose sola el material; cada una tiene su operario, es decir, la misma persona que se emplearía si la máquina no estuviese movida á vapor; pero en este caso los muslos no se fustigan, lo cual quiere decir una gran prevención higiénica para las personas del sexo débil y bello, para esa multitud de jóvenes honradas, que tienen que ganarse su vida con esta clase de trabajo; el vapor las ahorra de enfermedades que esta tarea perpetua y abrumadora trae consigo. Los higienistas, mejor que nosotros, lo saben muy bien.

Ya véis, pues, señores, que no es como piensa la gente sencilla; y este mismo error de juicio que padecen nuestros industriales sobre el grave asunto de maquinarias, lo han sufrido también los industriales europeos.

Cuando en Inglaterra se inventó la maqui-

naria para la fabricación de tejidos, el ilustre inventor tuvo que huir á Francia, porque la clase industrial se irguió amenazadora, creyendo que tal invento la iba á dejar sin pan para sus hijos. Refugiado el inventor en Francia, comenzó á llamar gente, porque tenía necesidad de brazos que manejaran sus máquinas, y los industriales ingleses que lo persiguieran anteriormente, lo llamaban después suplicantes y arrepentidos.

Cuando en Bélgica se establecieron los primeros ferrocarriles, iban de noche los empresarios de carros con todos sus empleados, á desempeñar sigilosamente la ingrata tarea de arrancar los rieles que las compañías constructoras habían clavado durante el día; aquellos hombres sencillos estaban atormentados y creían también que el ferrocarril les iba á robar su trabajo; poco después, cuando estuvieron establecidas las líneas férreas, se convencieron del lamentable error en que se encontraban.

Hojead la historia de la industria y en cada una de sus páginas encontraréis casos semejantes á los que os he referido. La historia de los progresos de la civilización es también la historia de los extravíos del pensamiento, es la reseña triste de las trabas que pone la inteligencia oscura á cada nuevo peldaño que se asciende en la escala del progreso.

Dentro de poco tiempo los mismos que hoy miran con recelo esta gran fábrica acudirán á sus puertas en busca de trabajo redentor; ellos vendrán aquí, estoy seguro, á ganar honradamente su salario, sin necesidad de esos grandes derrochamientos de fuerza nerviosa que hoy hacen para adelgazar la suela, martillazo tras martillazo, y de todo ese teje y maneje tan rudo y primitivo, que era hasta hoy todo nuestro saber y entender en el arte del calzado.

Felicitémosnos, pues, señores, por este nuevo adelanto alcanzado en Guatemala, y

felicitemos también á los jóvenes Tejada y Ubico, tan inteligentes y progresistas, que debido á sus esfuerzos, sin ayuda extraña de ninguna especie, tienen el alto mérito de contribuir al adelanto del país, poniendo su contingente en la gran obra de civilización que se está llevando á cabo en nuestra hermosa y muy amada Patria.

17 de septiembre de 1893.

Discurso pronunciado en la Asamblea Nacional Legislativa al discutirse la Ley de Imprenta.

Señores Representantes:

AMO la libertad de imprenta como todos amamos aquellas cosas predilectas que nos han hecho derramar una lágrima ó han costado algún dolor á nuestro corazón.

La aprecio altamente, por eso vengo á defenderla bajo el aspecto que mi razón la considera, y no extrañéis que para ello traiga escrito mi discurso. Nuevo yo en los debates parlamentarios y poco práctico en esta clase de luchas, pensé mejor que improvisar una disertación esta noche, escribirla, porque de labios como los míos, que son poco expertos en la oratoria, vuelan las palabras casi siempre importunas, ya unas veces como mariposas desbandadas y fluctuantes, ya otras como esas tornasoladas y preciosas burbujas de jabón llenas no más de aire, y que al sólo encontrar la resistencia de la atmósfera, se rompen súbitamente y se convierten otra vez en aire.

Por eso, señores, no quise aventurarme á los azares de una improvisación, y es este mismo el motivo por lo que no quise hablar dos veces que he votado nominalmente al estarse discutiendo la presente ley, los cuales votos, si hoy no me explicase, podrían hacerme aparecer en el concepto de muchos como partidario acérrimo de la mordaza para la prensa. Sí, señores; yo sé que muchos al oír mis votos han de haber dicho para sus adentros: ese diputado Spínola vota en este sentido porque está ocupando un puesto oficial en el gobierno que así se lo exige; ése, está votando así por un compromiso, porque esa es la consigna que ha recibido de los que mandan. Mi enhorabuena, señores, para los que hayan creído y lo sigan creyendo de ese modo. Hace tiempo que afortunadamente aprendí á despreciar cierta clase de juicios que de mi conducta aparente pudieran hacer los hombres, y á no escuchar sino la voz serena, la purísima voz de mi conciencia.

Esos votos que he dado, son el producto de mi íntima convicción moral, sin obedecer á consigna de ninguna especie, porque sé demasiado que puestos oficiales como el que yo ocupo son sumamente efímeros, y que lo único verdadero es la satisfacción de una conciencia limpia y de un corazón honrado.

Por eso, señores, es que escucho no más que los dictados de mi conciencia, lo que me impone el deber de mis convicciones, por eso también, es que hablo alto, muy alto; y creo no necesitar de muchos argumentos para convenceros de que en realidad me expreso con toda la sinceridad del alma; confío para ello en que el acento humano tiene no sé qué poder divino y maravilloso para revelar en sus vibraciones cuándo se habla con la voz de la arraigada convicción, y cuándo se está traicionando la conciencia, así como en la fisonomía refleja indefectiblemente el corazón sus luces y sus sombras.

Pero yo, señores, que no he tenido palabras en su oportunidad para razonar mis votos en este recinto, yo que no puedo escalar, improvisando, la tribuna parlamentaria, por que está demasiado elevada para mi exigua estatura intelectual, me reservo para hablar ampliamente de este asunto en otra gran tribuna, en donde he de ser muy claro y en donde todos me han de oír: la prensa.

Por ese motivo es que medité mi discurso; no me ruborizo al decirlo: temo mucho la improvisación, y no quiero mañana leer en el diario de las sesiones de esta Asamblea una sola palabra fugada en mala hora de mis labios, que habría de repercutir en mi alma muy tristemente por toda la vida, sobre todo, cuando mañana mis hijos la leyesen, pálidos de vergüenza, pronunciando quizás en el interior de sus inocentes pechos una palabra de reproche ó una maldición muy justa para su padre ingrato......

Señores: se trata en estos momentos solem-

nes de hacer una profesión de fé sobre un tema de grandísima importancia: está sobre el tapete de la discusión este pequeño código llamado impropiamente ley de imprenta, ¡cómo si se pudiera reglamentar el pensamiento ó aprisionar un rayo de luz entre nuestros dedos!

Querer suponer que el pensamiento humano puede quedar amarrado entre los renglones de una ley, sería como imaginar que un brillante rayo de sol no se pudiese colar al través de las celosías de alambre de una bartolina!

Es necesario, señores, que la ley que se discute deje toda la amplísima libertad que necesita el pensamiento cuando no nace del antro oscuro de la cabeza de un delincuente ó es aconsejado por un corazón torcido y perverso; es necesario que procuremos hacer de esta ley, señores, ya que por desgracia en Guatemala es indispensable reglamentar el uso de la imprenta,—no una cárcel estrecha,—

sino una especie de gran jaula de cristal por donde puedan colarse solamente los reflejos del volcán de nuestro pensamiento, pero nunca la lava impura y abrasadora de la pasión rastrera y procaz que se atreve á herir hasta el hogar de los funcionarios públicos.

Oídme, pues, señores; prestadme toda vuestra benévola atención, y si después de haber escuchado mis palabras hay alguno de vosotros que pueda destrozar una por una mis ideas, yo seré entonces el primero en arrojar lejos de mí el carcax de los argumentos que traigo al combate, y así vencido, pasarme sin rubor á las filas de los que no pensando como yo me dominaron, porque ellos eran los que tenían la razón.

La libertad, señores! Cuán dulcemente suena esta mágica palabra en todos los idiomas; pero cuán tergiversado, cuán oscuro aparece también su concepto en muchas y muchas inteligencias!

Libertad de albedrío, libertad de concien-

cia ó de pensamiento, libertad de imprenta: he aquí tres diferentes fases de ese hermosísimo sol que se llama libertad, las que me propongo analizar en el crisol de la lógica, ya que el espectroscopio es el llamado á descomponer ese otro sol de blanquísima luz que ilumina nuestro planeta!

Libertad de albedrío: he aquí la soberana, la primera, la más amplia, la verdaderamente fundamental de todas las libertades con que se manifiesta el alma del hombre. Buscad entre todas las demás libertades alguna más amplia que ésta, y no la encontraréis. Sí, señores, es tan grande la libertad de albedrío, que hasta el mismo prisionero encerrado en estrechísimo calabozo, con grillos en los pies y esposas en las manos, la conserva aún intacta dentro de su pecho, y no se le puede arrancar si antes no se le arranca el corazón.

Pues bien, señores, esa libertad tan amplia, tan independiente, tan poderosa en sí, tiene multitud de cortapisas, muchísimos *límites* que os voy á enumerar uno por uno.

La raza, la herencia, la alimentación, el temperamento, las idiosincracias, el clima, la educación, y por último hasta las influencias atmosféricas, son las que determinan nuestro modo de ser moral, los actos íntimos de nuestra voluntad, ó en otras palabras, lo que se llama libertad de albedrío, libertad moral.

El de temperamento linfático no tiene para sus determinaciones la misma rapidez que el nervioso; ni las mujeres inglesas, nacidas entre las nieblas de Albión, aman como las mujeres cubanas, nacidas al fulgurante sol de los trópicos; ni los salvajes del Canadá sienten la belleza como los artistas italianos, ¡qué digo! pero ni cada uno de nosotros nos sentimos del mismo modo en la mañana temprano, que al mediodía; antes de comer, que después de haber tomado una taza de café; cuando nos hemos dado un baño de regadera, que cuando hemos pasado una noche de insomnio libando algunas copas de licor.

¿Qué quiere decir todo esto, señores? Ah!

quiere decir una sola cosa: una verdad amarga como la quinina, pero tan clara como la luz del sol: que la libertad de albedrío es muy pobre cosa, tiene muchos límites, muchas barreras: que la más grande de las libertades, la de determinarse ó no determinarse, depende de multitud de factores independientes de nuestro espíritu, ciegos como el destino, irresistibles como la fatalidad; no existe esa libertad como se la quiere suponer en el hombre, tal y como los soñadores la consideran; es un mito, una ficción del orgullo humano, un espejismo encantado de la imaginación que, como todos los espejismos, al quererlo tocar, se desvanece.

Oh! cuán en lo cierto estuvo aquel profundo filósofo que dijo: "la libertad del alma humana, es la misma libertad de un pájaro dentro de su jaula."

Comenzaremos, pues, por reconocer esta gran verdad, y no os canséis, seguidme acompañando en este análisis, para esclarecer con

toda exactitud la idea de la libertad, y discutir con toda luz la cuestión de que se trata.

Pasemos á la libertad de pensamiento ó libertad de conciencia.

Tendrá el pensamiento humano una libertad ilimitada? No, señores; y sin embargo todos nosotros reconocemos la libertad de pensamiento; pero veamos cómo, en qué sentido. El asunto se presenta muy claro en las creencias religiosas. El árabe, por ejemplo, que abraza y vive en la religión de Mahoma, no puede dejar de pensar como mahometano porque eso fué lo que le enseñaron, ó porque si le quisieron enseñar otra cosa, su pensamiento no tuvo la suficiente *libertad*, el suficiente poder, para rechazar lo que se le imponía como un dogma desde su niñez. Su religión, pues, se le introdujo en el corazón con la sangre que mamó; fué, digamos, purísima cuestión de herencia, en la que no intervino ni pudo intervenir su libertad moral.

Y aún sin ir tan lejos á buscar ejemplos, ¿somos por ventura cada uno de los que nos encontramos aquí reunidos, libres de poseer las ideas que están, como diría el señor Representante Pérez, como cristalizadas en el interior de nuestras cabezas?

¿Por qué discrepamos aquí muchas veces al dar nuestro voto? Discrepamos, SS. RR., por eso mismo que se llama *libertad de pensamiento,* y que quiere decir en otros términos, que si el ciudadano Representante X, por ejemplo, no piensa como el Representante Z., que es el que está en posesión de la verdad, es porque X., en su cerebro, no tiene libertad sino para ver el error, para pensar mal, aunque deseara pensar bien; mientras que Z., en cambio, sólo tiene libertad para pensar y ver las cosas como en realidad de verdad son.

Ya véis, pues, analizada en rigurosa lógica lo que es en sí la pretendida libertad de pensamiento. Y no creais que esto que pare-

cerá á muchos de vosotros un absurdo es idea original mía; ella la he aprendido en obras de profundísimos pensadores, la he visto sostenida por insignes y sapientísimos filósofos.

Libertad de pensamiento no quiere decir, señores, que podemos pensar todo lo que nos dicte el deseo, porque yo, á pesar de toda mi libertad de pensamiento, no puedo dejar de pensar lo que ahora estoy pensando; porque hay muchas cosas que me impiden saltar las murallas de granito, ya de mi reducida capacidad intelectual, ya de las ideas filosóficas en que estoy imbuido, ya del modo de ser de mi criterio personal y del prisma puramente mío con que juzgo yo de las cosas y acrisolo las ideas.

Esta es la libertad de pensamiento.

Pasemos ahora á la libertad de la prensa, que es el punto á donde se propone llegar mi discurso.

Entremos al fondo de la cuestión. La

libertad de la prensa, señores, sobre que tantas bellezas se han escrito y se seguirán escribiendo, no es una libertad puramente subjetiva, como lo es la libertad de albedrío ó como también lo es la libertad de pensamiento.

Esta libertad es de otra esfera: pertenece sí, á la esfera del derecho; fijaos bien en estas palabras, señores Representantes: *á la esfera del derecho*, porque es donde sin duda vamos á encontrar la resolución del grande y trascendental problema.

La libertad de albedrío y la libertad de pensamiento no pertenecen á la esfera del derecho mientras se conservan encerradas en el santuario de la conciencia: ambas son de la misma naturaleza que la naturaleza humana, por esto tienen mucha más amplitud que las otras libertades que se exteriorizan y que se pueden llamar objetivas.

El derecho, señores! palabra por excelencia correlativa. Yo no he encontrado en todo

lo que he leído á este respecto, una idea tan clara, tan gráfica de lo que esta palabra significa, como la explicada en esta conocida fórmula negativa: "*El derecho que ataca el derecho ajeno, no es derecho.*" Es decir, que la idea del derecho encierra *imbíbita* en sí otra idea esencial: la idea de *límite.*

Ahora bien, señores, os he querido demostrar antes que toda libertad, por el hecho de ser tal tiene que tener en sí un *límite,* os dije esa idea como lazo que pueda serviros para unir estos dos conceptos: libertad de la prensa ó sea libertad en la esfera del derecho; llegados aquí, las conclusiones se desprenden una tras otra con suma facilidad.

Y la primera conclusión, señores, á donde hemos llegado en fuerza de aplicar el criterio de la lógica experimental y de razonamientos fríos, despreciando toda gala retórica, es que la libertad de la prensa debe tener un límite, así como la misma luz, que es lo más libre, impalpable y sutil que existe en el universo, tiene por límite la sombra.

Y he dicho, *despreciando toda gala retórica,* porque no concuerdo con esa clase de oradores que andan siempre á caza de aplausos de la galería y cuyo procedimiento oratorio consiste en comenzar alabando su *yo,* y terminan ocupándose en su mismo *yo,* no sin haber puesto antes en el intermedio de esos dos *yoes,* una cáfila de palabras retumbantes y de efecto declamatorio, propias para arrancarle aplausos á la muchedumbre, pero tan pobres de sentido, tan faltas de concordancia, de reflexión y de fondo, como repletas de aire: lo mismo que las burbujas de jabón de que os hablé anteriormente.

Mas prosigamos en nuestro asunto. Ah! señores Representantes: yo también creí en otra época, imbuido por cierta clase de ideas metafísicas, que el libre albedrío era algo absoluto, como nos lo quiere significar Jules Simón; que la libertad de pensamiento no reconocía por límite sino á Dios, y que todas las libertades humanas no tenían otra de-

marcación sino esa palabra grandilocuente que todos pronunciamos á diario y que ninguno llega á comprender durante toda su vida, eso que llaman *el infinito!*

Señores Representantes: la libertad de la prensa es una libertad preciosa como todas las libertades humanas, pero en la esfera de sus límites. Y ella, como todas las cosas, para que pueda existir sin devorarse á sí misma, tiene que estar fundada en la ley universal del equilibrio. Desequilibrad el principio de la libertad de la prensa y desequilibraréis el derecho; desequilibrad el derecho y estableceréis la injusticia en la sociedad.

¡ La injusticia !

La injusticia, señores! He aquí el punto á donde yo quería traeros. He aquí el único límite de la libertad de imprenta.

No lleguemos á la injusticia, y usemos del inmortal invento de Guttenberg para decir á la faz del mundo entero toda verdad ó idea que pase como relámpago por nuestro pensa-

miento. No lleguemos á la injusticia, señores, dejándole á la prensa libertad para que pene tre al sagrado del hogar, á la vida íntima del funcionario público. Consagremos la facultad de decirle á todos los empleados, desde el Presidente de la República hasta el último portero ministerial, que faltan á sus deberes cuando hayan faltado á las obligaciones que su puesto les impone; pero no penetremos al inviolable recinto de la vida privada; no hagamos lo que hacen algunos escritores, los cuales padecen de cierta enfermedad que aquí no quiero ni debo nombrar, quienes hincan los colmillos en el enemigo, dejando, como las víboras, inoculado mucho veneno en lo más profundo de la herida.

Y volviendo otra vez al límite que me parece debe tener la libertad de imprenta, me permitiréis ilustrar mi opinión con un ejemplo.

Todos vosotros sabéis lo que es la libertad de industria. ¿Y querrá decir acaso libertad

de industria, pregunto yo, libertad para fabricar tósigos y proporcionárselos á nuestros enemigos? Pues la calumnia, señores, es veneno moral mucho peor que la estricnina, porque atacando la honra de una persona, puede corroer la de una familia entera; mientras que el veneno físico sólo ataca al individuo á quien se le propina, y no á la colectividad en general.

Sí, señores, triste es decirlo; pero esa clase de libertad sólo la invocan los que desean *libertad* para propinar diariamente á sus enemigos el tósigo infame que les destila gota á gota del corazón. Quieren remediar el desequilibrio en que sus procederes los han colocado, con otro desequilibrio aún mayor: saltando por encima de la justicia sin responsabilidad de ninguna especie. Y en ese caso, sí hay verdadera libertad para ellos. Este modo extraño de entender la libertad de imprenta, sería la del malhechor que entendiese la libertad de locomoción, por la

libertad de saltar al camino y levantar el brazo para hundir el puñal en el corazón de su víctima.

El artículo 33 de la ley de imprenta es precisamente el que consagra la garantía de esta preciosa libertad en los límites de la justicia, cuando dice que, para los efectos de esta ley, "todas las publicaciones contra funcionarios públicos en actual servicio, relativas á hechos ciertos, oficiales y punibles y el achaque de faltas, omisiones ó abusos en el cumplimiento de sus deberes por hechos de la misma naturaleza de los ya indicados en ese artículo, lo mismo que la censura ó crítica razonada de los actos oficiales de los funcionarios públicos, *no constituyen delito.*"

Quieren algunos enemigos solapados de la libertad de imprenta, que se suprima el artículo citado que es como lo presentó la comisión. En verdad que no comprendo el motivo, porque es precisamente el artículo que deja en la más amplia libertad á los es-

critores para atacar á todos los empleados públicos; para llamar al empleado que roba, ladrón, al juez que comercia, prevaricador, y al funcionario descortés y poco atento, insolente, abusivo ó sin ninguna educación.

Yo, señores, pienso que quitándole la parte que le quitó la comisión extraordinaria, es éste precisamente el artículo que da todas las armas á los de abajo, á los enemigos de los poderosos. Al menos yo así me lo imagino, y digo que me lo imagino, porque ignoro lo que respecto á la reforma de la comisión piensa el gobierno. No lo creeréis, pero lo digo y lo repito: no lo sé, porque á pesar del empleo de cierta categoría que en la Administración actual ocupo, hay una circunstancia que no quiero aquí callar para hacer justicia á quien se le debe hacer; jamás ni nunca, desde la primera hasta la última vez que he venido á esta Asamblea, se me ha hecho de parte de quien pudiera,—¿por qué no decirlo claro? de parte de mi jefe, el señor Ministro de Go-

bernación y Justicia, licenciado don Manuel Estrada Cabrera,—jamás, digo, me ha hecho él la más ligera indicación respecto de la conducta que debiera observar en este recinto; y si lo hago aquí presente, es porque agradezco la delicadeza que se ha usado conmigo, no queriendo ofenderme sugestionando las convicciones de mi conciencia, como ha sido la tradicional costumbre observada antes de ahora en el manejo de esta clase de asuntos.

El hogár, señores, es el único límite que, en honor de la justicia, quisiera yo que se pusiese á la libertad de imprenta; dejemos á los periodistas que digan toda la verdad que su corazón desee arrojar á los cuatro vientos de la publicidad, pero arranquemos de su mano el arma aleve y cobarde con que algunos pudieran pretender mancillar el santuario de lo privado, porque ese puñal puede atravesar mañana hasta el corazón de vuestros propios hijos.

26 de abril de 1894.

Discurso pronunciado en representación de la Asamblea Nacional Legislativa en el salón de duelos del Cementerio, y antes de procederse á la nueva y solemne inhumación de los restos del general Miguel García Granados.

CÁBEME la honra, señores, de hablar en nombre de la Representación Nacional. Esta circunstancia hace mi situación en esta tribuna, difícil, embarazosa, comprometida. No es mi corazón el que va á dejar correr libre de trabas el torrente de la palabra impetuosa, sin dique de ninguna especie, que entonces, me creería feliz, porque os diría todo lo que siento y todo lo que pienso respecto del general García Granados. No soy en estos momentos sino el elegido en representación de la Asamblea para interpretar el sentimiento nacional. Ya véis por qué no podré ocuparme del caudillo ni del partidario político sin pecar de importuno, ó sin abandonar la honorabilidad de mi puesto. La naturaleza compleja del cuerpo á quien tengo el honor de representar, así me lo prescribe. Afortunadamente, hay algo más grande que los cau-

dillos y los partidarios políticos: los hombres que hacen adelantar á su patria: y García Granados fué uno de ellos.

Señores:

La noche que rodea siempre todo féretro, tiene en esta ocasión como claridades de aurora. Hay una gran circunstancia por la cual mienten todos estos cortinajes negros, todos estos crespones, todo este luto, todas estas sombras, en fin, que se condensan en esta sala mortuoria. Parece que nos engañase la vista. Y es que en realidad no venimos á enterrar los restos de un hombre; venimos á contemplar la resurrección de un gran hijo de la Patria. El acto que vamos á presenciar dentro de breves momentos, cuando esa urna cineraria se hunda bajo la tierra, y cuando la losa que ha de cubrirla caiga resonante sobre ella, no ha de lanzar ningún eco lúgubre, ni arrojar sobre los semblantes sombras de tristeza, ni ahogar sollozos den-

tro de los pechos, ni mucho menos hará temblar con el miedo pavoroso de la tumba á ninguno de los que nos encontremos en esa muda solemnidad. Y la razón todos vosotros la comprendéis. No nos trajo aquí el triste deber de enterrar un cadáver, sino la justa, la legítima aspiración de levantar un obelisco.

¿Qué aspecto funerario había de ser el de esta solemnidad, señores, aunque nos encontremos alojados en el sombrío recinto de un cementerio? Las tumbas continúan eternamente como tales tumbas, cuando sólo encierran los despojos de un hombre, de un simple ser humano mortal; pero cuando ellas guardan las reliquias de una personalidad histórica, se convierten en monumentos de la Patria; y cuando esa personalidad es de la categoría de Miguel García Granados, dejan de ser túmulos para erigirse en altares al pie de los cuales, los pueblos acuden con recogimiento á depositar las flores de su admiración y de su culto!

No hablemos, pues, de cenizas ni de muerte; hablemos, sí, de resurrección y de vida: no es un cementerio el que nos alberga: estamos bajo el pórtico del templo de la inmortalidad, y más bien que á poner la lápida de un sarcófago, y á ornarla con crespones y ramas de ciprés, venimos á enredar laureles de oro en torno de un obelisco, á clavar coronas de gloria en el pedestal de una pirámide, á pronunciar una frase de justicia frente á los restos de un gran ciudadano. Bien sabéis que las oraciones fúnebres adolecen casi siempre del defecto de contener demasiadas hipérboles, y por ende, de falta de imparcialidad y sobra de alabanzas para el que acaba de morir. Felizmente no desciende mi palabra sobre la frente de un cádaver que no más tenga las veinticuatro horas que marca la ley para inhumarse: las frases que en esas ocasiones brotan, salen casi siempre de los labios, candentes, retorciéndose de dolor, empapadas en tristeza y en llanto, temblorosas

de amargura y de emoción: es el sentimiento que se desborda, pero el juicio está anublado por la angustia, y la inteligencia, durante las convulsiones del corazón, se eclipsa y se perturba. Mas los restos guardados en ese negro cofre, tienen ya la fría temperatura que dan catorce años de profundidad bajo la tierra. El cadáver no está tibio; el dolor ha tenido tiempo suficiente para congelarse; y la razón, sin conmoverse, fría y serena, puede pronunciar su fallo imparcial ante el túmulo de ese hombre.

Devoró el sepulcro las carnes, y concluída la obra de los gusanos, tócale á la historia comenzar su juicio.

Señores: cuando el Presidente de la Asamblea presentó á ese Honorable Cuerpo la moción para efectuar el acto de justicia que con toda solemnidad hoy venimos á consumar, la Representación Nacional no quiso que pasara á la comisión respectiva, ni que se abriese dictamen sobre ese asunto, sino que

por unanimidad, por aclamación, fué aceptada tan noble como justísima idea. Dejadme, pues, á mi, la tarea de abrir ese dictamen en el presente discurso.

¿Quién fué Miguel García Granados? ¿Qué hizo ese hombre? ¿Qué realizó por su patria y por qué se le honra con tanta pompa y tan estruendoso aparato? Ah, señores, ese puñado de polvo encerrado en tan estrecha caja, y que venimos hoy á glorificar, cual santa reliquia, representa una gran fuerza moral, social y política que conmovió hace veintitrés años nuestra sociedad, y desquició, entre retumbos y aclamaciones, todo un orden establecido de cosas. Las fuerzas morales como las fuerzas físicas no se destruyen jamás; se transforman, pero nunca mueren. Ese polvo está allí; mas la fuerza moral que anidó en sus átomos, la encontraréis convertida en ese como torbellino luminoso que se llama civilización de Guatemala. Os he dicho que me olvidaría del caudillo y del partidario político; pero

no del hombre bajo el aspecto de fuerza social, como dinamo de civilización, como simiente de futura vida, como foco de venidera luz, como explosivo germen de flores de libertad y de progreso!

Hace veintitrés años, salía como prófugo de Guatemala un hombre de hidalgo aspecto y elevada estatura: al través de su frente se trasparentaba la llama abrasadora del cerebro del pensador. ¿Qué luz había percibido aquel visionario por entre los ensueños de su alma como preocupada y ansiosa? ¿Qué fuerza magnética le empujaba hacia adelante ó qué voz misteriosa le murmuraba á su oído "anda, que alguien te espera; abandona tu patria, que ha llegado la hora de realizar tu destino"? Cuenta la historia que el hada misteriosa que así enamorada lo llamaba, fué la Libertad. Y como todo enamorado no se satisfizo, ni se dió tregua, ni depuso el brío hasta poseer el objeto de su purísima pasión.

El alma de aquel como errante prófugo se

había desde su niñez dilatado por muy amplios horizontes; había saboreado en las grandes metrópolis del mundo los selectos manjares que brinda la civilización, y quería él á su vez obsequiar con ellos á su patria enflaquecida y hambrienta; pero la obra no podía llevarse á cabo con simples deseos; había para ello que emprender una lucha decidida y sangrienta; había que empuñar el rifle; había que llevar á cabo una gran revolución. El, sin embargo, antes de lanzarse tuvo cuidado de hacer propaganda y prosélitos, preparando de antemano el terreno para que la semilla fructificase lozana y vigorosa. El arma que manejara antes de traspasar la frontera, para empuñar el rifle, había sido hasta entonces la polémica, y su trinchera, muchas veces, la tribuna. Era llegado el momento de cambiar los proyectiles de polémica, por los tiros de fusil; la trinchera de la tribuna, por la embestida del combate temeraria y osada.

El teatro escogido para comenzar su drama fué la frontera de Méjico. Y he aquí que la luz que nos alumbra, no nos nació de Oriente como el sol, sino del Norte como la estrella polar.

Antes de acometer la magna empresa movió los resortes de la diplomacia; después compró las armas en los Estados Unidos, y por último, buscó los hombres que debían ayudarle á la resolución del problema.

García Granados llegó casi solo á Méjico. Acompañábalo no más la enamorada deidad que habitaba en su alma y que le murmuraba sin cesar al oído: *Revolución.* La fe guiaba sus pasos; la esperanza alimentaba su espíritu; la idea germinaba en su cerebro; el valor alentaba en su pecho; pero le faltaba algo más: le faltaba un brazo de acero, capaz de manejar la tremenda espada que iba, no á desatar un nudo, sino á cortarlo, como la de Alejandro, el gordiano. Mas la Providencia acudió á él. El hombre del brazo de hierro,

se le presentó á su tiempo. Era un joven notario que acababa de abandonar su protocolo para empuñar el machete montañero, no la espada, porque ese joven recluta no era militar de escuela. Iba á pelear contando para ello no más que con el denuedo de su alma indómita y con la penetración de su genio ingénito y perspicaz. El hombre-machete se presentó, pues, al hombre-idea, el adalid al caudillo, y entrambos se completaron desde ese instante y se fundieron en el verbo de la Revolución. Desde aquí la historia de Miguel García Granados marcha íntimamente ligada á la historia de Justo Rufino Barrios: no se puede hablar de don Miguel, sin traer á cuenta á don Rufino, aunque no así viceversa. Y he llegado por fin al pasaje de mi discurso en que debo abordar una cuestión de altísima importancia en estos momentos. Hay unos hombres en política, cuyo nombre no puedo aquí consignar, que juzgan estas dos personalidades en el papel que juntas desempeña-

ron, con un criterio verdaderamente extraño. Para don Miguel toda la gloria, todo el mérito, toda la excelsitud histórica; para Barrios toda la responsabilidad, todas las recriminaciones, toda la sangre derramada por causa de la Revolución. ¿Qué clase de balanza es esa, señores, que han inventado tales hombres para pesar en ella á su antojo estas dos diferentes personalidades históricas? Pretender hacer una escisión en la obra llevada á cabo por estos dos apóstoles, adjudicándole á uno mitad de sólo gloria, y al otro mitad de sólo responsabilidad, es una injusticia artimañosa muy propia de los afiliados á cierto bando, cuya cabeza parece organizada más bien para comprender el absurdo y el error, cuando no el mal, ó la ruindad y la infamia. Oídlos como raciocinan: Don Miguel fué el iniciador de la Revolución—dicen—y sacó de ella su nombre limpio; mientras que don Rufino la desvirtuó salpicando su nombre con lágrimas y sangre. Y sentadas estas

premisas se lanzan acto continuo á sacar deducciones monstruosamente absurdas y calcadas sobre la perfidia. Seamos claros; seamos ante todo justos. El verdadero iniciador y el que en realidad consumó la Revolución, fué don Miguel; por sus talentos, por sus prestigios, por la aureola que rodeaba su nombre, fué que se efectuó aquel movimiento; en esto consiste precisamente su gloria, exclusivamente suya es, y nadie podrá arrebatársela nunca; pero la consecuencia legítima de la Revolución, el objeto que se proponía esa misma Revolución, era, sin duda, la Reforma, y ésta, no fué obra de don Miguel: no se queman mis labios por decirlo ante sus restos, pertenece exclusivamente á Barrios. Despreciemos todo sofisma, y fustiguemos á los Protágoras de los tiempos modernos; confesemos la verdad: Barrios revolucionario, no es nada; don Miguel revolucionario, lo es todo; Barrios reformador lo es todo; don Miguel reformador no es nada;

esto no quiere decir, sin embargo, que la Reforma no se deba á García Granados; sí se le debe, pero se le debe, sólo, como una consecuencia lógica y virtual de la revolución que el fraguó.

Mas he prometido no ocuparme del caudillo ni del partidario político, y debo ser fiel á mi consigna. Estoy para concluir. La apoteosis que hoy con toda solemnidad venimos á celebrar pertenece exclusivamente al Revolucionario. Si para las fechas históricas de la patria existiese derecho de propiedad, como existe para los inventos industriales, literarios y artísticos, el 30 de junio sería fecha gloriosa de propiedad exclusiva de Miguel García Granados; así como todas las fechas en que se consumaron las más grandes reformas, desde la de expulsión de las comunidades religiosas, hastá la del decreto en que se borran los límites para las cinco Repúblicas de Centro-América, serían todas esas fechas memorables, de propiedad exclusiva de Justo Rufino Barrios.

No confundamos, pues, el papel de estas dos personalidades, ni tergiversemos sus destinos, ni equivoquemos sus glorias: Barrios fué el gran Reformador, García Granados el insigne Revolucionario.

La Asamblea Nacional se ha honrado esta vez decretando la apoteosis de uno de sus mejores Representantes: del autor de la inmortal revolución de 1871. ¡Merezca eternamente gratitud de su pueblo quien así le infundió nueva vida, colmándolo de libertad, y arrojando sobre su frente raudales de esa luz que ilumina las almas!

General Miguel García Granados: la mano de la Historia va dentro de breves momentos á concluir de romper esos oscuros cortinajes del olvido que desde hace catorce años estaban cubriendo tu sepulcro; é irguiéndote majestuoso sobre el monumento de tu gloria, no dormirás por más tiempo el sueño de la tumba: la Patria se ha encargado ya de mantener por siempre fresco tu recuerdo: la Inmortali-

dad, de brindarte un pedestal bajo las bóvedas de su templo; y el corazón agradecido de los buenos guatemaltecos, de bendecir tu nombre.

30 de junio de 1894.

Discurso pronunciado como delegado de Guatemala en el solemne acto de inaugurarse en San José de Costa Rica el monumento nacional mandado eregir en memoria del triunfo de las armas centro-americanas sobre el filibusterismo de William Walker.

Señor Presidente de la República:

Señores:

SUBIR á una tribuna para apostrofar á todo un pueblo; romper el silencio durante la solemnidad imponente de una apoteosis; dirigir la palabra, no á la pequeña masa de un auditorio, sino á una nación entera que, aglomerada, ha venido á presenciar la consagración de sus sacrificios, es en verdad, señores, muy ardua, superior, abrumadora tarea. Decir todo lo que el alma siente y piensa es muy difícil, es casi, casi imposible. Entre lo que siente el corazón humano y lo que expresa su débil palabra, hay la misma diferencia que la que existe entre el alma y las veinticuatro letras de un alfabeto, dijo ya un gran escritor; y así es. Puede el pensamiento tener en ciertas ocasiones toda la temperatura del fuego y toda la claridad de la luz: mas al llegar á los labios, la temperatura como que se enfría

y la luz como que palidece: vuela la palabra en ondas sonoras, pero la idea, que es fluído divino, necesita para trasmitirse á los oyentes, de esos dos reóforos eléctricos de que nace dotada el alma de muy pocos y escogidos hombres: los labios de un orador. Y si es verdad que sólo el que así nació es quien tiene pleno derecho para ocupar una tribuna, hay circunstancias que nos obligan á la usurpación de ese privilegio; dejadme, pues, señores, ocupar este inmerecido puesto: seré, si lo queréis, un usurpador, pero tened en cuenta, para disimular tanto atrevimiento, que en esta ocasión represento á mi pedazo de patria centro-americana: ella me ha mandado aquí para que exprese al noble pueblo costarricense sus sentimientos de confraternidad, y, por eso, me es imposible guardar ahora silencio. Sólo os voy á suplicar antes que veáis en mis palabras, no la forma, falta de brillantez y acaso muy incorrecta; id tan sólo al fondo de mi expresión, exprimid el

alma de la frase y ahí encontraréis todo lo más que en este caso se necesita: patriotismo centro-americano.

Señores :

La religión de la patria celebra en estos momentos una de sus más grandes y magníficas fiestas.

La heroicidad de un pueblo no puede en ciertos casos quedar guardada solamente en las páginas de un libro, como simple relato histórico que se hojea de cuando en cuando; se necesita algo más que la descripción de la pluma, porque ésta es débil cuando se trata de referir tamaños acontecimientos; no queda otro recurso sino acudir al metal que inmortaliza, al granito que perpetúa, á la inscripción que enaltece, al monumento que transfigura, á la apoteosis que glorifica. Ahí donde el simple relato histórico es impotente, comienza la deificación del símbolo; hechos que para consumarse han necesitado de torrentes de sangre, de raudales de llanto, no es posi-

ble consignarlos tan sólo por medio de caracteres escritos: ellos se relatan con el bronce, ido á extraer de las entrañas de la tierra, y en vez de dejarlos guardados en las oscuras páginas de un libro, se ponen en la plaza pública y á la faz del mundo: aquí, bajo el dosel del cielo y á la luz del sol, como especie de brillante espejo en el que un pueblo puede mirar reflejada á toda hora la imagen de sus proezas, el recuerdo de sus sacrificios, el símbolo de sus luchas, la representación de sus padecimientos y de sus triunfos.

Ved, señores, cuánta significación tiene ese monumento que hace treinta y ocho años estaba decretado por la Representación Nacional, y que hasta hace muy pocos momentos ha sido inaugurado para honra y gloria de Centro América, pero sobre todo, para honra y gloria del pueblo costarricense. Digamos la verdad: orgullosos podéis estar vosotros, compatriotas nuestros de Costa Rica, á la vista de ese significativo monumento: su altura no

es de las que se pueden apreciar por la medida matemática; otros muchos más colosales y elevados existen sin duda en el mundo, pero en su significación histórica, no son más altas ni las Pirámides de Egipto, ni el más elevado de los obeliscos que se levantan sobre la superficie del planeta. Para poder medir toda la altura histórica á que se eleva ese bronce, se necesita antes haber sondeado el abismo á cuyos bordes se encontraba la Patria allá por los años de 1856 y 1857.

No trato, señores, de hacer una disertación histórica; quiero dejar que hable solamente el patriotismo: la historia de este memorable acontecimiento está demasiado fresca en la memoria de todos para que yo intente embargar vuestro ánimo con repetiros lo que todos vosotros sabéis; se trata de un asunto de ayer; muchos de los que aquí os encontrais reunidos fuistéis gloriosos y conspicuos actores en drama tan conmovedor; por la región de vuestros recuerdos se están deslizando ahora

mismo multitud de escenas, de cuadros y de figuras: unas llenas de luz, como la gloria; otras inundadas de sombra, como el remordimiento; sumergidos estais en la contemplación de tan variadas é interesantes escenas: allá, los dos partidos de Nicaragua, profundamente afectados por la pasión política, retorciéndose entre las convulsiones producidas por ese horrible mal: el uno modificando la constitución para continuar en el poder; el otro con una venda tan densa, tan tupida, que ni siquiera se daba cuenta en aquellos aciagos momentos de estar consumando la entrega de la patria á esclavistas extranjeros; más allá Guatemala, El Salvador y Honduras en manos de gobernantes vulgares y ambiciosos, contemplando con impavidez estólida la preponderancia de aquellos aventureros extraños; tales gobernantes estaban preocupados tan sólo con la idea personal y raquítica de sostenerse en el poder: poco les importaba la suerte de la patria centro-ameri-

cana, y veían con criminal indiferencia el peligro inminente de una dominación extranjera; pero afortunadamente no sucedía lo mismo en todas partes: aquí, en la garganta del istmo, Costa Rica, la hermana menor,—y, ¡quién lo creyera!, aquélla á quien más se ha tildado de anticentro-americanista — con el alma llena de angustia, es la primera en dar el grito de alarma en aquellos momentos: ella ha comprendido el peligro y se apresta á volar en auxilio de Nicaragua para ofrecerle su sangre y sacrificarse magnánima, antes que dejar que su hermana y vecina vaya á perecer en la contienda.

Ya me imagino, señores, que la memoria de cada uno de vosotros está convertida en estos momentos en especie de linterna mágica por cuyo telón van desfilando con toda su exactitud histórica las más interesantes escenas y los más culminantes personajes de aquel gran drama nacional: ya me imagino que estais viendo pasar ante vuestros ojos á

William Walker, el aventurero audaz, con su rostro sumamente pálido y medio desencajado, rompiendo en California su título de abogado y arrojando también su pluma de periodista para venir á empuñar, loca su mente de ambición, el fusil del filibustero y tramar la emboscada política con el objeto de enseñorearse arteramente del país de los bellísimos lagos y de los espléndidos paisajes; á Francisco Castellón, caminando con los ojos vendados, guiado tan sólo por la pasión política, sin mirar el precipicio que se abría á los pies de su desgraciada patria; al general Cabañas limpiando su espada y ofreciendo su brazo fuerte para dirigirse rápido al combate; á las colonias extranjeras aprestándose nobles á ofrecer sus servicios, como si se tratara de un asunto de su propia patria; á Juan Rafael Mora, el insigne patriota, el inmortal caudillo de aquella jornada, arrojando sin miedo á la faz de todo Centro-América su proclama elocuentísima, escrita con letras de fuego,

levantando el espíritu público de las repúblicas hermanas, y lanzándose acto continuo á la cabeza de las fuerzas costarricenses para ir á desalojar á los usurpadores de la patria; á Felipe y á Luis Molina y á Antonio José de Irisarri, poniendo en juego los recursos de la diplomacia en la gran república del Norte; á don Felipe Prado y al doctor don Nazario Toledo, trabajando en igual sentido en algunas repúblicas del Centro y de Sur-América; al Perú generoso, proporcionando recursos para la lucha; á las tropas de Guatemala, El Salvador y Honduras, movilizándose al fin para dirigirse al teatro de la guerra; al general Cabañas lanzando también su proclama de alarma, enérgica, categórica y valiente; á los generales José Joaquín Mora y José María Cañas, iluminando con las fulguraciones de sus espadas, brillantes como espejos, los triunfos nacionales; á Juan Santamaría, el sublime incendiario, acribillado á balazos mientras su mano heroica gana la inmortalidad poniendo fuego al vivac del

enemigo; á la negra epidemia apareciendo como monstruo invisible en medio de aquella atmósfera candente para devorar millares de soldados, como si el ciego destino hubiera dispuesto alternarse con el plomo en la horrible misión de destrozar vidas humanas; y como complemento á todos estos personajes y á todas estas escenas, como episodio grandioso, digno de la epopeya que nos ocupa, aparece conmovedor en nuestra memoria aquel combate naval en la costa de San Juan del Sur: *El Granada*, disparando sobre *El Once de Abril* sus cañones y su fusilería: *El Once de Abril* haciendo aguas é incendiándose; las sombras de la noche envolviendo entre su densa oscuridad á aquellos héroes; los combatientes luchando sobre las olas; el rugido de la mar mezclándose en el espacio con el rugido de la guerra; los soldados hundiéndose uno á uno en la profundidad del océano, pero el honor costarricense quedando á flote, inmaculado y limpio, como blanca

túnica de mártir que no se pudo ir á fondo en aquella tormentosa noche del 22 de noviembre de 1856! ....

Ya véis, pues, señores, por qué os decía antes que la altura histórica de ese monumento es de las más elevadas que se conocen; él tiene, en verdad, toda la altitud del martirio y toda la grandeza del sacrificio; es como el altar de la Patria consagrado por la admiración de sus hijos; es el juicio de la posteridad haciendo ya justicia á aquellos héroes; por entre esas figuras de bronce subirán día á día al espacio, como en espirales invisibles, las plegarias de multitud de generaciones; éste en que estamos será el recinto augusto en donde resuenen muchas veces los nombres de esos mártires que se llamaron Juan Rafael Mora, Juan Santamaría, José María Quirós, Mariano Salazar y tantos otros más que derramaron su sangre en aras de la libertad de nuestro suelo; sobre las paredes de ese pedestal amontonarán los años milla-

res de coronas; y este monumento será eternamente el símbolo de la gloria de Costa Rica, más que de la gloria de Centro-América.

Ahora bien, señores, dejemos á un lado el recuerdo luctuoso de aquella nefanda lucha; no leamos ya más esas páginas ensangrentadas de nuestra historia; apartemos los ojos de aquel pasado triste en que la pobre Patria era azotada por extranjeros verdugos. Dirijamos la mirada al porvenir que nos alumbra; la hora es solemne, los momentos propicios, la situación augusta; y ya que nuestra patria de ayer ha sido tan desgraciada y su historia tan sombría, bañemos nuestro pensamiento en la visión de lo que viene; séanos permitido saludar en alas de la esperanza á nuestra patria de mañana, nuestra adorada, nuestra hermosa, nuestra prometida Centro-América.

No vayáis á pensar, señores, que me refiero á la unión de estas cinco repúblicas por

medio de lirismos políticos y de utopías poéticas imposibles: pienso que para llegar al gran fin deseado, deben de emplearse otros medios mucho más prácticos; los primeros eslabones de la cadena que ha de unirnos, no creo que hayan de ser por cierto fabricados del papel en que se escriben los tratados y pactos de unión; esos eslabones deben ser hechos de algo más duro é indestructible que el papel de escribir; ¿sabéis de qué? pues del acero con que se construyen los rieles de los ferrocarriles; tendamos rieles y se irá tejiendo poco á poco la única cadena que puede unirnos; tendamos rieles para comunicarnos y robustecer los lazos de nuestro comercio; tendamos rieles para estrechar con frecuencia nuestras manos hermanas, y poder experimentar, al contacto de su calor, que el alma que anima el corazón de estas cinco repúblicas es una sola alma. Sí, señores, en esta ocasión estamos recibiendo una prueba elocuentísima de que si muchas cosas nos divi-

den por hoy, hay por lo menos algo suficientemente grande, noble y consolador, que nos une á todos; algo muy real, demostrado por la evidencia de los hechos: el sentimiento de centro-americanismo que con más ó menos intensidad anima el espíritu de cada uno de estos pueblos, y de cuyo sentimiento, el muy culto de Costa Rica nos está dando en esta solemnidad una muy fehaciente y clarísima prueba. Tendamos, pues, rieles, señores, para que nos sea fácil cultivar y acrecentar día tras día, por el continuo trato, ese sentimiento que vibra y repercute en muchos corazones centro-americanos; pongamos por medio de la locomotora en perenne roce nuestros elementos de civilización para ir amalgamando pueblo con pueblo; procuremos que las líneas ferrocarrileras vayan haciendo olvidar nuestros límites geográficos y borrando la palabra frontera del diccionario de los pueblos de Centro-América. Empecemos por hacer la unión geográfica y moral, y dejemos

para lo último la unión política, que ella vendrá después, ineludiblemente, en obediencia á las leyes genésicas que presiden la formación de las nacionalidades.

Dígno y culto pueblo costarricense: á mediados de este siglo demostrastéis al mundo que por las venas de vuestros hijos corre sangre de héroes, y que en vuestro corazón se abriga el sentimiento del más puro y cordial centro-americanismo; después habéis venido revelando que si sabéis ser grande en la guerra, en la paz sois fecundo, laborioso, honrado, progresista, y, sobre todo, eminentemente práctico; para vuestros hijos el trabajo es una religión, la Patria una deidad y la tierra una especie de altar; sí, inclinándose sobre el surco es como vuestros hijos elevan sus oraciones á Dios, al manejar el arado, al depositar la semilla y al regar con el sudor de la frente este suelo exuberante en cuya riqueza está cifrado vuestro más bello y espléndido porvenir.

15 de septiembre de 1895.

Discurso pronunciado por comisión del Ministerio de Instrucción Pública en el Instituto Agrícola de Indígenas, al instalarse en el nuevo edificio de "La Reforma."

Señor Presidente de la República:

Señoras, Señores:

RECIÉN descubierta la América se presentó en el terreno de la filosofía un nuevo problema, grave, interesante, lleno de oscuridad, preñado de misterio: tratábase de averiguar si los habitantes del continente descubierto por Colón, eran ó no seres racionales; y después de muchas dudas y vacilaciones en el asunto, el pontífice Paulo III, se resolvió por la afirmativa, en vista de que los indios se reían como los demás hombres. Pero á pesar de ello, nuestros antepasados y muchos de nuestros contemporáneos parece que no quisieron dar fe á la resolución pontificia, y oyeron sus palabras como una simple teoría, y continuaron tratando á nuestros indios como animales irracionales ó pobres bestias domésticas de carga. Quizás los consideraran así, fundados en la misma razón filosofi-

ca en que se apoyaba el Papa. Ya los indios no se reían: la risa, esa como luz del alma ó relámpago del corazón, se había apagado para siempre en su semblante: su mirada, antes brilladora y sagaz, se fué nublando paulatinamente con sombras de profunda tristeza, y los infelices, en vez de sonreir, sólo supieron desde entonces llorar su cautiverio. Sí, señores: cuando las cadenas están oprimiendo con sus argollas nuestros pies, y el chasquido de los eslabones de hierro hiere nuestros oídos, los labios se pueden llegar á contraer nerviosa ó sarcásticamente, pero jamás se ríen. Y así como el sensible quetzal, símbolo precioso de la libertad en nuestro querido escudo patrio, que una vez prisionero, se enferma, languidece y por fin muere de tristeza, así esa desgraciada raza, se fué enfermando de melancolía y de nostalgia; pero menos afortunada que el altivo y delicado quetzal, no se ha acabado de morir, sino que ha vivido agonizando desde hace más de cuatrocientos años.

Al hacer esta referencia, debo manifestar que no soy de los que maldicen á España, ni tampoco de los que tratan de disculpar la crueldad de los conquistadores, achacando á la época, las iniquidades cometidas por éstos con los aborígenes de América; no, señores, mi criterio en este sentido es muy otro; pienso que de todos los males sobrevenidos á los indios por causa de la conquista, no tienen la culpa los españoles: amarga es la verdad, pero hay que confesarla: la moderna sociología ha llegado á conclusiones terribles, que aterran, pero ellas están basadas en la historia: la suerte que le tocó correr á la desgraciada raza indígena, después de descubierta la América, fué en cumplimiento de una de las leyes inexorables y eternas á que obedece el proceso histórico de los pueblos: la ley horrible de la conquista: recorred la historia de todas las nacionalidades del mundo, y veréis que no ha habido pueblo alguno que se haya exceptuado de este implacable y fatídico síno:

para que un país haya llegado á la vida del derecho y de la civilización, se necesita que haya pasado antes por la época fatal de la conquista, es decir, de la barbarie. La misma España que fué nuestra conquistadora, no se sustrajo á la terrible ley: ella fué sometida, primero, por los fenicios, después por los cartagineses, más tarde por los romanos, en seguida por los bárbaros, y por último por los árabes, que ejercieron allí su dominación durante cerca de ocho siglos. No, no culpo á España, señores, porque de su conquista hayan brotado torrentes de lágrimas, ni cataratas de sangre, ni inmensos promontorios de huesos humanos: quien dijo conquista, dijo ya desolación, muerte, ruina; quien dijo conquista, dijo ya todas las cosas más tristes que pueden atormentar la imaginación del hombre; pero como expresé antes, ésa es una ley fatal por la que han tenido que atravesar todos los pueblos de la tierra, y no seríamos nosotros los que resultásemos

lamentándonos de no haber podido sustraernos á la triste condición á que está sujeta la vida de todas las nacionalidades.

Yo, señores, no encuentro más que una sola responsable de todos los males y miserias que han aquejado á la clase indígena: esa única á quien hay que pedirle cuenta, antes de deciros como se llama, me vais á permitir que os la dibuje rápidamente: su traje es negro, del color de las tinieblas de la noche; sombría, escuálida y macilenta es su faz; ciega de nacimiento, la infeliz, no tiene idea de ninguna clase de luz; permanece siempre inmóvil, silenciosa, estacionaria; sólo de vez en cuando salen de sus labios murmurantes palabras para maldecir todo lo que se relacione con la luz; un haz oscuro, formado por rayos de inmensas é impenetrables sombras, ostenta en una de sus cadavéricas manos como aterradora enseña, y de la otra, penden multitud de pesadas cadenas á cuyos eslabones se hallan sujetos

millares y millares de infelices: tal es, señores, la fatídica imagen de esa negra deidad; es la IGNORANCIA. A ella, sí, debemos hacer la primera responsable del estado actual de nuestros indios; á ella, que es la madre del fanatismo, la hermana de la miseria, la compañera del mal, la hija legítima de la abyección y del vicio. Y he dicho que la ignorancia, acompañada de su horrible séquito de malos hados, es la gran responsable de la desdicha de los indios, y no España, porque aún después de que el León ibero retiró su garra ensangrentada del corazón de la virgen América, el indio continuó tan abyecto y tan sumido en la desgracia, como estuvo durante toda la dominación española; y no creáis, por estas palabras, que tenga algún empeño en defender á nuestra conquistadora; demasiado sabemos que ella, en nombre de la civilización, vino á destruir toda la civilización que encontrara en estas riquísimas tierras, y cuando la hubo ya des-

truído, y cuando la hubo aniquilado por completo, no hizo sino cambiar una preocupación por otra preocupación; un fanatismo por otro fanatismo: al ídolo de piedra de la idolatría catchiquel se le sustituyó con el ídolo de madera de la idolatría católica: la piedra fatal de los sacrificios fué derribada, es verdad, pero se colocó en su lugar el potro de la Santa Inquisición: el sacerdote indio, de vistosa capa y diadema coronada de plumas, fué trocado por el fraile español, de negra sotana y de tonsurada cabeza; y con las supersticiones traídas de allá, y las supersticiones encontradas aquí, se fué formando esa levadura moral, único alimento de que se ha nutrido durante cuatro centurias, el alma de los pobres, de los desgraciados indígenas.

Esa ha sido la suerte de estos infelices hombres: pero afortunadamente, parece que el sol de otro cielo comienza á alumbrar para ellos, y nuevos horizontes se abren ya para sus ojos, escaldados de tanto, tanto llorar.

Sí, señores, la solemnidad en que hoy nos encontramos reunidos, tiene en sí toda la magestad y trascendencia de una grande y justísima reparación; por fin estos pobres desterrados de hace cuatro siglos, y desde entonces extranjeros en su propia patria, tienen ya albergue, y hogar, y luz para su alma; por fin hubo alguien que se quisiera acordar de que los legítimos dueños de esta incomparable tierra, nacieron con una inteligencia dotada de razón como la nuestra; por fin hubo, sí, quien se decidiera á llevarse la gloria de haberlos traído á la única pila bautismal capaz de regenerar el espíritu: la santa pila de la bendita instrucción.

Toca, pues, á un correligionario nuestro, ese timbre glorioso, que, fulgurante, ha de pasar á las páginas de la historia. Nosotros nos encontramos aquí ufanos, porque pensamos que la instrucción es la primera base para llegar á redimir esta raza; y llenos de fe celebramos un ideal de humanidad, aga-

sajamos un pensamiento profundamente democrático; venimos, en una palabra, á consagrar en la práctica uno de tantos principios de nuestro hermoso y sin igual credo político.

Alborozados nos reunimos en este recinto, pero mientras nosotros celebramos esta instalación como un acontecimiento patrio digno de festejo, no han de faltar por allí quienes califiquen esta levantada idea, de ridícula, ó por lo menos, de absurda ó necia, cuando no de profundamente errónea; los que así creen, es porque piensan que la inteligencia no nace sino con los pergaminos; ellos pertenecen á ese partido político que no admite más nobleza que la que se hereda con los títulos ó el oro; que no cree haya en el mundo más jerarquía que la que da la cuna, y que supone un imposible, que quien se cobijó bajo el sayal, pueda poseer un espíritu levantado ó talentos y capacidades superiores á las de ellos. Porque las enseñanzas históricas, por más elocuentes que sean, parece que no ha-

blan nunca al alma extraña de esos hombres. Para ellos, probablemente, es mentira que toda la grandeza y poderío de un príncipe europeo, viniese á estrellarse ante el alma pura y superior de un humilde indio de América: del inmortal Benito Juárez. Nosotros, en cambio, creemos con fe ciega en esas enseñanzas de la ciencia de la humanidad, porque ellas están de acuerdo con los principios de nuestra doctrina política: despreciamos los títulos nobiliarios adquiridos en la cuna, y no tenemos fe sino en aquéllos que se conquista el hombre, por su saber, su inteligencia ó su honradez; para nosotros el eje sobre que gira el mundo es la instrucción, y para ellos el dogma acorazado por todos los anillos constrictores del misterio; nosotros, en nuestra alma no tenemos por jefe supremo sino á la razón que mora en nuestro propio sér; ellos tienen para su alma, como supremo jefe, á un anciano ya decrépito, que reside allá en Roma, y cuya

cabeza es la que piensa por tōdos esos hombres; nosotros creemos que el saber es el que regenera el espíritu, y ellos piensan que el saber es la fruta maldita que trajo la perdición del género humano; nosotros profesamos todos los principios consagrados por la ciencia moderna, y estudiamos en los libros de todos los hombres; ellos detestan de casi todos esos principios y no leen sino en un solo y único libro: EL RETROCESO.

Con tales diferencias, señores, en el modo de pensar, qué mucho es, que mientras nosotros creemos esta gran instalación digna de toda solemnidad y respeto, ellos nos tachen de necios porque tenemos fe en la civilización de los indios, ya que son seres inteligentes como nosotros, y, por consiguiente, susceptibles de perfectibilidad y de adelanto.

No quieren decir estas palabras que se intente sacar un pequeño sabio, ó un literato, ó un artista de cada uno de estos sencillos descendientes de Tecún, arrancados ha poco de

sus primitivos lares, de sus amadas montañas; quien eso pensase, se hallaría en un profundo y lamentable error. La pedagogía de nosotros, afortunadamente, es muy distinta, diametralmente opuesta á la de los hombres de ese partido cuyo modo de pensar hace un momento os diseñaba. Nuestra pedagogía, tiene por fundamento la perfectibilidad humana; pero uno de sus principios es que no todos los hombres nacen con las mismas aptitudes, y no se empeña en contrariar nunca, jamás, á su sapientísima maestra: la gran Naturaleza. Nuestra ciencia pedagógica no está basada en las ilusiones de la metafísica; ella descansa sobre bases verdaderamente sólidas: la antropología, la biología, la fisiología del cerebro y del sistema nervioso; tales son las columnas sobre que se apoya. Entre sus conclusiones está la de aprovechar y darle vuelo á toda benéfica manifestación de la naturaleza humana; no es, pues, la mira de este instituto sacar sabios ni

literatos; pero si entre estas crisálidas infantiles resultase alguna mariposa con alas suficientes para poder volar por los cielos del arte, de la ciencia ó de la literatura, en vez de cortarle esas alas, como harían los hombres del otro partido, le daríamos nosotros nuevos espacios para que pudiera encumbrarse, y más amplios y dilatados horizontes.

Ya lo sabéis vosotros: el objeto primordial de este instituto es enseñar científicamente el arte y ciencia de cultivar la tierra; no se trata, no, de forzar el alma de esta primitiva raza para trabajos superiores á sus fuerzas, ni de falsear las disposiciones de su espíritu; lo que se intenta, es algo muy sencillo, muy natural, muy humano: se trata de dar las primeras luces á su inteligencia, ya que su cabeza puede iluminarse, porque está hecha como la de los demás hombres; se trata de ver si entre esta multitud, hay algunos diamantes negros que, tallados por el arte, pudieran convertir-

se en blanquísimos brillantes capaces de ser engarzados en la diadema de nuestra hermosa patria, para darle con sus fulgores mayor magnificencia y brillo; pero se trata más que todo, señores, de poner á esta raza, de naturaleza eminentemente agrícola, si se permite la expresión, en aptitud de cultivar, con el mayor fruto posible, su exuberante y fecundísima tierra; hacerle comprender, por medio de una práctica comparativa, la superioridad de la ciencia agronómica sobre su empirismo tradicional en el cultivo de la tierra; hacerle abandonar los instrumentos primitivos de labranza, por las máquinas modernas de agronomía; en una palabra, ponerlos en aptitud, ya de ahorrar sus fuerzas, ya de ganar tiempo, ya, en fin, de que el palmo de terreno que por sus antiguos procedimientos les producía como uno, hoy les produzca como cien ó como mil; tal es el objeto, señores, eminentemente positivo y práctico, que se propone este benéfico instituto.

Pero el autor de la generosa y gran idea, quiso que el fin moral de la institución correspondiese, en magnitud y belleza, con la obra material, y mandó levantar este hermosísimo palacio para dar en él suntuoso alojamiento á los pobres errabundos de hace larguísimos años.

¡Cuán hermoso, señores, es el espectáculo que hoy presenta Guatemala! Aquí, el desgraciado indio, redimiendo su espíritu, y preparándose para volver, en no lejano día, á recobrar el poderío de su raza y la altivez de su carácter; allá, en el Norte, clavando sobre la tierra preciosas cintas de acero, para volar dentro de poco tiempo por ellas en alas del vapor, y recibir en nuestras frentes las brisas del Atlántico, y hacer correr al través de nuestra patria la civilización venida por los dos océanos; por todas partes derramándose la instrucción; fermentando la prosperidad en forma de granos de oro suspendidos de millones de preciosos cafetos que consti-

tuyen la riqueza nacional; crujiendo las prensas para que por allí se escape el pensamiento de nuestros conciudadanos y echándolo á volar en forma de hojas periódicas de todos colores y matices; y en medio de todo esto, la paz más absoluta, brindándonos su bienhechora y dulce tranquilidad!

En vista de cuadro tan risueño, de panorama tan halagador, deber de justicia, señores, es darle un aplauso á quien ha sabido diseñar tan brillante cuadro: al honorable jefe de la administración actual, y á sus muy ilustrados y dignos colaboradores.

15 de marzo de 1896.